



Rufino

Blanco-Fombona

POR LOS CAMINOS DEL MUNDO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Rufino Blanco-Fombona Escritor, político y editor nacido en Caracas en 1874. Su carrera literaria la desarrolló a la par que ocupó cargos públicos y diplomáticos. Luego de sufrir cárcel y exilio durante la dictadura de Juan Vicente Gómez, se radica en España donde realiza una fecunda actividad con la Editorial América. A lo largo de su vida escribió poesía, narrativa, ensayo, diarios y libros de viajes, entre los que se destacan: *Trovadores y trovas* (1899), *El hombre de hierro* (1907), *El hombre de oro* (1915), *Grandes escritores de América* (1917) y *Mocedades de Bolívar* (1942). Murió en Buenos Aires en 1944.

« Rufino Blanco-Fombona a su paso por Florida, EEUU.
(S/F) Fotógrafo desconocido.



Por los caminos del mundo

RUFINO BLANCO-FOMBONA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájnez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

Por los caminos del mundo

RUFINO BLANCO-FOMBONA



Índice

- 13 Nota Editorial
- 17 **I. HOLANDA**
- 19 I. Por tierras de Holanda
- 27 II. Domingo holandés
- 29 III. Golondrina errante, adiós
- 31 IV. Bloemenvelden
- 39 V. Aquisgram y Maestricht
- 41 **II. FRANCIA**
- 43 I. En la campiña picarda
- 55 II. Otro ejemplo que da Francia
- 59 III. Xenofobia de la posguerra
- 63 IV. La Salamandra
- 71 V. La lección del Ruhr
- 77 VI. El concepto de España en Francia
- 83 VII. Guerande
- 87 VIII. La segunda vez que vi a Moréas

91 **III. ESPAÑA**

93 I. Las dos Vasconias

101 II. Por tierras de Galicia

111 III. Mayo profanado

119 IV. En torno a El Escorial

131 V. El Madrid de las estatuas

139 VI. Por tierras de Castilla

157 VII. Por tierras de Andalucía

165 **IV. VARSOVIA Y LONDRES**

167 I. Varsovia

185 II. Conferencia del Dinero en Londres

191 **V. LA AMÉRICA TENEBROSA**

193 I. Últimos días de una dictadura

209 II. Cara al Capitalino

219 III. Cárcel de Ciudad Bolívar

227 IV. La ergástula bajo el nivel del Océano

231 **VI. LA MUERTE...**

233 La muerte de mi hermano Oscar

Nota Editorial

A
LUIS ARAQUISTAIN,

*En prueba de amistad y admiración,
estas páginas.*

R. B.-F.

I Holanda

I

Por tierras de Holanda

1. Las ciudades

El tren corre con evidente moderación.

Horizontes a ras de tierra, atmósfera húmeda, cielo gris, llanuras cuadrículadas, prados verdes, blanquinegras vacas de asta corta; puntiagudas torres de pizarra, humo de fábricas; trajes absurdos y pintorescos, mujeres con tirabuzones o escarabajos de oro sobre la frente y cofias de lino, mozalbetes con pantalones bombachos de terciopelo oscuro y chaquetilla a la cinta; cabezas de zanahoria, barbas de maíz, caras inexpresivas; caseríos de ladrillo, torreones, canales, molinos: ¡Holanda!

Y las ciudades.

Rotterdam: comercio, lluvia, callejuelas, techos de pizarra a dos aguas, casas de ladrillo, barcos, «aquí se vende», «aquí se compra», importación y exportación, bicicletas, cafetines, tabaquerías, un jardín zoológico con obscenos monos de Sumatra, calles atracadadas de carros, casucas, casonas negruzcas, barriles, pipotes, latas en las aceras, bongos en el río, trasatlánticos en los muelles, palúdicas caras de javaneses, el cónsul de Bélgica, el cónsul de Inglaterra, un alemán, *schiedam*, un *goulden*, diez *gouldens*, comercio, comercio, comercio.

¿Ámsterdam? Si; Ámsterdam existe. Existe por su bien diferenciado color local; existe por su pintura, por su Bolsa —Londres, París, Hamburgo, Ámsterdam—, por la Marina holandesa y por los archipiélagos asiáticos, a los que sirve de capital metropolitana, *in nómine*.

La Haya en Holanda, como La Paz en Bolivia, hace de capital sin serlo. Sí; existe, para sorpresa y encanto del ojo, esa Ámsterdam partida de canales, como la antigua Mitilene de los griegos, la gran Tenochtitlán de los aztecas precortesianos y esa palaciana Venecia, que sobrevive a su esplendor. «Venecia del Norte», dicen los cursis y las guías.

La multitud espesa y municipal de los domingos del poeta en las calles céntricas; en torno de la plaza y estatua de Rembrandt, teatros, restaurantes, cafés, cafés-conciertos, mujeres de mirada atrevida y prometedora, una galantería bastante chabacana, traducida del alemán con ayuda de la guerra europea y de la depauperación del País Germano, cuyos agresivos mostachos de Káiser han sido convenientemente recordados y conquistan menos corazones femeninos.

2. El genio artístico de Holanda

No sólo en Ámsterdam; en toda Holanda existen muchos y buenos pintores.

¿Qué los caracteriza?

Son realistas, detallistas, carentes de imaginación, como todo el país. Estos pintores se transmiten unos a otros los motivos, sin inquietudes espirituales, sin rebeldías personales, con lealismo a la verdad vista y una absoluta incapacidad para imaginar. Nada de desnudeces. Hace mucho frío en Holanda.

Dicen que en Holanda hubo, siglos atrás, un poeta: Vondel; y aseguran que era muy estimable. Es posible. ¡Vaya usted a saber!

No produce el país formidables hombres de pluma, como produce Escandinavia. No es posible que vivan desconocidos en Holanda un Ibsen, un Bjorson, un Hamsum, un Strindberg. Y si existieran, no existen o no comenzarían a existir hasta que el mundo los conociera en lenguas

accesibles a la cultura universal. Pero no haya temor de que diamantes de ese calibre duerman en el fondo obscuro de los cofres de Batavia.

Holanda carece en literatura de espíritu creador e imaginativo. Es más: carece de lengua. Esa jerigonza germánica nunca fue trabajada como materia artística al través de las centurias por sucesiones de maestros, como ocurre con las grandes lenguas vivas. Y falta lengua y falta literatura porque falta espíritu.

No de otro modo se puede interpretar la crítica de los mismos holandeses:

«Holanda no posee más que fragmentos de una literatura —dicen F. Chasalle y C. Kek—; no existe literatura holandesa como un todo histórico. En nuestro desenvolvimiento artístico hay puntos culminantes que no están ligados entre sí por una serie ininterrumpida de portadores de la tradición... Ese desenvolvimiento se efectúa a empujones, y adopta sucesivamente, por transiciones bruscas, las fases diversas de las literaturas de los pueblos vecinos... Nuestros acontecimientos literarios son el reflejo fiel de lo que ya ha pasado en otra parte, e incluso desde bastante tiempo, porque una de nuestras características étnicas es cierta lentitud, nacida de la prudencia... Cuando un renacimiento se produce, conserva, por lo general, su actualidad durante mucho tiempo. La consecuencia es la formación de una especie de argot (o clisé) artístico, la desoladora repetición de ciertas formas.»

Se carece, en suma, de la virtud creadora en literatura. Parece mentira que el pueblo donde ha surgido un Rembrandt y donde tan alta se conserva la tradición pictórica, que hasta ayer contó vivo a un Israel, sea tan mediocre en capacidad literaria.

¿No probaría ello, entre otras cosas, que el don pictórico es un don secundario; en todo caso, que la pintura es una de las artes en que menos funcionan la sensibilidad y las aptitudes creadoras del espíritu?

Carece Holanda asimismo de la facultad de producir la belleza artística por medio del cincel: no cuenta ningún escultor de mérito sobresaliente este país, que tampoco posee la piedra. Entre aquellas virtualidades que mil y una circunstancias permiten desarrollarse en cada pueblo, cupo a Holanda la energía paciente. Y si ignora el suponer, conoce a maravilla el hacer.

3. Hombres libres, taciturnos

Este pueblo ha podido lo que nadie pudo: vencer al mar, su antiguo conquistador, su enemigo hereditario y vigilante. En la lucha secular de estas dos paciencias heroicas, la que acomete y la que se defiende, el triunfo ha sido, como se sabe, del Fabio Máximo holandés.

Y del mar le han venido a este país de acuáticos e ictiófagos parte del suelo patrio, un imperio colonial y aun brumosas leyendas —como la del holandés volante— a que va unido el nombre de esta raza marítima.

Buenos hijos del mar, aman la libertad y la practican. La paradójica libertad de los mares —vale decir, su dominio— la disputaron, porfiados, a Inglaterra. La libertad política es una tradición en esta república coronada; la libertad de conciencia neerlandesa sirvió de asilo a judíos y protestantes en aquellos tiempos calamitosos en que toda Europa gustaba el «roatsbeef» humano a la española y los sesos salteados con salsa roja.

En cuanto a la libertad individual, basta echar una ojeada a cualquier calle de cualquier ciudad holandesa para mirarla patente, siempre que se sepa ver al través de las paredes. No existen grandes inmuebles de muchos pisos, de esos que albergan en las entrañas una población entera, como en París, como en Madrid. Las casas son pequeñas, para una sola familia, Cada uno vive en su casa. No puede serse más independiente. Nada pinta mejor el carácter poco comunicativo, poco sociable, libérrimo, de estos bátavos.

Hasta en los cafés puede advertirse el individualismo silencioso. Cada cliente fuma su tabaco de Sumatra y apura menudeadas copas de schiedam, solo, callado, hermético; y no menos hermético y solitario aunque lo acompañen dos docenas de camaradas o, como ocurre, la mujer y los hijos. Guillermo el Taciturno es doblemente holandés: por holandés y por taciturno.

Estos taciturnos gigantones rubicundos, de pronto nos abordan con aspecto truculento, como para convertirnos en añicos; pero aquel que va a tragárselo a uno sólo piensa en decirnos o respondernos alguna cosa, que es casi siempre una tontería: «Sí, llovió anoche», «¿Adónde va usted a almorzar?» Y, si algo le explicamos, da tiempo a su difícil elaboración cerebral con una serie de ruidos inútiles, que hacen el papel de conversación: «¡Oh! ¡Oh! ¡Ya! ¡Ya!»

4. Lo eterno femenino

Y lo eterno femenino, ¿interesa?

En el teatro, en los paseos, en las densas nubes de ciclistas —todo el mundo pedalea, hasta la Reina, en este país de palma de mano—, destácanse entre los muchos kilos colorados de manteca de Rubens, algunas figuras de Gainsborough, algunas miradas de miosotis, algunas carnaciones angélicas de suavísimo rosa, bajo el sombrerito negro, entre rizos de oro que alborota el aire.

Y el contraste maravilloso: las caras morenas y los negros ojos divinos de Raquel, de Sara, de Rebeca; la inteligencia vigilante, pronta, no nada germánica y tardía de los hermanos en raza de aquel Spinoza, de aquel Heine, de aquel Meyerbeer, de aquel Disraeli, de aquel Karl Marx, de este Trosky, de esta Sara Bernhardt, de esos Rothschild.

Y la seguridad de que encontráremos con la belleza mate, la herencia de Salomé, una sangre apremiante, urente; no la acuosa linfa batávica.

5. Barrios, calles, casas...

Por las afueras de Ámsterdam advertimos otra ciudad menos traficante y populosa que la villa del centro, con su palacio del Dam, de arquitectura macarrónica e inexpresiva; su Kalverstraat, llena de ruido de colmena; su Bolsa, su Postkantoor. Por las afueras, Ámsterdam parece otra. Barrios de encantadora solitud, canales apacibles, silencio, Brujas la muerta en cada esquina; y en medio de aquella quietud, a lo largo de aquellas silentes calles arboladas, donde entran ganas de habitar toda la vida, ¡qué discretas casitas, graciosas por fuera, confortables por dentro!

¡Las conozco! Como es grato recogerse en ellas a ver llover, a ver nevar, a fumar, a leer, a soñar, a oír loquear a los hijitos o a tomar el té en las veladas de la Holanda familiar, después de las preocupaciones del Banco, las carreras de la Bolsa, las mil emociones de hombres que — como algunos personajes de Shakespeare— saben que su fortuna flota, en la bodega de un buque, sobre mares remotos.

Y después de Ámsterdam, La Haya: la cigüeña heráldica de la urbe, plazas y calles quietas, puertas cerradas, casones señoriles, embajadas, los ministerios del Plein, Conferencias internacionales, el Palacio de la Paz, el Museo a la vera de un canal... Y en el Museo, la rembrándica *Lección de anatomía*; casitas campestres de Hobbema, paisajes de Ruysdael, marinas de Mesdag, vacas de Potter, interiores de Jan Steen, escuelas nocturnas de Van Ostade, figuritas sarcásticas de Téniers.

Habrá desaparecido, seguramente, el haya del conde, S'Gravenhaage; la ciudad ha reemplazado al árbol del figurón: centenares, millares de árboles, nietos, bisnietos, tataranietos y choznos de aquél, tienden sus cúpulas verdes y forman umbrosas y magníficas calles de vegetación desde la urbe pulquérrima hasta la orilla del mar.

En medio del bosque, quintas... Y al fin del bosque, y tendida en la playa, Scheveningue —esa Biarritz del mar del Norte—, con calores excesivos de veinte grados centígrado.

6. Recuerdos

Me sobrecoge un sentimiento tan antiguo como el mundo, ese pesar modoso que se nombra melancolía y que se produce al contrastar lo efímero de nuestra existencia y lo engañoso y mudable de nuestro sentir con la constante renovación de la vida. Nada lo despierta como el restaurar por el recuerdo un fragmento de nuestra existencia pasada, de nuestra vida ya vivida; nada, como volver a aquellos sitios que la ilusión y nuestra juventud cubrieron con su velo de Mab.

¿Recordáis aquella obra en que un príncipe tudesco, ya soberano, tuvo el capricho de revivir por unas horas su alegre y desenfadada juventud de estudiante en una antigua ciudad universitaria? Volvió a Heildelberg. Heildelberg permanecía idéntica, con sus locas algaradas estudiantiles y sus *gaudeamus igitur*; pero el corazón del príncipe era otro. La visita fue lúgubre.

En estado de espíritu semejante al del príncipe tudesco recorro estas playas del mar del Norte, estas ciudades de Neerlandia, donde las Risas y los Juegos de antaño me parecen ahora aquella danza macabra que la Desesperanza grabó en los sepulcros del medioevo.

7. Los bolcheviques en La Haya

¿Qué vengo a hacer a Holanda? Vengo a presenciar, *sur place*, el fracaso que dicen está ocurriendo.

¿Pero qué fracaso ocurre?... En La Haya se juntan unos economistas, o cosa así, de la Rusia soviética con otros economistas, o cosa así, de media Europa burguesa. La mentalidad bolchevique de Oriente no se entiende con la mentalidad capitalista de Occidente; y se habla de fracaso.

Y vale preguntar: ¿Quién, qué es lo que fracasa?

Los rusos ponen por obra un concepto revolucionario de las cuestiones económicas, que no es el mismo de los pueblos acaparadores. Se

juntan los representantes de unos y otros: no se entienden. Y se habla de fracaso.

¿No se podría hablar mejor de fracaso si los capitalistas hubieran cedido en todo, o si en todo hubieran cedido los soviéticos? Hasta ahora, no ha fracasado nada, sino la intolerancia de los que creyeron encontrar en La Haya una Rusia de rodillas.

II

Domingo holandés

Es domingo. Como en la terraza de un café; tengo por frente la plaza y la estatua de Rembrandt. Entre la estatua y yo, entre la plaza y el café, la multitud dominguera pasa, grita, gesticula.

El bello y dorado sol dora y embellece la plaza. Los árboles mueven sus copas de un verde nuevecito. Las mejillas bermejas, las cabelleras de oro al aire, vestidas de blanco, de rosado y de azul, las holandesitas discurren por parejas, en grupos o del brazo de sus amantes. No ritman el andar como las chicas de mi tierra, nietas de aventureros andaluces; ni arquean el cuello de cisne, ni contonean las caderas enseñándolas con la malicia y la gracia de las mujeres de París; pero así como son, el seno prominente, sencillas, coloradotas, risueñas, yo las encuentro adorables en esta primera y luminosa tardecita de fin de junio, tardecita de abril más bien, olvido o regalo póstumo de la primavera.

En la calzada un piano de manubrio echa a volar la música de un vals; los granujas valsan. El vals vuela frenético de la caja sonora y hace cosquillas en los pies de los danzantes. Un grupo de marineros desemboca en la plaza. Vienen cantando una canción de Holanda. Son veinte, son treinta, son muchos. Y encadenados de las manos, en círculo, gritando y brincando, rodean el piano. El piano trueca el vals por una música del país; y los hombres de la cerveza y del schiedam, los marineros del mar del Norte, empiezan a bailar un baile imposible, una cosa rara e ignota, un baile de Walpurgis.

De todas partes se asoman a ver; los paseantes se detienen; la circulación se interrumpe. Cuando el grupo de marineros termina su extraño

baile ridículo, muchachos, mujeres, hombres, todo el mundo rompe en aplausos, y de todas las bocas sale un grito de súplica: la súplica del bis.

Es la alegría del Norte, la vieja alegría, la alegría sana, fuerte y ruidosa de las kermesas.

III

Golondrina errante, adiós

Me he salido a correr el campo. Aquí estoy, solo, tendido sobre la yerba, a la riba del agua, bajo los olmos copudos. Mi pensamiento sale volando. No, no es el pensamiento, sino una cosa vaga, misteriosa, alada, primaveral, amiga de las aguas durmientes, de los bosques, de los cantos de pájaros. Enjaulada en la ciudad esa cosa íntima, voladora y risueña, no abre las alas; y su tristeza de exilio me contagia. Sí, esta es su patria: la fronda tupida, la fresca linfa, el cielo de nácar transparente.

La ciudad me sofoca a mí también. Esta agua a cuyo borde medito, me hace pensar en los ríos de mi infancia, de mi niñez campesina. Esta golondrina que cruza; estos pájaros cantores son hermanos de mis patrias golondrinas, de mis turpiales y de mis cardenales, cardenales y poetas a tiempo mismo, que llevan en el copete la púrpura y la lira en la garganta.

No lejos del sitio donde sueño, un vaporcito desembarca muchedumbre de gente. Se desparraman los turistas parlotando y felices. También ellos solicitan la frescura, la soledad y el dulce pío de pájaros... También ellos son poetas. Sin embargo, su mera vista me importuna. La cosa alada y primaveral que llevo dentro de mi corazón vuelve a su jaula. Me juzgo turbado; me dispongo a partir.

Adiós, sueños interrumpidos; adiós, sueños de un minuto; adiós, linfas del Amstel; golondrina errante, adiós.

IV

Bloemenvelden

Por la angosta calle rústica, bajo la cúpula de un verde muy claro, en el claro día de primavera, pasa nuestro faetón lleno de orgullo, dando al viento sonoras charlas.

Canales, paralelos al camino, se duermen a la sombra de los castaños copudos.

De cuando en cuando un aliento de céfiro produce escalofríos en el agua; corre por las serenas linfas escala de temblores, y crespa la superficie de los canales enjutos.

Desde el camino, por los intercolumnios de árboles, como desde un palco de coliseo, se mira y se admira la llanura cubierta de flores y de sol: mar de olas blancas, de olas azules, de olas carmesíes, de olas doradas.

Las flores —narcisos, tulipanes, jacintos—, sin tallo casi, parece que flotan sobre la tierra, como los nulembos en el agua, y que la tierra ha roto en flores como la ola rompe en espumas.

Los ojos alcanzan por dondequiera aquellos cuadros de jacintos, de tulipanes, de narcisos, cuadros de simetría perfecta, cuyos matices, casados con maestría, regalan el gusto. Esos jaqueles de flores, que adulan ahora nuestro olfato y nuestros ojos han despertado ya nuestro entusiasmo por el color y por la técnica en los museos, lisos *bloemenvelden* han hecho la gloria floreal de Huysum.

Los del coche traducimos de un modo ingenuo nuestra ingenua admiración.

—Precioso—digo yo.

—Precioso—dicen las dos lindas holandesitas.

—Precioso—repite la rubicunda madre de ambas criaturas.

Expreso a mi juvenil compañera—parisiense de Ámsterdam—admiración por aquellos floricultores estetas.

—No inventan nada, ni les importa más un jacinto que una cebolla; hacen lo que sus padres, sus abuelos y sus tatarabuelos han hecho.

En medio del campo encontramos un café restaurant. Descendemos allí y pedimos unas copas de Oporto. La más joven, aunque no la más hermosa de aquellas mujeres, enrojecida por el aire y por el Oporto, poniéndose en pie y extendiendo el brazo me dice:

—Mire, mire.

—¿Qué?

—La bandera española.

Una faja de narcisos de amarillo violento, en medio de dos bandas de jacintos de púrpura, fingen una orgullosa, espléndida bandera de España.

Sobre aquel mismo suelo de Haarlem, cuatrocientos años atrás, aquella bandera de tan alegres colores flotaba para los holandeses como signo de horror. A su sombra rodaron en la muerte alrededor de doce mil españoles; aquella ciudad de Haarlem, rendida, fue pasada a cuchillo por la gente de Iberia. La púrpura de esa bandera, allí se retiñó en sangre española y en sangre de Neerlandia.

España en aquellos tiempos era la Fuerza; y la Fuerza, como los gases, tiende a la expansión. La crueldad de los soldados de Felipe II y el odio talionario y encendido de los holandeses sitiados, jugaron a la pelota, de campo a campo, con cabezas de víctimas, en aquellos mismos prados herbosos; en aquellas mismas hazas, ahora en flor. Los holandeses no olvidan la historia.

—Raza perversa la española— dice mi compañera de asiento en el faetón, la más linda de aquellas mujeres, quitando acritud a la frase con la expresión risueña del semblante.

En aquel momento la raza española era yo. Expongo una teoría para excusar, como pueda, a España.

En vano. Mi elocuencia no convence a nadie.

«Crímenes son del tiempo y no de España» —cantó el poeta—, queriendo impersonalizar los errores y atribuir a una cosa vaga —el tiempo— las maldades de los hombres. Hay que tener valor y sentido crítico para no solidarizarnos con todos los yerros de la historia, sin negarlos. ¿Diríamos que el Teatro español fue la obra del tiempo y no de España? Los crímenes no fueron sólo del tiempo, como no fueron sólo de España. Los crímenes de la Fuerza son, en mucha parte, de la Fuerza misma; son efecto casi irremediable, casi fatal. Un terremoto no es bueno ni malo: es terrible. La guerra es una forma del poder terrible de la naturaleza. Pueden cambiar los tiempos, pero no cambian los estragos de las conquistas. El hombre es un ser inteligente y puede, si se lo propone y obedece a noble sentido moral, dominar sus pasiones o enderezarlas, hasta cierto punto, hacia el Bien. En la medida que lo haga, pueblo u hombre, en esa medida será prócer.

La crueldad de España es realidad aneja, a su carácter; pero no es única en la historia. Cruel fue la España de los siglos XV y XVI, cuando hacía tabla rasa de la civilización aborigen de América y diezmaba la flor de aquellos Imperios; pero no fue más cruel la España de entonces que la Roma o la Cartago de antes, ni que la Inglaterra de ahora... Esta Inglaterra, con su hipocresía en los ojos y la Biblia en el bolsillo, ametralla a los derviches, somete a sangre y fuego a los ashantis, crucifica a los boers y se bebe la mitad de la sangre y de las lágrimas que han vertido los hombres en el siglo XIX.

Algo de esto insinúo, en el tono de más campechanía que me es dable.

—No me dirá usted, a pesar de todo, que ocurren ahora las mismas barbaridades que hizo España con Holanda— me espeta la madre de las dos lindas criaturas.

— ¿Que no ocurren, señora? Vea usted lo que ha pasado en China en la aurora del siglo XX. Una gavilla de pueblos, en nombre de la Civilización, se echa encima de otro pueblo cien veces más civilizado que ellos; de un pueblo cuya civilización era ya antigua cuando ellos no existían ni siquiera como raza...

—Bueno, ¿qué? ¿Qué hacen los nuevos bárbaros?

—Pues casi nada... Comienzan por atar los gavilleros al vencido, y luego de clavarlo en una cruz le registran los bolsillos y lo despojan' de su dinero.

Las niñas ríen.

— ¡Qué trágica resulta su historia de ladrones!— exclama la una.

—Política, no— exclama la otra.

La señora me excita a proseguir. Ella está convencida de que reducirá a polvo mis argumentos, como no sean muchos. En suma, ¿qué? Esos chinos serían muy civilizados cuando Europa estaba en plena barbarie; pero ahora...

— ¿Qué ha unido a Francia y Alemania, países enemigos, a Rusia e Inglaterra, países rivales? El robo, como a los apaches de París. La idea de ir a pillar a China.

—De castigarla.

—¿Qué ha unido a los Estados Unidos, campeones de la libertad, según ellos se dicen, contando con la estupidez humana, que es lo único universal? ¿Qué los une con Japón, su adversario y su antípoda en todo sentido? El propósito de apandillarse contra un tercero, un pobre diablo de pueblo, la inerme China.

—China había cometido crímenes contra los europeos.

—Es un país retrógrado —intercala una de las chicas.

—Se necesita abrirlo al comercio —confirma la vieja—, a la civilización europea.

—A las doctrinas cristianas.

—A la moral de Occidente.

Se le había hecho seña al camarero y bebíamos, de nuevo, Oporto. Nadie puede suponer cuántos argumentos caben en el fondo de una copa de vino generoso.

—Buen medio— exclamo, combativo y testarudo, sin querer dejarme derrotar por mis tres contrincantes—. ¡Buen medio para occidentalizar a los orientales el ir a matarlos y robarlos en nombre del progreso!

—El que la hace, que la pague.

—No, señora; el talión no puede ser ley en Europa. Y menos pueden tolerarse los disfraces ideológicos de una mala acción internacional. En nombre del Progreso, Europa, en compañía de yanquis y japoneses, saquea en China palacios; en nombre del Comercio, arruina las poblaciones; en nombre de la Moral, son víctimas de la licencia soldadesca esposas, madres, vírgenes...

—Exagerado.

—En nombre del Cristianismo se destruyen venerables templos de venerables divinidades de aquella gente; en nombre de la Civilización, se decreta la muerte de los príncipes y los héroes, se dan al fuego manuscritos seculares de la historia de China... En nombre de la Fraternidad de los países de Europa, el odio arrasa en Asia lo que la codicia desprecia.

—Usted exagera— asegura la señora.

—Quien exagera es Europa; es la fuerza bruta. Tenemos que reducir a los fuertes a la impotencia. Ese sería el mejor empleo de una verdadera civilización.

—Usted es un *poseur* —declara una de las muchachas—, y por eso quiere llevarnos la contraria en todo.

Y mi compañera en el faetón, la lindísima criatura vivaz, añade clavándome los ojos:

—En el fondo está de acuerdo con nosotros... Nos entendemos bien.

Sonreí a su frase maliciosa. Yo no aspiraba a más sino a entenderme con ella.

—¡Quién se entiende con estos españoles atrabiliarios!— concluye la señora, entre campechana y mordaz.

¡Los españoles! En el fondo no los pasan muchísimos holandeses. Parece mentira. No han olvidado la historia. Allí está, en los Museos, escrita en colores; ahí está en los textos de las escuelas; ahí está en el pecho vivo de la nación. Esta gente pacienzuda y rencorosa no perdona aquella dominación exótica que tanto la hizo sufrir. Discrepancia entre pueblos distanciados por la geografía, por la raza, por la religión. El duque de Alba es en Holanda un personaje de actualidad. Felipe II también.

Estas charlas, escritas, parecen pedantes e impropias para sostenerlas con mujeres, máxime con mujeres a quien uno intenta agradar. Charladitas es otra cosa: la inflexión de la voz, las sonrisas, los fingidos gestos ceñudos, las interrupciones, las exclamaciones, mil pequeñeces prolijas y amables que no pueden apreciarse en el relato, a menos de convertirlo en kilométrico, y ni siquiera así, les quitan aspereza. Además, la juventud en los jóvenes, el buen humor en la vieja, en todos el Oporto, la mañana de sol y la superabundancia de savia primaveral producen deliciosa excitación que se desfoga en parloteos vehementes.

Se convino en que almorzaríamos, no allí, en aquel restaurant en medio de los floridos y jaquelados predios, sino en la misma Haarlem. En la tarde visitaríamos el Museo.

— ¿Usted lo conoce? —me interrogan.

—Lo conozco.

—Apenas hay obras de Franz Hals.

—A mí me gusta mucho Franz Hals.

Gustándome a mí mucho Franz Hals, a la señora tenía que gustarle mucho más otro pintor cualquiera. Se le ocurrió Van der Helst, detallista sin imaginación y sin poesía, al revés de Franz Hals, que tiene un alma, además de un pincel, y sabe demostrarlo.

—¡Son tan distintos, mamá! —intercala una de las chicas, con ánimo evidente de que la señora y yo no nos enzarzásemos de nuevo en luengos parloteos. Pero la vieja quería pasar el rato, por lo visto, y juró, muerta de risa y guiñándole el ojo a una de las niñas, que ella ponía a Van der Helst sobre Franz Hals. Como yo no le contestase, por haber sorprendido su pícaro guiño de ojos y por estar buscando la ocasión de alejarme a charlotear con la más linda de aquellas dos criaturas, de quien me estaba sintiendo enamoriscar, aquella respetable señora de buen humor me disparó una pregunta a boca de jarro. Pero yo pude evadir el trabucazo. La dejé con su Van der Helst dentro del cuerpo.

* * *

Partimos hacia Haarlem y hacia el almuerzo.

Nuestro coche iba lleno de flores. A cada paso, de los bordes del camino salen chicas a ofrecer su fragante mercancía.

Mi compañera del coche, con sus manos y su falda llenas de narcisos, tulipanes y jacintos, ¡qué linda, que embriagadora me parecía! ¡Qué feliz me sentía llevándola a mi lado y comprendiéndome también no muy lejos de su corazón! En su mano iba empuñando, como el cetro de Flora, un manojo de jacintos blancos. Le insinué que acercase a mi rostro el manojo y hundí la cara en la pulpa de nieve de los jacintos, aspiré la fragancia y, como si fuese el ramo una mano de mujer, como si

fuese la mano de la linda criatura que lo estaba sosteniendo, me puse a sembrar de besos aquella blancura fragante.

Mi compañera, viéndome besar y respirar las flores, las separa presto de mí, e inclinándose a mi oído con disimulo dice algo que no percibo claro ni ella consiente en repetir. Después aclara:

—Usted ama las flores sin inocencia, con voluptuosidad.

Le repuse que amaba la hermosura y que por eso creía amarla a ella.

—Dios me libre; no me sentiría tranquila.

Los jardines luminosos, el cielo radiante, el aroma de los jacintos, el vino de Oporto y la intrigante primavera tenían la culpa al unísono, no sólo de aquellos charloteos interminables con la vieja, sino también de que se hicieran sentir en nuestro pecho, en aquel instante, la poesía, la voluptuosidad, la juventud, el amor.

* * *

Mi reputación de auriga, no muy bien cimentada, sufrió un terrible descalabro con la aparición súbita de una florista. Asustóse uno de los caballos del tiro; fustigué con rabia a la bestia y con rabia partió a correr el tronco por el estrecho callejón, sin que mis fuerzas alcanzasen a detenerlo. Luego de un buen espacio de carrera, peligrosísima por la estrechez de la vía, salimosfortunosos de la aventura.

Repuestas del visible e inevitable pánico, juran las niñas por todos los santos del cielo una mentira: la mentira de no haberse turbado; y mientras la jamona bermejiza de buen humor excesivo me declara inadmisiblemente automedonte, de las frescas gargantas parte, vibrando en los aires, la alegre música de las risas.

—Confíeselo usted mismo —insiste la rubicunda matrona—, confíeselo: no sabe usted guiar.

—Señora, yo soy capaz de conducir los caballos del Sol.

V

Aquisgram y Maestricht

Aquisgram y sus alrededores, país sulfuroso, tierra de baños calientes y de mujeres frías, tiene de interesante algunos monumentos medievales, el recuerdo de que en ella se coronó Cario Magno de Emperador hace la bicoca de once siglos, y un encantador bosque de pinos. De esta antigua metrópoli del catolicismo nórdico restan vestigios en la moderna Aachen, villa del floreciente Imperio de Lutero: iglesias góticas y espíritu romano. Es más: el espíritu católico de la ciudad irradia hacia la campiña alemana, hacia la vecina Holanda, hacia la aldea Bélgica.

La neerlandesa Maestricht, bañada por el Mosa, hermana menor de Aquisgram, no sólo recibe el soplo de catolicismo que pasa por aquellas regiones belgo-holando-alemanas, sino que a su turno es centro del sentimiento católico en la patria de Guillermo III, héroe y rey del protestantismo y salvador de la Iglesia anglicana.

El propio día de nuestro arribo celebrábase en honor de María, madre de Dios, desfile el más pintoresco. Este desfile representa la historia del cristianismo. Figuraban allí desde pastores idumeos, conduciendo ovejas, y gañanes de Palestina, garrochando bueyes, hasta el papa que detiene a las puertas de Roma el caballo esterilizador —según los europeos vencidos— de Atila; desde el niño Jesús, que exhala su primer aliento en el pesebre de Belén, hasta donjuán de Austria, que salva en Lepanto la cultura y la Europa cristianas contra los alfanjes de Mahoma.

Día doblemente grato el de nuestro arribo a Maestricht: por aquella teoría de edades cuyo desfile remueve el substrato religioso de nuestras

almas, y porque no podemos discurrir por la norteña ciudad ni ver cómo las corrientes del Mosa lamen los muros de Maestricht, sin que nos lisonjee el pensamiento de que un día, ciento y tantos años atrás, aquella plaza fue sitiada y tomada por un compatriota nuestro, por el caraqueño Francisco Miranda, al frente de los ejércitos franceses.

Recorremos a pie buena parte de aquellas comarcas donde colindan tres naciones: de Alemania pasamos a Holanda, de Holanda seguimos a Bélgica y de Bélgica nos encaminamos de nuevo hacia la rubicunda Germania.

Al entrar en la tierra del curaçao y del *schiedam*, llegando de Bélgica, la primera casa que se encuentra —detalle típico— no es el edificio de la Aduana, ni el primer símbolo que se advierte el escudo neerlandés. La primera vivienda, en medio de la ruta polvorienta, es una cantina; el primer símbolo, una bandera de metal con esta expresiva salutación: ¡*Bier!*

¡*Cerveza!* Como quien dice: ¡*Salve!* Salve: los dioses te protejan; «te den salud», según traduciríamos en castellano, y elípticos: ¡*salud!*

Salud de alma y de cuerpo deseábanse los romanos, pueblo que había menester de su vigor. ¡*Cerveza!*, dicen los holandeses, pueblo que necesita de su brebaje. Embriaguez por embriaguez, preferimos la del romano.

II Francia

I

En la campiña picarda

1. Conejos y hombres

El parque prolonga las espaldas de la armoniosa arquitectura Luis XVI en tres hectáreas de arbolado.

Se agrupan en el bosque nemoroso el castaño de Indias, el sicomoro del Asia, el pino universal. Allí susurran, a la misma insinuación de brisa, el plácido tilo de las baladas norteñas, el álamo de plata cuya fronda blanquea en las noches de luna, el haya de púrpura cuyo ramaje rojea al beso del sol. Allí se yerguen, en común aspiración de cielo, sustentándose con los jugos nutricios de la misma tierra, el acebo corto de talla y de hojitas oblongas, espinosas, jaspeadas; el nogal copudo, corpulento, el perenne laurel de Parma; el fresno, el olmo, la acacia, la heroica encina.

Hacia la izquierda, visto desde la casa, el bosquecillo descorre sus ramazones, forma un abra. Los ojos vibran y se disparan, abra adelante, hacia la lontananza llena de sol veraniego.

Así, desde la ventana del dormitorio, en mi casa de Carillón, diviso extensa llanura, apenas ondulante, cerrada en el horizonte, hacia Saint-Just-en-Chaussée, por graciosas cortinas de árboles.

Pardea el campo del Oise, ya desnudo, con el trigo cortado, seco, en haces y en montículos. Entre macoyas de paja, ardidas y marinadas por agosto, se irguen los montículos, casitas o tiendas del trigo; y haces, cientos de haces, apoyados unos en otros, bucólicos, marciales, en fila.

En medio del tostado campamento cruza una tropa blanca: rebaño trashumante de ovejas conducido por el cayado, las voces, la honda certera del pastor y por la móvil vigilancia de tres mastines laboriosos.

A trechos, bajo la inclemencia luminosa de agosto, sobre el fondo pajizo, reseco, del paisaje, resaltan fajas de verdura: la remolacha. Entre las verdes fajas de remolacha y las amarillosas casitas del trigo, por el campamento reseco y desolado, cruza de cuando en cuando la capota fugitiva de algún «auto».

Esa capota negra tilda con vigorosa raya oscura el rútilo cuadro campesino de Picardía. Otras veces la raya negra se remonta al espacio y se disgrega en sucesión de puntos... Ya convertida en serie de puntos suspensivos, resalta en la página urente, azul, del cielo picardo: son los cuervos que llegan a merendarse la cosecha.

* * *

La hojosa y rastrera remolacha apretuja su millón de anchas orejas verdes. Bajo el millón de orejas vegetales, inmóviles, otro millón de orejas correlonas, peludas, rumia y se esconde. Ya saldrá de estampía, hacia las madrigueras, cuando en septiembre exploten los primeros cartuchos de la caza.

Entonces será la hora de la pasión y muerte de tío Conejo. Entonces conocerá por experiencia y no sólo por instinto, cómo nació él, pobre orejudo, sin zarpas que destrocen ni molares que trituren, para ejercicio, solaz y nutrición de hombres y bestias de rapiña.

En vano se agazapa en su escondrijo: el hurón lo desaloja, el perro lo persigue, la escopeta lo tumba. Luego tendrá por sepulcro la rotonda de algún vientre y como oración fúnebre los cuentos del cazador. Nemrod hasta elogiará, mientras deglute, la exquisita carne de su víctima.

No; no hay que pertenecer a la familia inofensiva de los roedores. Hay que poseer garra filosa, mandíbula guarnecida, testuz armado. ¡Y

aun así! De hombre a hombre, de clase a clase, de pueblo a pueblo, de raza a raza, de cultura a cultura, ¡pobre del más débil!

Y lo peor es que los cazadores se empeñan siempre en la necrología. La historia de Cartago la escribe Roma. Tanto genio como en Austerlitz demostró Napoleón cuando dijo: «¡Qué grande será Aníbal, cuando aparece grande aun al través de los historiadores romanos!»

Y si la historia de Cartago la escribe Roma, la de Filipinas y de Haití, la escriben los yanquis; la de los boers, Inglaterra; la de los malgachos, Francia, y la de Sumatra y Java, esos bátavos de ojos turbios, hundidos en el agua lodosa de sus canales, a quien creíamos vegetarianos, ictiófagos, comedores de queso.

¿Se derraman siempre lágrimas, se trituran siempre huesos para que venza y avance el espíritu? ¡Ojalá! ¡Ojalá el dolor y la injusticia fueran sólo alcabala imprescindible para el triunfo de lo mejor!

Pero, ¿qué religión no se cree depositaría de la verdad? ¿Qué pueblo no se imagina omega de la cultura y con derecho a imponerla a cañonazos?

2. El pugilato de las culturas

Aun en la lucha entre culturas de un desnivel evidente, en que se impone la más fuerte, se complace la que triunfa en desconocer o aminorar cualquiera excelencia de la cultura sometida.

El vencedor ha honra del precio del vencido,

enseña el clásico; pero la enseñanza del poeta la olvida el guerrero, pueblo u hombre.

¿Qué fue la asombrosa conquista de América? Una lucha de razas en que prevaleció el hombre blanco sobre el cobrizo; una diferencia de culturas en que se impuso el hierro sobre la piedra, el arcabuz sobre la

flecha, el casco del caballo guerrero y de transporte sobre la lana lenta de la vicuña y desnuda planta del hombre.

Para cohonestar los horrores de la conquista se complacen algunos españoles en tildar de «salvajes» a los indios, aunque no todos lo fueran. ¡Y como si los salvajes no tuviesen derechos...! Por lo menos derecho a la piedad.

Salvajes, en justicia, no parece epíteto que cuadre a quienes podían mostrar a los envanecidos europeos, junto a las aguas verdes del Titicaca, las soberbias ruinas de Tiahuanacu, tan antiguas quizá como las de Menfis y de Tiro; a los que fundaron y mantenían florecientes para los días de Colón, de Pizarro y de Cortés el imperio comunista del Perú y el imperio militar azteca.

Se les acusa de antropófagos y de sacrificar víctimas humanas a crueles dioses aborígenes.

Los indios, si conocieran la ironía como conocen la tristeza, pudieran parodiar al árabe Muley, en *El príncipe constante*, de Calderón:

*Valiente eres, español,
y cortés como valiente;
también vences con la pluma
como con la espada vences.*

Si el aymará, el yucateco o el fino muisca de las altiplanicies de Colombia escribieran la historia de su América, ¿qué dirían de los hombres colombinos?

—¿Antropófagos? ¿Qué español nos merendamos? La primera carne humana que se comió en Venezuela, por ejemplo, la devoraron guerreros europeos, perdidos en la selva, hambrientos. Y esto no los deprime, los enaltece: detalle para medir la magnitud de la obra que realizaron.

Y pudieran agregar:

—¿Sacrificadores? Cierto... ¿Pero el cuchillo de obsidiana de los sacerdotes de Méjico ha de inspirar más horror que las piras de Torquemada?

Ambas religiones, en efecto, la de Tenochtitlan y la de Roma, vierten sangre. Con una diferencia: el sacerdote azteca mata por rito, en solemne ceremonial oblatório; el católico, por castigo, obediente a imperativos de intolerancia e incomprensión, ciego, casuístico, juguete de subalternas pasiones del espíritu.

El sacrificio humano en el ara del horripilante ídolo Witzlipuzli (o como se llame el antipático diosete), hermano sangriento de Moloch, representa un progreso ideológico, aunque no lo parezca a primera vista, y aunque nadie, hasta el presente instante, lo haya comprendido así.

Cuando el Dios, en las teogonías primitivas, es un simple animal, se le sacrifican animales. Pero la idea de la divinidad evoluciona; el Dios se hace hombre: se le sacrifican hombres; seres a su imagen y semejanza.

Este mismo sacrificio humano a la divinidad lo ofrece el catolicismo en la misa, aunque sólo en símbolo.

La Inquisición es una desviación del idealismo simbólico, o un despertar del sentido cruel de las religiones. En todo caso, peor que el vampírico Witzlipuzli.

Witzlipuzli, abominable Dios, bebedor de sangre, representa el progreso. Es el Dios hombre. La pira inquisitorial representa lo contrario: la regresión. Se conocía ya el cristianismo generoso, —el cristianismo digamos cristiano— de los primeros cuatro siglos después de la muerte de Jesús.

¿Puede un ídolo deforme, cubierto de sangre humana, representar el progreso en ningún culto ni ante ninguna moral? ¿Puede ninguna idea ni ninguna práctica diabólica significar un adelanto del sentido ético?

Con relación a lo que vaya a suceder, sí puede.

También un día representó progreso, en el orden social, la aparición de la esclavitud, cosa hoy horripilante a nuestro humanitarismo. Sólo un pueblo en la edad contemporánea, *el país de la libertad*, Yanquilandia, se ha atrevido a sostener una gran guerra de cinco años, la guerra de secesión, para mantener la esclavitud.

Y esa cosa horripilante, si aún existe, es travestida. Los negreros esclavistas aparecen; pero ¿cómo? Desguisados en capitanes de industria. Hasta la antropofagia, que aún pervive, se cubre con su alegre dominó azul. La reconocemos, a pesar de todo. Los reyes de la industria estofan en sus hornos al proletario; y si no se lo comen, se lo beben. Sudor es vida. Por eso las víctimas, cuando pueden, se vengan: arrancan coronas y cabezas, llaves y manos.

Sí; el sanguinario Witzlipuzli puede representar y representa el progreso. La pira inquisitorial: la regresión.

3. En medio del paisaje rojizo y verde...

A lo lejos, en medio del paisaje pajizo y verde, columbro, desde mi ventana, un hombre y una mujer que recogen espigas, como Ruth la moabita en el campo de Booz.

Generosa costumbre secular, que se remonta a los días bíblicos, la de permitir que ya cortada y en haces la cosecha se apropie las espigas reelengas el primero que pase. Bien está que perdure, hasta como símbolo de comunismo, el derecho de espigar, la magnánima tradición de que las espigas sin dueño, que abandona el rico, sean para el pobre.

La figura del hombre avalora el paisaje: le da sentido en el arte como en la vida. Lo más interesante al hombre es el hombre mismo.

Una marina de Mesdag es cosa de encanto. Un *landscape* de Ruysdael —árboles, peñascos, río, faja de tierra— es bello, interesante. Más interesante aún con independencia de la técnica; más interesante a nuestros

ojos de hombres, y no sólo de estetas, el paisaje de Hobbema: la casita, al borde del agua, que delata la vecindad del campesino. Más noble todavía el paisaje de Millet: el labrador, el ser humano, sobrecogido a la hora del crepúsculo, junto a sus bueyes amigos y serviciales, en el horizonte familiar, sobre la tierra que los sustenta a todos.

En el cuadro sin figura humana, admiramos un simple aspecto de la naturaleza física; en el cuadro de Millet descubrimos no sólo la hermosura de la naturaleza, sino, además algo inmaterial, psíquico: el sentimiento religioso y tradicional que influye en el palurdo, en el hombre, nuestro semejante, nuestro hermano. Descubrimos, pues, por sobre la belleza patente, una velada hermosura: el alma humana en místico arrobamiento, sobreponiéndose a la fatiga del trabajo y a la vulgaridad cotidiana; vulgaridad que es, en este caso, un par de bueyes en desierta campiña, donde la noche empieza a caer.

A la vista de estas onduladas llanuras de Picardía, tan cultivadas, tan pingües, se viene a los labios la pregunta: «¿Cómo será el hombre que suda sobre estos terrones, y que con mano tan diestra y laboriosa les hace producir el trigo, la avena, el centeno, la remolacha?»

Nos conocemos, terrícola y urbícola. Podemos juzgarnos. A menudo hablamos el uno del otro.

4. Campesinos y obreros

El terrícola picardo ama el suelo productor con la misma pasión avariciosa que el campesino propietario de todas partes, en todos los tiempos.

Los campesinos tienen, denominador común, una psicología rudimentaria, idéntica, muy conocida: apego al terruño, pragmatismo sanchopancesco, desprecio de las idealidades, odio a las novedades, desconfianza del urbícola, espíritu de continuidad en las mismas labores, en las

mismas costumbres, en las mismas creencias, preocupaciones, sumisiones. En suma, el ruralismo representa un pétreo sentido conservador.

El hombre de la ciudad representa todo lo contrario: el ansia de renovación, la inteligencia investigadora. La riqueza puede, a veces, deberse al campo. El progreso no se debe sino a la ciudad.

Un ejemplo resplandeciente hiere nuestras pupilas. Los generales zaristas, vendidos al oro reaccionario de Francia y de Inglaterra, ¿entre quiénes levantan tropas contra el comunismo de Moscú? Entre las piasas estáticas de *mujics* que revientan de miseria, de *vodka* y de abyección, apellidando «padrecito» al zar que los ignora y «su grandeza» al terrateniente que los esquilma.

El agricultor del Oise, cerca de una ciudad como París, de enorme capacidad consumidora, y aldeaño de Departamentos —Somme, Aisne— devastados por la invasión teutónica, se ha enriquecido con la guerra y en la postguerra. El suelo, al extremo parcelado, es suyo. Raro será que el sudor del labriego picardo —máxime por estas regiones de Wavignies, Ansauvillers, Bulles, Catillon, Saint-Just-en-Chaussée— no caiga sobre terrones que le pertenezcan; así está de dividida en lotes minúsculos la propiedad agrícola.

El que no es todavía propietario aspira a serlo. Como faltan brazos en Francia —el millón y medio de brazos, o de pares de brazos, que cercenó la guerra—, el campesino, si propietario, vende caro lo que produce, so pretexto de producir menos y con excesivos gastos; y cuando simple bracero, cobra cara su colaboración.

Así, patrón, se adinera; jornalero, vive con abundancia, tiene casita propia, animales, y podrá mañana, si algo ahorra —que sí ahorrará— convertirse a su turno en patrón. Los braceros vendrán de Bélgica y hasta de Polonia. El consumidor, el ciudadano, paga.

No parece atesorar el terrícola picardo, como los profesionales del odio, antipatía excesiva hacia Alemania, cuya invasión, indirectamente, lo ha enriquecido. Habría que averiguar, por lo demás, en qué proporción corre sangre germánica por las venas de este franco de ojos grises y pelo claro. En todo caso no descuella por un patriotismo a usanza del siglo XIX.

Tampoco descuella por ese patriotismo el obrero ciudadano. Pero ¡qué diferencia de estímulos en el sentir de uno y otro!

El obrero tiende al internacionalismo, a lo universal, a ver a la humanidad de su clase con ojos fraternos. El labriego, más cerrado de horizonte y de mollera, es localista: más que apego a la patria, idealidad abstracta, ama el terruño, realidad productiva. El uno amplifica su sentimiento, que en el otro se encoge, como la piel de zapa de Balzac.

5. Evolución de la idea de patria

El sentimiento patriótico evoluciona, aunque varíe poco en su esencia. Evoluciona, amoldándose a nuevos conceptos de la sociedad y aun de la vida.

El campesino tiende a restringirlo a su interés personalísimo y local. No logra por completo su propósito, gracias a la presión del Estado. El Estado, ejerciendo inexorable su acción generalizadora, fundente, impide el egoísmo localista y mantiene un vasto ideal de patria por medio de las contribuciones en dinero y en sangre, por medio del cuartel, de la prensa y de la escuela.

Contra el patriotismo del Estado se yergue el obrero, que coloca el espíritu de clase por encima de las fronteras, y no se siente solidario sino enemigo, dentro de los patrios límites, de las clases capitalistas, que lo oprimen y explotan.

El industrialismo moderno contribuye a la modificación, que se está operando a nuestros ojos, del sentimiento patriótico. El industrialismo ha exacerbado el imperialismo y pone en choque a los imperialismos rivales.

Para lanzar a los pueblos unos contra otros se habla de patria. A los banqueros, gobernantes, generales y vendedores de útiles y máquinas, máxime si son de guerra, no se les cae de la boca la invocación patriótica. El pueblo, la víctima, ha abierto los ojos. No —dice—, no queremos esa patria, que para nosotros sólo tiene, en la paz, la fatiga diaria, y en la guerra, la muerte.

Y mientras los capitalistas en las distintas patrias se amenazan, los obreros sueñan con unirse en cruzada internacional contra los dominadores, ya sean de aquí, ya sean de allá.

Por donde se ve cómo los capitalistas se inclinan a conservar el antiguo ideal de patria, mientras que los obreros se inclinan a modificarlo.

También se yerguen contra el nacionalismo estrecho y carnicero los pensadores de espíritu liberal. Creen que más allá de una raya imaginaria trazada por la política puede haber hombres, cosas e ideas excelentes. Creen que todas las razas pueden contribuir armoniosamente a la obra universal de la cultura, en vez de ensayar destruirse unas a otras, cada pocos años, movidas por fantásticos, sueños de hegemonía.

Patriotismo es amor desinteresado del patrimonio histórico y territorial que nos legaron nuestros abuelos, en cuanto ese legado aparezca digno de amor, sea obra de esfuerzos nobles y no choque contra la justicia y la razón. Sentimiento cordial, abnegado, despierta en nosotros, a menudo, vocación de sacrificio. Gracias a él nos evadimos de nuestro egoísmo consustancial y nos solidarizamos con la historia, los bienes, el honor y la vida de otros seres: nuestros connacionales. Pero las aberraciones de este noble sentimiento, como las de la fe, son aborrecibles.

El Estado suele cultivarlas preciosamente, elementos alternos de ferocidad y sumisión para cuando desligue, desbozale y azuce las traíllas, a la hora del halalí bélico.

Los hombres, cansados de sufrimiento, de engaños, aspiran hoy, en ansia de mejora, a dar distintas formas y bases a la sociedad, dentro del Estado; y a coartar la independencia de acción de cada Estado, en el orden internacional. Los unos convierten los ojos a Moscú, al ensayo máximo de nueva sociedad; los otros a Ginebra... ¿No ha tomado cuerpo en Ginebra el antiguo sueño utópico de Bolívar: una Sociedad de Naciones? A este Consejo de familia de Pueblos habrá que obedecer, no al capricho, o al orgullo, o al interés de cada País.

El capitalismo empieza a desmantelarse. El internacionalismo tiende a sustituir al nacionalismo. Conoceremos otro avatar del sentimiento patriótico.

6. El hombre del *statu quo*

Y el campesino picardo, ¿qué papel representa en el teatro humano en el momento actual? Representa, como los campesinos de todas partes, en todos los tiempos, un papel estático que, llegada la ocasión, pudiera ser retrógrado.

Su antipatía instintiva de cuanto no sea el *statu quo*, se traduce en pugna sorda con el obrero de París, de Beauvais, de Tourcoing, de Lila; o mejor dicho, en resquemor, que no llega a la efervescencia, contra el espíritu obrero.

¿Ejemplos? Un diario socialista de París acusa a los campesinos de por aquí de haberse entendido en relación de vendedores a compradores con los alemanes de la invasión, y de reservar ahora los productos de la tierra; con perjuicio de las clases pobres de Francia, al oro de los ingleses.

Otro periódico, una revista de Amiens bastante difundida entre los agricultores del Somme y del Oise; revista, naturalmente, harto conservadora, recoge la acusación del diario obrero y la devuelve empapada en ácido prúsico. Los labriegos, viene a decir, se hacían romper la cabeza en las trincheras, mientras los obreros se escondían en las fábricas de retaguardia. (*Le Progrès Agricole*, Amiens, 16 de agosto 1925.)

La vieja lucha histórica entre el espíritu del campo y el de la ciudad perdura.

Ese hombre rubio de ojos grises que, bajo el sol de agosto, en las onduladas llanuras picardas, apila hacecillos de trigo o que, con los primeros fríos de octubre, arranca y recoge la remolacha; ese agricultor laborioso, pacífico, que arrea sus caballos hacia el campo apenas amanece y los conduce al abrevadero y al pesebre hacia el atardecer, es un soldado: un soldado del *statu quo*.

Otros esperan del cambio, del progreso, de la revolución. Él, no. Él espera del orden existente, del tiempo caudaloso, del trabajo cotidiano. Lo espera todo del ahorro, del buen sentido social y tal vez, tal vez de otra invasión de los alemanes.

II

Otro ejemplo que da Francia

Uno de los grandes errores psicológicos de Alemania —de su familia reinante y de su clase dirigente con especialidad— fue suponer que Francia era un pueblo agotado, decadente, comido de vicios, incapaz de prolongada energía.

La prosperidad alemana, el crecimiento asombroso de Yanquilandia y el auge del industrialismo inglés contribuyeron a envanecer a estos países y a que los envanecidos proclamasen por medio de sus profesores en las universidades, por medio de sus escritores en los libros y por medio de sus periodistas en los diarios que esos tres pueblos —y otros afines— pertenecían a una raza privilegiada y a ellos incumbía el dominio del mundo.

Se conservan los mapas alemanes con la futura distribución del planeta entre alemanes, yanquis e ingleses. Parece imposible que en cabezas humanas —siempre pequeñas, aunque sean de germanos— cupieran tales cantidades de imprevisión. Parece imposible; pero no lo fue.

De todas las razas, la más despreciada, o una de las más despreciadas, es la que llamamos con razón o sin razón, raza latina.

¿Eran equitativos los denigradores de ojos azules? Vencida en 1870, Francia, sorda a las voces alocadas de desquite guerrero, trabajó para enriquecerse; y sin dejar de abroquelarse para el día del peligro eventual, supo establecer la república, crear una democracia efectiva y fundar un imperio colonial que rivaliza con el imperio colonial inglés.

Este modelo de naciones, este pueblo latino enérgico y laborioso, echó por tierra con su conducta y con su ejemplo durante los últimos

años aquella teoría sajona y venenosa esparcida por el mundo después de 1870, refirmada por el desastre español de 1898 y el florecimiento conjunto de Germania y Yanquilandia. Según esta teoría —que ya conocemos—, la inferioridad latina respecto a los demás pueblos de raza aria era evidente.

Los alemanes llegaron a afirmar que nada que no fuese germánico había valido gran cosa. Hasta los mayores genios de la latinidad, como Leonardo de Vinci, fueron en Alemania declarados de raíz tudesca. En Inglaterra se puso en moda asignar al epíteto latino una acepción desdeñosa. En los Estados Unidos se ha llegado a más: se ha llegado a impedir oficialmente a los latinos de Europa la entrada como inmigrantes en territorio de la Unión sajona, asimilando a franceses, italianos, portugueses, rumanos y españoles con las razas de color del Asia y del África.

Hasta latinos tan latinos como el italiano Ferri y el francés Demoullins volvieron el rostro a sus dioses nativos y se arrodillaron ante los altares del éxito anglosajón.

No hablemos ya de Gobineau, para el cual, podríamos decir, fuera de los alemanes todos son negros en Europa. Es decir: pueblos y razas inferiores. Recordemos menos aún a Gustavo Lebon, prototipo de pedancia científica, adulador de los sajones, que vivía de rodillas ante ingleses y yanquis, que medía a los demás por su propia pequeñez y declaraba incapaz para la civilización a la América hispánica por acarrear en las venas sangre de la España materna.

En vano pueblos de esa misma América latina —Argentina, Brasil, Uruguay, otros— han recorrido en un siglo el camino que las naciones de Europa recorrieron sólo en varias centurias. En vano México resiste al imperialismo arrollador de los yanquis —a que los mismos europeos, en su aspecto económico, no han podido sustraerse— con heroico tesón indeclinable, digno de Romanceros. En vano otros pueblos

americanos se inspiran en los principios más generosos del Derecho y crean legislaciones que pueden servir de modelo a pueblos de antigua cultura; y todos ellos levantan ciudades, fundan universidades y bibliotecas, tienden rieles de ferrocarril y alambres de telégrafo, multiplican su población, crean o explotan la riqueza, cultivan con éxito las ciencias y las artes... Todo inútil. Se había proclamado por los enemigos de la latinidad —del espíritu de la cual aún vive el mundo— la inferioridad de la raza latina.

Italia resurgió una y fuerte de su dispersión y su debilidad, haciendo menos insólito el caso de Alemania. España se repuso de sus heridas y multiplicó su riqueza; mostró incólume su genio artístico, abriendo el siglo con Goya y cerrándolo con Zuloaga. Las letras francesas, durante todo el siglo XIX, produjeron poetas magníficos, desde Hugo hasta Verlaine, y elevaron la novela adonde nunca ni en ninguna parte llegó. En vano todo.

Fue necesario que Alemania cayese en 1918, y que Francia diera el ejemplo de irreducible energía que dio durante cuatro años de guerra para que se comprendiese que Francia no era un saco de vicios, como suponía el Káiser teutón, y que la raza latina no estaba muerta del todo.

A ese amargo ejemplo de ayer, a esa muestra de saludable y estoica energía, en el orden internacional agrega ahora Francia otro ejemplo de política interior, que también debiera, a guisa de enseñanza, traspasar sus fronteras. La enseñanza aprovechable de política interna, nos la procuran las elecciones de 1925, en medio de la efervescencia de los partidos. En esas elecciones salen revolcados la xenofobia, el egoísmo nacionalista y la idea de que, so pretexto de vanos peligros internacionales, conviene que se menoscabe y aun anule la actividad ciudadana; es decir, la libertad.

Dentro de la libertad, en efecto, pueden resolverse todos los conflictos.

Eso nos enseña las últimas elecciones de Francia.

¿Merecerá el gran pueblo que semejante lección nos brinda con su conducta el desdén de ninguna raza?

¿Pertenece él mismo a una raza degenerada?

III

Xenofobia de la posguerra

En tiempos de Felipe III, a pesar de poseer la corona de España un vasto imperio colonial, como no se conocía otro desde los tiempos de Roma, la situación económica de España no era, a la verdad, floreciente.

Una pésima administración, una política imprevisora y el Moloch de guerras imperialistas, dinásticas, de religión, habían devorado la carne, hecha hombres, de la nación y su esfuerzo hecho riqueza. Por lo menos el símbolo de la riqueza, el dinero, mermaba y la genuina riqueza permanecía improductiva.

Los hombres de gobierno empezaron a preocuparse. Se convocó una junta de expertos. Y los economistas españoles se dieron a lucubrar proyectos de mejora. Los unos buscaban la causa de los males, los otros proponían reformas.

Entre estos economistas españoles, preocupados por la situación de su país, los hubo eminentísimos; los hubo superiores a su época en ideas generales de administración y en punto a reformas de economía política. Bastaría citar el nombre de Ceruela.

Pero también los hubo absurdos. La mayor parte compartía los errores económicos de la época. A objeto de que aumentase la cantidad de frutos y mercaderías que necesitaba para su consumo el pueblo español, algunos de esos economistas proponían, no un aumento de producción —por trabajo más intenso o más inteligente—, sino que no se vendiesen a las colonias de España frutos y mercaderías españoles. Dejaban el trabajo de surtir las colonias a los extranjeros, por medio del contrabando. Por lo menos, les importaba un pito el que reventasen asfixiadas; y parecían

no calcular que la producción de las colonias pudiera salvar a la metrópoli, como la metrópoli supiese explotar las colonias.

Otros dijeron que el Diablo arruinaba a España por comerciar España con pueblos acatólicos. Otros, por último, pedían que se expulsase a los extranjeros, o que se les pechase con un pecho muy fuerte.

Durante siglos enteros nos hemos estado riendo de semejantes errores. Sólo en España —y en aquella época— podían proponerse despropósitos de ese jaez.

Henos en el siglo XX y en Francia, país de gran sentido práctico en medio de su idealismo, república liberal, tierra que produjo en el siglo XIX grandes sociólogos y grandes economistas.

Del siglo XVII a la fecha, no sólo se han realizado inmensos progresos en cuestiones de economía política, sino que algunas bases de la sociedad —o las ideas en que se sustentan— han cambiado casi por completo.

El entrecruzamiento de intereses internacionales, ya para coincidir, ya para repelerse, es estrechísimo. Los hombres han venido a ser de hecho ciudadanos de toda la tierra.

Si todavía no tienen los hombres de todas partes, en cualquier nación donde se avecinen, los mismos derechos políticos, gozan ya de ciertas preeminencias: se les deja en libertad de que vivan a su guisa, se les permite trabajar en lo que conocen; estudian, comercian, producen, practican lo que saben. Hasta se revalidan los títulos universitarios para que se ejerzan profesiones delicadas, como la Ingeniería y la Medicina; lo que equivale a reconocer la universalidad de la cultura, por una parte, y el derecho de los hombres a vivir de sus manos o su espíritu donde les plazca establecerse.

En todo caso, estamos lejos de los tiempos en que se consideraba al extranjero, por el hecho de serlo, como un enemigo. Lejos del tiempo en que —como practicó España en sus Indias— no se le permitía

establecerse donde y cuando quisiera. «América, para los americanos», es, en cierto sentido, prolongación de aquel egoísmo. Pero hoy nadie expulsa a un extranjero sino en casos excepcionales: ya apenas cuando se trata de apóstoles de la destrucción, y no de apóstoles teóricos, sino de apóstoles prácticos.

Hasta hemos visto al país más libre del mundo, Inglaterra, considerar un honor el ofrecer su hospitalidad a los perseguidos políticos del mundo entero. Y como Inglaterra es hoy el refugio de perseguidos políticos, Holanda lo fue ayer de perseguidos religiosos. La riqueza y las tradiciones de hospitalidad en Holanda datan de cuando acogió a los judíos echados de España y Portugal y a los protestantes echados de Francia.

Acabamos de ver a esa misma pequeña Holanda, revistiéndose de energía y de dignidad, negar la extradición del Káiser, culpable de una gran guerra y cómplice e inspirador de muchos crímenes contra las personas y contra la propiedad —pero cometidos con un fin exclusivamente político—. Y se negó Holanda a la entrega del culpable, amparado por el pabellón holandés, aun cuando la compelían a entregarlo las más fuertes naciones de la tierra, las naciones vencedoras de los imperios germánicos: Inglaterra, Francia, Italia, los Estados Unidos y el Japón.

Estamos, pues, muy distantes del siglo XVII, cuando los economistas de España, imbuidos en absurdos de la época, pedían la expulsión y el pecho para los extranjeros.

Cuando menos lo pensábamos, aquellos errores resucitan. Y resucitan en uno de los pueblos más liberales y que más se benefician con el turismo extranjero: Francia. ¿Es posible? Sí; es posible.

El diputado señor Taittinger propone el establecimiento de un impuesto sobre los extranjeros. Al diputado francés de 1923, como al economista español del siglo XVII, le choca la afluencia de extranjeros a su país. Y ambos dan a su xenofobia el mismo color de interés nacional.

Ambos fundamentan su xenofobia y su error económico en los mismos argumentos. «Por bien de España», decía el uno; porque la afluencia de extranjeros «es gravemente perjudicial a nuestros intereses», dice el otro.

En el sentimiento, en la exposición, en los argumentos, son idénticas la actitud del español del siglo XVII y la actitud del francés del siglo XX. Lo que prueba que la guerra ha retrotraído a Europa, por ciertos respectos, al siglo XVII; que se ha reulado tres centurias. ¿Y por qué? Por haberse consentido la absurda persistencia, en una Europa moderna y democrática, de instituciones anacrónicas: el imperio de Francisco José y el de Guillermo.

Aunque el proyecto del diputado Taittinger encerrara una conveniencia económica, siempre sería repugnante al sentimiento de confraternidad humana. Lo es mucho más porque al instinto xenófobo une craso error económico.

El proyecto antipático de ese diputado no prevalecerá. Contra él se yerguen el sentido común, el sentido económico y la opinión liberal de Francia.

Este proyecto no es más que un síntoma del nacionalismo y del reaccionarismo feos y malsanos que renacen después de la guerra en ciertos sectores de opinión.

Y no sólo en Francia. El fascismo de Italia es el ápice de la pirámide. ¿No acaba de asegurar Mussolini, ese condotiero incruento, que la libertad no es necesaria y que liberalismo es una palabra vana?

Campeón teórico —y práctico— de la dictadura, para quien el siglo XIX no ha existido.

IV

La Salamandra

Siempre hubo en determinadas zonas de la opinión francesa quienes atribuyesen a los extranjeros que habitan en Francia, principalmente en París, perjuicios imaginarios.

Por fortuna, los espíritus generosos abogan por la justicia, los espíritus prácticos echan cuentas. Merced a la elocuencia de los números y de los alegatos continúa la vida su curso normal.

La opinión, la mayoría, se percata de que si no se vive, como el doctor Panglos, en el mejor de los mundos posibles, tampoco el león —vale decir el meteco— es tan fiero ni tan dañino como se le pinta y supone.

A la prevención contra lo extranjero no escapan ni las ideas ni los pensadores. ¿No se atrevió Jules Lemaître —vocero de apretada y recalcitrante minoría— a acusar a Rousseau de extranjerismo y de haber introducido en Francia corrientes ideológicas y sentimentales ajenas al cerebro y al corazón de Francia?

Sin embargo, a Juan Jacobo se deben, en primer término, la democracia francesa, en política, y el romanticismo francés, en literatura: las dos torres que desde muy lejos podemos divisar y con mayor simpatía en la Francia del siglo XIX.

Pero hacia donde más se extienden las declamaciones es hacia las costumbres.

Resulta que la gente de París viviría en olor de santidad si no fuese por los extranjeros, que importan su perversidad y la difunden en ese

campo de virtudes. París se distingue por su castidad. Odia el lujo. Aborrece los placeres de la cama y de la mesa.

Tal vez los abogados del ascetismo de París tengan razón. Tal vez la historia galante de Francia, desde Francisco I hasta Landrú, y la vida licenciosa de París, desde el «Pare aux cerfs» hasta los «cabarets» de Montmartre, sea una conspiración extranjera contra la moral parisiense, atroz calumnia universal contra la virtud de la ciudad ascética.

¡Absurdos defensores de Francia! Precisamente lo admirable de París, de la Francia toda, es su mezcla de ligereza y de vigor, de pecado y de virtud, de alegría y de trabajo, de ilusión y de pragmatismo. Bajo patente capa de sensualismo conservó siempre Francia tesoros de energía, de gusto, de laboriosidad. En los momentos más difíciles de su historia siempre supo remontarse, con la sonrisa y aun el beso en los labios, a las más ásperas cumbres de sacrificio y de heroísmo.

¿Por qué intentan ahora esos botarates, esos patrioterros, descaracterizarla? Dejen a los yanquis beber agua en la taberna, y a la duodécima copa de agua caer rendidos debajo de las mesas. París no puede ni necesita ser hipócrita. Su muy alegre desparpajo le sienta a maravilla.

* * *

Demos de barato que los propugnadores de la perversidad de París por los metecos tengan razón. Siempre quedará el hecho de que el hogar, en la sociedad francesa, no alcanza la consistencia que en otras naciones: España y las Repúblicas de Hispano-América, por ejemplo.

No se trata del conocido *ménage à trois*, ni del esposo de dos hermanas, ni del amante de la entenada, ni del marido complaciente con los amigos, ni de las burguesas abnegadas que salen todas las tardes, de cinco a siete, no a buscar el pan cotidiano que tienen seguro, sino lo superfino indispensable para sí, para el esposo y para los hijos. No se trata

del incesto fraternal. Ni siquiera del «complejo de Edipo». Se trata de la destrucción criminal de la familia, se trata del uxoricidio, del fratricidio, del infanticidio, del parricidio.

Estos crímenes odiosos se multiplican hasta lo infinito. No corre día sin que los diarios anuncien una, dos, varias de estas atrocidades. A menudo estas atrocidades hallan benignidad en los jurados, que no culpan; o en el Poder público, que conmuta la pena, aminorándola.

A un parricida, de nombre Pingéon, que asesinó a su madre a martillazos y ocultó el cadáver durante quince días, se le acaba de salvar la cabeza, a cuya pérdida lo condenó un jurado popular. Lo condenó puede decirse —aunque el jurado no aplique penas—. Encontrándolo culpable sin atenuaciones, ya conocía las consecuencias de su veredicto. Pero hay que dejar incólume, por lo visto, el cuello de ese palomo, a quien sobran una letra del nombre y la cabeza.

La pena de muerte puede considerarse un crimen social. Pero, en los países donde existe y tan a menudo se aplica parece que no debe ser un parricida, sin atenuantes de su horrendo crimen, quien escape del castigo irreparable.

La frecuencia de atentados contra cónyuges, hermanos; sobre todo contra padres e hijos, asombra al infeliz meteco, miembro de una familia de naciones en las que el hogar es piedra de ángulo.

Pudiera no considerarse desprevenido el cálculo asombrado del meteco, ya por carencia de datos en relación con lo que sucede en países eslavos, germánicos, sajones, ya por sobra de horror moral. Que haga el recuento otro, alguien con mayor autoridad: uno de esos indígenas de París, que achacan la corrupción de París a los extranjeros; alguno de tantos diaristas conservadores que escriben en periódicos nacionalistas.

Puede tomar la palabra, por ejemplo, el señor Clemente Vautel, colaborador del *Journal*.

El ameno cronista constata (*Le Journal*, 24 de octubre de 1925), con la abrumadora autoridad de su nacionalidad y de sus ideas, la frecuencia del fenómeno social que tanto nos choca. Oigámoslo.

«Los parricidios se cometen en serie. La sección de estas noticias abunda en historias de familia que nos recuerdan las diabluras de los Atridas. Todo se vuelve hijos que asesinan a sus padres con los pretextos más pueriles. Los unos quieren curar al padre de la afición al vino; los otros suponen que la mamá no es bastante discreta y que conviene infligirle una seria corrección... Ya no consideramos el hecho del parricidio sino como una vaga noticia. Pronto no se tratará de él sino en las insignificantes informaciones de tres líneas; vendrá a ser como el incesto, que constituye ahora el resobado tema de comedias en tres actos.»

Y como el señor Vautel, humorista profesional, está pagado en su periódico para divertir al público y no para predicar moralidades, concluye con una cuchufleta.

* * *

Ya oigo las voces que se levantan en España.

—El Estado sin Dios, la destemplanza de la fe religiosa tienen la culpa. En las Repúblicas americanas y en España no ocurren semejantes crímenes porque son países de religión. La religión es un freno.

Podría responderse:

—Muy bien. ¡No ocurren esos crímenes —es decir, no ocurren tan a menudo—; pero ocurren otros: crímenes contra la propiedad y crímenes políticos...! El bandolerismo en los campos de Méjico, de Cuba y de Andalucía existió hasta hace poco. Pancho Villa murió ayer. En otros países de América —Venezuela, Guatemala, Nicaragua, Perú— los bandidos no corren el campo, o no lo corren largo tiempo: se instalan en el capitolio y allí gobiernan a un pueblo de rodillas. Indefinidamente se sacrifican por la felicidad de sus compatriotas y se atornillan a la curul

presidencial, con el verdugo a la derecha y el ministro de Hacienda, o sea el instrumento del robo, a la izquierda. El frente y la retaguardia de los monstruos no permanecen vacíos. Además de algunas damiselas prostitularias, tienen por delante al ministro de los Estados Unidos, aunque no para los mismos usos que el coro de barraganas. Tienen por frente al ministro de los Estados Unidos, porque el ministro de los Estados Unidos sostiene al mandarín en el mandarinato, mientras le compra el país, parcela a parcela, por treinta dineros de cobre. Algunos poetastros y periodistas oficiosos, gozquecillos que reciben mendrugos y puntapiés, lamen a retaguardia. Así gobernaron o gobiernan los émulos de Pancho Villa, los discípulos de Diego Corrientes, sin el valor del primero ni la generosidad del segundo: Juan Bisonte en Venezuela, Estrada Cabrera en Guatemala, Chamorro en Nicaragua, Leguía en el Perú. El ambiente rural fue propicio al bandolerismo de los campos en Andalucía, en Cuba, en Méjico; de lo contrario no hubiera existido, casi con caracteres de institución. La moral política en Francia es más severa que en España y en América; y el banditismo rural no podría allí existir. Cada pueblo posee, en cierto grado, vicios y virtudes que lo caracterizan.

Y podría añadirse:

—La religión, es decir, el miedo al infierno, es un freno social, aunque no tan eficaz como la gendarmería—es decir, el miedo a la cárcel. Entre el diablo y el polizonte ha triunfado el polizonte.

Podría argüirse, igualmente, aduciendo hechos históricos:

—Muchas Repúblicas americanas —Méjico, Venezuela, Uruguay, etc.— son Estados sin Dios, como Francia, sociedades laicas. Aún más que en Francia, el nivel de la religiosidad ambiente tiende allí a la baja.

Esto no se indica como bien ni como mal, sino como observación de una realidad histórica. Personalmente y aleccionado por la experiencia

opino que todas las especulaciones de los pensadores políticos no conviene ensayarlas en cualquier sociedad. La irreligión no me parece ideal apetecible para masas ignaras, tan vecinas a la barbarie, recién salidas de la selva, como las de algunas regiones de nuestra América.

¿Significa ello que deba considerarse a las religiones como panacea universal y factor único de civilización? La escuela no ha hecho bancarrota en ningún país.

La Iglesia, vasta como el mar y como el mar llena de matices y rumores distintos, dentro de su unidad inmensa y magnífica, no fue siempre exaltadora de sentimientos domésticos.

Jesús apostrofó a María: «Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?» Padres y doctores de la Iglesia suponen más cerca de la perfección al célibe que al casado. Elocuentes predicadores incitan a romper lazos de familia para merecer en adoratorios, beateríos y casas de virtud la palma de las vírgenes o la aureola de los santos. El estado religioso equivale a una renunciación a las dulzuras del hogar.

España posee tesoros de casuística en sus teólogos, máxime entre los jesuitas. No se trata de los místicos, ni de los controversistas, ni de los predicadores, sino sólo de los casuistas; y no ya de Molina, de Escobar, de Sánchez, sino de gente de menos renombre. ¡Cuánta sorpresa grata encontrarían allí políticos, diplomáticos y dialécticos!

Juan de Cárdenas razona con una falacia incomparable y enseña trucos habilísimos. ¿No asegura que se puede «desear» la muerte de una persona en beneficio de una comunidad, porque el bien de muchos es preferible al bien de uno? Otro, Manuel Sa, asevera que no es robo robar al padre o al marido; porque no se puede llamar pecado coger lo que tal vez se recibiría si se pidiese.

Esteban Fagúndez, español o portugués, publica en Lyon, en 1640, un interesante *Traité sur les préceptes du Décalogue*. Según se colige,

pueden sortearse los preceptos como los arrecifes. ¿No hay uno que ordena honrar padre y madre? Pues oíd al jesuita Fagúndez.

«Des enfants peuvent accuser leurs parents du crime d'hérésie, quoique il sachent que pour cela leurs pères seront brulés et mis à mort... Non seulement ils pourront leur refuser la nourriture, mais même ils pourront justement les tuer, en gardant la modération d'une juste défense» ...

Ya sabéis: podéis matar a vuestros padres, «con moderación». Podéis matarlos si poseen algunos bienes de fortuna que el clero codicie y como vuestro confesor os lo indique. Y si fuesen herejes —la herejía es una cosa que existió, siglos atrás, mientras existió el Santo Oficio—, si fuesen herejes podéis delatarlos a la Inquisición. La Inquisición dispone por igual de vidas y haciendas. Hará lo que convenga.

¿Los casuistas? Peligrosos maestros. Hay que tomar sus enseñanzas por gotas, como el arsénico, o hay que estar mitridatizados.

Sí; la religión es un freno; sobre todo la que inculcan las madres a sus hijos en el hogar. Pero no han sido siempre ni las épocas ni los pueblos de más exaltada religiosidad los más virtuosos. La España de Felipe IV podría servir de ejemplo.

Cuanto a Francia, sus crímenes domésticos son lepra contra la cual debe buscar remedio. Ya tienen en qué ocuparse los médicos de males colectivos, como aquel doctor Gustavo Lebón, que antes de la guerra se complacía, de rodillas ante los yanquis, en diagnosticar la decrepitud de los hispano-americanos. Ya tienen otro tema, aunque no de risa, los cronistas de París.

¡Qué vitalidad tendrá Francia cuando puede vivir entre las llamas sin perecer!

Realiza el mito de la salamandra.

V

La lección del Ruhr

Obra el razonamiento por largas líneas rectas: es el tren que avanza, seguro, sobre rieles, y sabe adónde va. El sentimiento, por el contrario, opera en zigzags: adelanta, retrocede, mira a la derecha, a la izquierda, arriba, abajo, y evoluciona de manera indeliberada.

El sentimiento universal juzga la ocupación del Ruhr alemán por las tropas de la República francesa y con evidente unanimidad condena a Francia.

Pero interviene la razón y trata de explicarse las cosas. ¿Qué descubre la razón? Lo primero, los hechos. Luego, la fuerza motora que los ha producido.

* * *

Los hechos son conocidos. La ocupación del Ruhr no es un acto criminoso, de cínico descaro, como la invasión de Serbia por Austria y la de Bélgica por Alemania en 1914. Francia se queja de que Alemania rehúye cumplir compromisos que suscribió en Versalles; y, en tal virtud —y aduciendo aquel pacto—, se dispone a tomar por su propia mano parte de aquello a que se cree con derecho, y que se le niega.

Alemania se lamenta como víctima. Inglaterra se resiste a seguir a Francia con la espada desnuda por la cuenca del Ruhr. Los yanquis, en son de protesta, retiran el pequeñísimo contingente de tropas —gaje o símbolo de solidaridad con los aliados— mantenido hasta ahora en las orillas del Rin.

El sentimiento universal toma la palabra.

Dice de los yanquis.

—Pueblo virtuoso, idealista, desinteresado: ha hecho bien en retirarse.

Y nadie les pregunta por qué no se retiran de Puerto Rico, de Nuevo Méjico, de Filipinas, del Hawái, de Haití.

Respecto a Inglaterra, el sentimiento, locuaz, añade:

—Inglaterra no se aviene a arruinar a Alemania y al mismo tiempo exigirle que pague: ha obrado con cordura.

Nadie piensa que el deseo de Inglaterra no es el de favorecer a Alemania, sino el de dañar a Francia, no por odio a este país, sino por excesivo amor de sí misma.

De Alemania:

—¡Pobre país! ¡Tan trabajador! ¡Tan prolífico! ¡Tan sencillo! Es víctima del imperialismo francés. ¡Miren que cobrarle lo que debe; y cobrarlo con la espada en la mano!

Nadie recuerda que Alemania, por medio de triquiñuelas, se resiste a pagar aquello a que se comprometió; nadie recuerda que en 1902 fue esa misma Alemania, con su intransigencia y su espada desenvainadas, a cobrarle a la microscópica Venezuela lo que Venezuela no le debía.

De Francia se dice:

—Ebria de triunfos que no obtuvo en la guerra y de un nacionalismo agresivo, Francia quiere destrozarse a Alemania. Lleva su rencor y su codicia hasta arrebatar el pan de manos de un pueblo muerto de hambre. La Justicia, como Inglaterra, se niega a acompañarla en su invasión del Ruhr. El Derecho, como los Estados Unidos, se aleja de su compañía.

Y la Razón, después de haber observado los hechos, trata de descubrir la fuerza motora que los ha producido.

* * *

Los pueblos de Europa abundan en taras que heredaron de esa vieja cortesana, podrida en vicios, relamida, hipócrita, egoísta, de gélida crueldad.

Estos países, a pesar de tan viejos y de hablar tanto de principios morales, viven hoy, como hace mil años, del pillaje mutuo, de la mala fe, con el cuchillo entre los dientes, en un régimen de violencia y de odios.

Se trata de ser el más fuerte, para no caer víctima de la raza y del pueblo rivales. Se trata de una lucha por la vida, de una lucha biológica. *To be or not to be: that is the question.*

Las palabras Derecho, Justicia, Razón, casi no tienen sentido para los contendores. Somos nosotros, los ajenos a esas luchas de exterminio —mientras permanecemos distantes—, los que atribuimos sentido a las acciones. Los que luchan, no. Los que luchan creen que no sólo la justicia, sino hasta la divinidad, está siempre con ellos. En el fondo, no les importa; lo que les importa es vivir, gobernar, imponerse sobre los demás.

¿Qué busca Alemania —causante de los presentes desórdenes de Europa— eludiendo sus compromisos, arruinando el marco, tergiversando, negándose *de facto* a reparar los daños que ha causado? No pagar, no fortalecer a sus adversarios; esperar a ver qué trae en su vientre preñado de sorpresas el porvenir... Esperar del mejor modo posible —sin siquiera molestar a la ilustre familia guillermína ni a los magnates de la industria— en medio de una melosa revolucioncita casera... Y mientras aguarda, no tiene las manos desocupadas: remueve los escombros, reconstruye su arruinado patrimonio; y aguarda, acaso prepare, el momento de la reacción kaiserina, en lo interior; el momento, en política internacional, de la pólvora seca, de los papeles mojados, del desquite y del imperio.

¿Qué busca Francia invadiendo el Ruhr? Primero arrebatarse elementos de preponderancia industrial a Alemania; luego, posesionarse del carbón que necesita para explotar la Lorena y convertirse en la primera potencia metalúrgica de Europa.

¿Qué busca Inglaterra negándose a secundar esa política de Francia? Que Francia no se reponga de sus quebrantos y quede siendo, como Alemania, un país aniquilado; en suma, la hegemonía inglesa.

¿Qué buscan los yanquis no asintiendo a la ocupación del Ruhr? Lo mismo que Inglaterra: la debilidad de Francia, en beneficio de la propia supremacía.

En esta lucha de imperialismos feroces, no se pronuncien, pues, palabras nobles y desinteresadas; no se hable de Justicia, ni de Derecho, ni de Libertad, ni de Conciencia. Para Europa, loca de odios, de apetitos y de terrores recíprocos, estas palabras carecen de sincero contenido ideológico.

* * *

Existen unos hombres de buena fe esparcidos por toda la redondez del planeta; estos hombres viven mal hallados con la codicia, la mentira y la crueldad que, periódicamente y con grandes palabras en la boca, lanzan a los pueblos unos contra otros.

Según estos hombres de buena fe, aguijoneados por generosa, inquietud de mejora humana, son los acaparadores, los hijos del privilegio, y la organización económica existente los que mantienen la explotación de unas clases por otras clases, dentro de cada sociedad, y el odio de unas naciones hacia otras.

Esos hombres tienen derecho de realizar su experiencia de nueva sociedad. Nada, además, puede ser peor que lo existente, ni más injusto, ni más feo.

Pero me parece que van demasiado lejos cuando entrevén y pintan futuros paraísos humanos. Hay algo que se transforma con excesiva lentitud, y es el alma misma del hombre.

¿Qué advertimos en todas las peripecias de la guerra y de la postguerra? Advertimos que son los instintos primarios los que entran en juego. Bajo disfraces majestuosos y palabras resonantes, se trata hoy, en el fondo, de una obscura contienda por la dominación y por la vida, como en los tiempos del hacha de sílex.

Los sentimientos básicos de la Humanidad permanecen los mismos que cuando el hombre se guarecía en el tronco de los árboles, como su hermano el mono, disputando a los monstruos de la selva la presa y sin tener otra preocupación que la de llenar el bandullo, solazarse con la hembra y salvarse del monstruo enemigo.

* * *

La lección del Ruhr puede traducirse en estas palabras: para tener derecho a vivir hay que saber exterminar, hay que carecer de misericordia, hay que ser fuertes.

Los pueblos débiles debemos aprovechar la lección.

Nos convendría agruparnos, unirnos, aun formar federaciones más o menos artificiales. Estas federaciones se instituirían según parentescos étnicos, o por razones de geografía, o con otro motivo cualquiera que aconseje la alianza. Y sin olvidar, naturalmente, el carácter del peligro que más inmediatamente amenace. A los aislados les espera la esclavitud o la muerte.

Esto no es cuestión de política. Es cuestión de necesidad. Es cuestión de vida. El hombre no se corrige. Permanece siendo el más feroz de los animales.

VI

El concepto de España en Francia

—Malas noticias de España—me dice el francés.

—Malas noticias ¿para quién? ¿Para Francia? ¿Va a ser concedida a España la ciudad de Tánger?

—Malas noticias para la propia España.

—¿Qué ocurre?

—Huelgas, asesinatos, el Ejército que se encabrita, los políticos que se dividen, Marruecos, Barcelona. Agitaciones, en suma...

—Usted lo ha dicho: agitaciones. ¿Y sabe usted lo que eso significa? Significa vida. Sólo los cadáveres ni se encabritan, ni se dividen, ni huelgan, ni matan, ni mueren.

—Pero él orden no me negará usted que es la base de la sociedad, y que, por tanto, interesa.

—Sí, señor; el orden, es decir, el «statu quo», el que no pase nada, la inacción del país y el sueño de los espíritus interesa mucho a los que tienen el mandador en la mano, a los que chupan del bote. A los demás, no. Y menos a los que creen de buena fe que a un orden malo es preferible un buen desorden.

— ¡Viva el caos!

—Del caos salió el mundo: ¡viva el caos generador! Diga, amigo francés, ¿recuerda usted el asunto Dreyfus? ¡Divisiones, odios, desórdenes: el caos! La mitad del país empeñado en condenar a un inocente; la mitad más poderosa: ejército, clero, jueces, ricachones, tradicionalistas,

derechistas. La otra mitad empeñada en el triunfo de la justicia y de la inocencia a toda costa.

—El caso no es el mismo.

—Déjeme terminar. ¿Qué sucedió? Triunfó al fin la justicia. Francia dio al mundo un ejemplo maravilloso de energía, de idealismo, de virtud; prefirió el desorden, la guerra civil, el peligro alemán, el descrédito pasajero, todo, a que triunfase en su seno la infamia, la injusticia. Se depuraron responsabilidades. Los culpables fueron a la picota. Con aquel grande ejemplo de energía ya estaba madura Francia para el grande ejemplo de virilidad de 1914-1918.

—No veo la relación.

—Déjeme terminar, le repito. España atraviesa por un trance, si no igual, parecido. Parecido en esto: en que quiere hacer justicia a costa de lo que sea. Quiere pedir cuenta. Quiere dar un grande ejemplo de vitalidad.

—Justicia a quién, ¿a cuenta de qué?

—La justicia y la cuenta que deben al país aquellos en cuyas manos el país pone su honor, su dinero y su confianza.¹

—Creo que usted anda descarriado, o que, por lo menos, no ve sino un aspecto de las cosas. Nada tienen que hacer con lo que usted dice la huelga, los asesinatos, el separatismo de Cataluña. Eso es simplemente malestar público.

—Sí, señor; enfermedad que la nación desea curarse, y hace esfuerzos por curarse. Por lo demás esos males españoles son síntomas de la

[1]_ Este diálogo se sostenía y se hizo público en julio de 1923, cuando España, en generosa agitación cívica, encabritándose al recuerdo de Annual, empezaba a pedir cuenta a los mandatarios por el fracaso de Marruecos. En setiembre de ese año sobrevinieron el golpe de Estado y la dictadura militar. Las responsabilidades no se depuraron. España no siguió el ejemplo de Francia en el caso Dreyfus. Esta oposición de procedimientos revela diferente psicología; y, por tanto, desemejanzas, no sólo en la actualidad, sino en el papel histórico de ambas naciones.

epidemia reinante en toda Europa. Ya ve usted: a Inglaterra con la guerra civil de Irlanda a cuestas, con huelgas voluntarias e involuntarias; a Francia con problemas internos y externos; a Alemania en plena ruina, esbozando una reacción que la acabará de arruinar; a Italia empobrecida en manos del fascismo, es decir, de la aventura; a los yanquis peleándose en Turquía con franceses e ingleses, que a su vez pleitean entre sí por el plato de lentejas turco...

—Eso es otra cosa: la vida es lucha.

—Por eso España lucha contra sí misma, contra la peor y más retardataria parte de sí misma, por mejorar... Y ahora permítame decirle: Usted y muchos como usted, en Francia, son injustos con España.

—No me salga usted con esas. ¡Con que nosotros malqueremos a España!

—Muchos de ustedes, sí. Otros, no. He recorrido varias veces, a jornadas cortas, en distintas épocas, la región suroeste de Francia: desde Hendaya hasta Burdeos. He observado allí una simpatía innegable hacia la nación vecina. Y no sólo allí. Abro un periódico de París: ¿qué veo? *Ménagons l'Espagne*. Recibo carta de un escritor tan ponderado como Valery Larbaud. ¿Qué dice? Recuerda con placer y afecto las horas pasadas en Madrid. Otro escritor, Marius André, historiador de Bolívar, no ha encontrado incompatible el culto a Bolívar con la admiración que se debe a la obra de España en América.

—Ya usted mismo ve que exageraba cuando decía que los franceses...

—No digo que los franceses; digo que en Francia algunos como usted malquieren o desconocen a España.

—Sabemos que España es un pueblo caballeresco.

—Ignoran que España es un pueblo moderno, muy antiguo y muy moderno.

—En España se tiene la piel demasiado fina, y existe la tendencia a imaginar que se la menosprecia.

—Póngase usted la mano sobre el corazón, querido francés, y respóndame: ¿aquilata usted del mismo modo sus conceptos cuando trata de España que cuando trata de Inglaterra o de los yanquis?

—Exactamente...

—¿Conocen ustedes la vida espiritual, artística de España?

—Sabemos que entre sus pintores los hay de primer orden: Zuloaga, Anglada, Sorolla.

—Y entre sus literatos también.

—A algunos los hemos traducido.

—No en número suficiente para formarse idea clara. Y no los han comentado. Usted, espíritu curioso y docto, tiene, de seguro, concepto preciso de Walter Pater, de Papini, de Schnitzler; ¿lo tiene asimismo de Unamuno, de Alomar, de Ortega y Gasset? Y remontándonos de los hombres a la nación, ¿no cometen ustedes errores garrafales de psicología al hablar de España? España es un pueblo que posee este raro diamante: «carácter». Unos la aman; otros, no. Pero nadie puede quedar indiferente ante ella.

—España, en efecto, no es Holanda, cuya característica más saliente es el cultivo de tulipanes. El defecto máximo de España —si ello fuera defecto— consiste precisamente en un exceso de personalidad. No se deja penetrar lo bastante por los demás pueblos, ni eso le interesa. Tampoco le interesan cosas ajenas, los otros pueblos. Vive en sí, para sí. Carece de curiosidad.

—En las librerías de España, sin embargo, ve usted libros de todos los pueblos, a veces, en sus respectivos idiomas. Pasa usted de Irún a Hendaya, ¿qué observa? Ya no se ven sino libros franceses en las librerías.

—Nosotros traducimos las obras maestras de todas las literaturas.

—No lo niego. Pero insisto en mi ejemplo: la librería de la estación, en Irún, la mira usted repleta de libros franceses. Anda el tren unos metros, echa uno pie a tierra en la «Gare» de Hendaya, traspone un cancelito, lo primero con que tropieza es la librería: ni un solo libro en lengua española, ni un solo libro español en lengua francesa. Para el espíritu español, *finis terrae*.

—Eso depende de que el libro que va a Hendaya llega de muy lejos: de París; es París lo que se debe conquistar.

—Es posible.

—Es seguro.

—Acabo de leer que el catorce de julio se ha celebrado en Burdeos una corrida de toros, no una corrida vergonzante, sino una corrida al estilo de las grandes plazas de España; y yo que abomino los toros, y que en Madrid jamás asisto a «la fiesta nacional», estoy encantado con la noticia.

—Me parece muy bien.

— ¿Y sabe usted por qué estoy encantado con la noticia? Porque los toros en Burdeos representan el espíritu de España, aunque sea en forma subalterna.

—Tiene usted razón. La fiesta taurina, en tal sentido, es también una fiesta del espíritu.

—No digo yo tanto. Pero creo que el espíritu de España flotaba sobre la bella ciudad girondina el catorce de julio de mil novecientos veintitrés.

VII

Guerande

Guerande es una de las ciudades más interesantes de Bretaña. Es una ciudad de la Edad Media. Cintura de murallas fortificadas la circunda. Este cinturón de piedra encierra la ciudad, como en la Edad Media; y, como en la Edad Media, sólo puede penetrarse en la villa por una de sus cuatro puertas de mampostería. La más importante y hermosa de estas puertas, la de San Miguel, es una bastilla compuesta de un bloque rectangular, flanqueado por dos torres. Esas torres fueron castillo famoso. Hoy sirven de Municipalidad u *Hotel de Ville*; abrigan los archivos de la ciudad, la Caja de Ahorros, otras oficinas públicas... y la prisión.

En vasta y antigua sala del Consejo Municipal, hoy restaurada, y que sirve para celebrar matrimonios, ocupa la testera un retrato de cuerpo entero y en traje de corte, del baile Juan Manuel de Rohan Pouldu, gran maestre de la Orden de Malta. Pero aun aquella figura de cortesano es demasiado moderna para semejante edificio; es un anacronismo dentro de un marco dorado. Para aquella torre de piedra, un guerrero medieval, vestido de orgullo y de hierro; un señor de Guerande, sobre su sepulcro de granito, con su yelmo de granito en la cabeza y entre las manos una espada granítica.

Desde la eminencia de la torre, por los intersticios destinados a las armas arrojadas, divísase toda la campiña guerandesa, hasta el mar: los prados resecos de este país de arenas, los florecientes molinos de laboriosas alas y las salitreras artificiales o pantanos salados, todo un paisaje gris, de un verde terroso y desvaído.

Mirando hacia otra parte, descúbrese, acurrucada a los pies de la torre, a la pequeña Guerande.

Entre callejas angostas, cuyos muros alcanza un hombre con los brazos abiertos, más allá de la antigua judería o gueto de Guerande, donde perduran algunos motivos arquitectónicos del siglo XV, yergue su esbelta figura, venerable y retocada, la Colegiata de Saint-Aubin. En las paredes y techos de este abigarrado edificio, cada siglo ha puesto su piedra y su deformación.

El campanario data del siglo XIX; el coro, del siglo XV; la nave romana, del siglo XII, y aún se conservan bajo el coro de la iglesia fragmentos de la prístina construcción, que data del siglo IX.

Pero lo más interesante de la ciudad es la ciudad misma, no sólo porque en ella se conservan íntegras mansiones del siglo XVI y mansiones del siglo XVII; no sólo por su cortina de murallas cubiertas de hiedra y sus fosos centenarios, sino porque con el más mínimo esfuerzo de imaginación adivinamos en aquellas casas vacías, en aquellas calles desiertas, en aquellas iglesias reconstruidas, en aquellas murallas ruinosas, en aquellas torres de piedra, la existencia de una pequeña ciudad medieval: cómo vivían los hombres, a qué ventanas se asomaban las mujeres, qué edificios vigilaban los guardas, qué torres defendían los soldados, qué horizontes miraban los vecinos, cómo se desarrollaba el eterno drama de amor y dolor humanos en hombres de otra edad y de costumbres muy diferentes a las de ahora, en épocas desaparecidas.

Y ¡oh misterio de afectos subterráneos que unen un hombre a su raza! Cuando bajo de la orgullosa y formidable torre de San Miguel, famoso castillo de la famosa y fortificada Guerande, me impongo —no sin orgullo— de que los españoles entraron a saco aquella ciudad en 1342, quemaron cinco templos y destruyeron a medias aquella misma torre de San Miguel, que parece imposible escalar, someter y destruir.

Y recuerdo con una sonrisa las palabras del cicerone cuando ascendíamos a la torre y a la vista de las murallas:

—Esta fortaleza es intomable. En esta ciudad no ha entrado ningún conquistador. Nunca fue rendida a ningún guerrero.

El bueno del cicerone hablaba como un historiador. Por lo menos, como un historiador de la República Argentina.

Creería uno estar escuchando a Mitre.

VIII

La segunda vez que vi a Moréas

¡Qué lejos los días y las batallas del modernismo! De lo que nosotros hemos llamado, en su variedad castellana, modernismo. ¡Francia, en donde tuvo origen, lo nombró simbolismo y por apodo decadentismo!

¡Qué distantes aquellas coloraciones y musicalizaciones de vocales!

Toda originalidad, seductora o no, pero digna de atención en los originales, en los creadores de novedad, ya expresiva, ya sentimental, ya ideológica, resulta pedestre en los micos.

Los imitadores prostituyen la novedad. Desposeyéndola de su carácter novedoso, la visten con galas manoseadas que cepillan laboriosos y frotran con bencina: los oropeles descoloridos del lugar común.

Peores aún que los imitadores vulgarotes e ingenuos, los capciosos retocadores, imitadores vergonzantes, fingen temperamento y genialidad, a costa de paciencia en la simulación. ¡Garduños!

Y resulta que toda novedad está condenada a no serlo. Es la pieza de oro del rico, cambiada después en calderilla, que corre de mano en mano.

Cada época y cada movimiento literario producen unos cuantos temperamentos. Los demás...

Del simbolismo francés ha permanecido, entre tantas pavesas, Juan Moréas. Hijo fiel de la Hélade, en los últimos años fue evolucionando hacia formas y temas clásicos. El poeta de *Las Estancias* —*Las Estancias* corresponden al promedio de su no muy larga vida— puede, impertérrito, desafiar presentes y sucesivas modas. Algo de lo perenne

en las obras que perduran alienta allí. Algo, aunque no sea sino la esencial sencillez...

Góngora y Mallarmé no son sencillos y prevalecen: en ellos y para ellos, la sencillez fue complicada; y la complejidad, simple. La sencillez, además, habría que definirla. En todo caso, no se la tiene por virtud exclusiva de perduración. Pero a ella se retorna, por muy diversos y personales caminos.

* * *

Maurevert, Carrillo y yo, que vamos a comer juntos, nos encontramos en un rincón del restaurante con Moréas. Nos sentamos a su mesa y comemos con el poeta. Luego le llevamos al Círculo de la Esgrima a tomar café. En la sala de armas, que le hacemos conocer y que está desierta a esas horas, empieza Moréas con una espada en la mano a explicar golpes y recordar sus tiempos de esgrimista.

—Ya estoy viejo —dice, quejándose de sus malas digestiones.

Poco después anuncia que trabaja en una tragedia clásica. Charlando se ha hecho tarde; Moréas se dispone a partir. Carrillo le pregunta:

—Bueno, querido maestro, ¿qué hacemos para verlo a usted?

—No salgo nunca, o salgo poco. Vengan ustedes una tarde por casa. Vivo ahora en Montrouge...

Da las señas. Maurevert le dice:

—Por eso hace usted malas digestiones, porque no camina.

— ¡No camino! —grita Moréas con voz chillona.

Y en esa misma voz de adolescente que se hace hombre, y con una buena sonrisa de personaje seguro de que va a causar sorpresa, refiere cómo trabaja.

—Mientras pienso me paseo; me paseo una, dos, tres horas, a veces toda la noche. Después, apenas necesito el tiempo material de verter mi

pensamiento, ya formado, en el papel. ¡Vean ustedes si camino! Es una enfermedad; pero, en fin, no me apoltrono.

Moréas es hombre petulante, enjuto, simpático. Tiene unos negros ojos vivos, una barbilla en punta. Gesticula, chilla cuando conversa: meridional hasta la raíz del cabello.

No lo veía desde la noche en que lo conocí. Andaba con un amigo por el Boulevard y nos encontramos a Moréas en compañía de dos caballeros: el secretario de la Legación de Grecia y un poeta del mismo país. Después de las presentaciones, Moréas se desentendió de sus paisanos y se puso a charlar con nosotros de literatura clásica española: de Lope de Vega, Hurtado de Mendoza, etc.

El nombre de Hurtado de Mendoza le produce a ojos vistas efecto seductor al oído. Pronuncia el Hurtado con doce pares de erres; y el Mendoza con silbo de numerosas eses, en que trastrueca la castellana z. Conoce *Lazarillo de Tormes*; pero de Hurtado de Mendoza más que la obra lo deslumbra el nombre.

Nos hizo caminar como una hora, por frente de los mejores cafés del Boulevard, hasta cierta lejana y oscura taberna.

—Les voy a llevar a un rinconcito delicioso y de calma —había prometido.

En lo de calma no engañó: allí no había nadie. Mientras comíamos sandwichs y bebíamos cerveza, nos pusimos a bromear, a costa del pobre poeta griego, chato, feísimo. Se trató de tipos. Alguno dijo, señalando al Tersites:

—El señor tiene tipo griego, aunque no precisamente clásico.

Y todos, incluso Tersites, rompimos a reír.

III
España

I

Las dos Vasconias

1. Unidad y desemejanza

Venimos de Castilla. El tren avanza en medio de la noche. Al amanecer, ¡qué sorpresa!

A la planicie calva de Castilla, que tanto conocemos y dejamos ayer mismo ardida de sol, con una temperatura sudanesca, sucede al abrir ojos en el amanecer un terreno quebrado, montañuelas, vallecicos, laderas, todo verde, todo húmedo, todo envuelto en una fresca niebla de lluvia.

¡Cambio mágico! ¡Sueño de una noche de estío!

Y no sólo muda el paisaje al entrar en tierras de Vasconia. El estilo de la arquitectura es otro: a las pesadas moles castellanas, con su patio rectangular, encuadrado de corredores, construcción que tiene la severidad de los claustros, en los que probablemente originó, suceden las graciosas villas campesinas, tan ligeras que parecen tener alas como para echarse a volar. A las azoteas castellanas, nuncios de clima seco, corresponden en Vasconia los techos a dos aguas del paisaje lluvioso.

En Castilla, la seca y soleada, triunfa lo uniforme: la tierra toda parda, el cielo todo azul, la lejanía toda gris.

En la húmeda Vasconia, la riqueza de matices: los varios tonos verdes de la campiña, los grises del cielo, del mar y de la niebla; las degradaciones de cada color, hundido en un acuario cambiante de vapor de agua. En este sentido Vasconia alardea de holandesa, país cargado también de vapor de agua y también propicio a lo pintoresco.

Era de esperarse que en Vasconia, como en Holanda, se produjera una pintura original, poco propensa al desnudo, pero más opulenta en tonos suaves y varios que la pintura, por ejemplo, de Andalucía o Castilla. ¿Ha ocurrido así? ¿Existe un arte vasco? Desde luego la arquitectura campesitre —pariente de la holandesa— se va creando, por obra deliberada de la voluntad, con viejos motivos espontáneos del terruño. ¿Y la raza?...

También el hombre es otro. No ya porque el medio lo haya transfigurado, sino porque se desgaja de muy distinta rama de la familia humana. A despecho de las divisiones políticas y dé banderas diferentes, el país vasco, partido en dos, conserva su unidad; su unidad en cuanto espíritu, en cuanto lengua, en cuanto geografía física y en cuanto tipo humano. Esta unidad se descubre desde Bayona en Francia hasta Bilbao en España. Y mayormente se refirma el tipo humano común en donde se conserva incólume: en los pueblucos pirenaicos de uno y otro país.

Al hombre castellano, cenceño, óseo, de cara un poco amarradita en cuanto pasa de los treinta; al girondino cercano y alborotador, se contraponen el cuerpo pesado del vasco, su nariz fina, aguda, que anuncia mares como proa de barco; un rostro bonachón, casi infantil, sin la movilidad del girondino ni la dureza del castellano.

Y el espíritu, como el hombre, es el mismo en ambas Vasconias. El mismo espíritu que erigió la catedral de Bayona, joya de piedra de la fe, ha sido el que sostuvo los dos sitios de Bilbao contra las ideas liberales.

* * *

Entre las dos Vasconias, la española y la francesa, ¿no existirán algunas diferencias perceptibles en medio de su evidente unidad?

Veamos...

Venimos, se recuerda, de Castilla. Hacemos el viaje de noche. Pero otras veces, muchas veces, lo hemos hecho de día. El tren se detiene en algunas estaciones. Divisamos libros: la biblioteca que cada estación

presenta a la curiosidad, al ocio y a los sueldos del viajador. El amor invencible de los libros nos arrastra hacia aquellos colmados plúteos.

Apenas disponemos de cortos minutos para mirar. Sin embargo, vemos y vemos bien.

Las mujeres, con sólo un fognazo de los ojos, como al descuido, inventarían la *toilette* de otra mujer, y le encuentran y detallan a otra mujer, en aquella visión de relámpago, defectos físicos que los hombres no percibimos tan de prisa. Los literatos obramos de modo análogo. De un vistazo a los anaqueles desentrañamos la obra buena, y aun creemos poder vislumbrar el carácter de la biblioteca y deducir el espíritu del poseedor.

¿Qué descubrimos en las bibliotecas de las estaciones españolas? Desde luego, nada de pepitas de oro. Columbramos, entre algunos libros de España, múltiples libros franceses, ya traducidos, ya en su lengua original. También columbramos revistas de modas, revistas de *sport*, revistas literarias de Francia. No es todo. Podemos procurarnos, si a bien tenemos, algunos diarios de París.

Seguimos viaje. El tren nos conduce hasta Hendaya. Descendemos del vagón. Atravesamos un cancelito. Estamos en Francia. Vemos en la misma estación una biblioteca.

¿Qué divisamos allí? Muchos libros franceses y alguno que otro libro extranjero. ¿En español? No... En inglés. Pedimos una revista, siquiera algún diario en castellano. A menudo no los hay. ¿Será que en Hendaya nadie conozca la lengua de Castilla? No. En Hendaya se habla tanto español como francés; y quizá no habiten allí más franceses que españoles.

El comercio no tiene patriotismo. Si se vendieran libros españoles los llevarían.

No puede imponer su espíritu pueblo que no compra, no lee, no ensalza y no divulga su literatura. Pero este cultivo del espíritu propio,

este anhelo de obrar por el espíritu de la raza, ¿no implica un previo problema educativo?

Sigamos.

Lo que pasa en las estaciones de Castilla sucede en las estaciones y en los hogares de Vasconia, desde San Sebastián hasta Bilbao: el libro francés penetra como triunfador, a banderas desplegadas y entre músicas marciales.

He ahí, mariposa ya cogida por las alas, una disimilitud en la semejanza de ambas Vasconias. El espíritu francés, por medio de su mejor vehículo, el libro, se divulga en el país vasco francés y penetra en el país vasco español. En cambio, el espíritu de España no penetra por medio de su agente más eficaz, el libro, en la Vasconia de Francia.

2. España y Francia reflejadas en el país vasco

Si el espíritu de España no penetra en el país vasco fronterizo por medio del libro, tampoco se abre paso por medio del teatro. Y eso que el público de los balnearios, con tiempo y dinero de que disponer, tiene anchas tragaderas. Lo que desea es pasar el rato o, mejor dicho, el verano. Aburrirse pagando una butaca le parece más divertido que aburrirse de balde en su cuarto del hotel.

¿Qué pieza triunfa este verano en las escenas de Biarritz? *Un succès de fou rire*, responden los anuncios. ¿Y qué es este *succès de fou rire*, que nos hace bostezar como si asistiésemos a alguna comedia del teatro hispano-americano? Pues este *succès de fou rire* es una obrita inglesa, bautizada en francés *Peg de mon cœur*.

Por cada inglés hay en verano en Biarritz dos españoles y un americano-hispano, o dos españoles y un hispano-americano y medio. Aunque un soberbio inglés gaste él solo más que tres y medio hispánicos, paga su asiento del teatro al mismo precio que el más humilde hijo del Paraguay.

Peg de mon cœur, o algo por el estilo, ¿era tan fácil encontrarlo en España! Se trata de una obrita del género tonto que con tanto éxito cultivan los Quintero. ¿No pudieron recurrir los empresarios de Biarritz a los hermanos siameses de la escena andaluza para que les condimentaran alguna *Peg de mon cœur* a la española, con sentimentalismos de hortera, chistes para educandas visitandinas, optimismo cursilón y matrimonio en el tercer acto?

De seguro no lo habrían hecho distinto de ese inglés; y el público, naturalmente, hubiera salido encantado. Como ahora, lo mismo que ahora.

Pero no. No podían dirigirse a los Quintero los empresarios biarritzenses... Para triunfar en Vasconia de Francia hay que pasar por París; y para conquistar a París se necesitan no sólo soldados de empuje como los Quintero y soldados de aguante como Benavente, sino una diplomacia y una política muy avizoras que apoyen con gruesa artillería de campaña el avance de los tercios.

Detrás de ese inglés bobo estaba el Imperio británico. ¡Cómo no iban a rendírsele los escenarios, las taquillas y las cupletistas de París! ¡Cómo no íbamos en Biarritz a encontrarlo muy divertido!

* * *

Biarritz rebosa en gente. Las calles, la playa, las joyerías, los hoteles, los teatros, sirven de escena a una alegre, viciosa y adinerada multitud cosmopolita. Hay españoles, hispano-americanos, yanquis, ingleses... Se oyen casi todas las lenguas de Europa, incluso el búlgaro, el polaco y el ruso. Como se oyen casi todas las lenguas europeas, se escucha hasta el francés. Esa multitud viene a divertirse y encuentra diversiones. Viene en pos de libertad y libertinaje y encuentra lo que busca. Deja a su paso una estela de oro.

Toda la costa vasca de Francia ofrece con la misma libertad más apacibles o rústicos refugios, según el capricho, la necesidad y la bolsa de cada uno.

¿Desea el veraneante vida modesta? San Juan de Luz lo aguarda. ¿Más tranquila aún? Guethary, entre el mar y la montaña, le abre los brazos. ¿La vida de familia lo seduce? Ahí tiene la plácida playota de Hendaya.

Atravesemos el Bidasoa. Entremos de nuevo en España. También playas y sitios veraniegos rebosan en gente. Pero fuera de San Sebastián, ¿adónde van extranjeros?

El dinero que se invierte en los veraneos españoles sale de España; el que se invierte en los veraneos franceses proviene, en mucha parte, del Extranjero. Y Francia disfruta, por motivos del turismo que sabe fomentar y explota a conciencia, cuantiosa renta vitalicia.

No hablemos de París ni de las estaciones de aguas médicas convertidas en centros mundiales de placer y elegancia, como Vichy; ni de los cuarteles de invierno de Europa, como Niza. Concretémonos a la costa vasca. ¿Es mejor o más bello el país vasco francés que el país vasco español? No. Su mayor éxito viene a ser éxito de Francia.

En Francia existen el arte de la atracción, el arte de la cocina, el arte de la perfumería, el arte de la modistería y el arte del amor. El amor en Francia no es vicio ni pecado, sino aliciente de la vida. Existe, además, el talento de ser discreto y la virtud de la tolerancia. Tolerancia para las costumbres, las ideas y aun las flaquezas humanas de nuestros prójimos.

Los franceses han descubierto que todo eso se compra y que todo eso se puede vender... Y lo venden.

* * *

Hemos, pues, observado algunas diferencias entre ambas Vasconias. Estas diferencias, más que propias, son reflejas.

Consiste una de ellas en que en el país vasco francés tiene mayor poder de difusión la cultura de Francia —o lo que Francia quiere divulgar— que en el país vasco español la cultura de España. Otra diferencia consiste en que el país vasco francés sabe atraer más gente forastera; y con la gente, el dinero.

Estas desemejanzas, más que entre ambas Vasconias, originan en el carácter de los dos pueblos en que el país vasco se bifurca.

Por donde podemos concluir: el país vasco de España y el país vasco de Francia, con ser tan parecidos que son uno mismo en el fondo, reflejan con todo aspectos del carácter social de los pueblos en que están incrustados y de que políticamente forman parte.

II

Por tierras de Galicia

¡Qué país tan encantador el país gallego! Y del país, el paisaje. Aparecen, desaparecen y reaparecen valles, colinas, rías, vides, maizales, castañares, casas blancas muy pequeñas entre huertas verdes muy grandes; y aquí y allá rebaños de ovejas, cabras que triscan, vacas que pacen, bueyes que arrastran el carro; y a la vera de un camino o a la sombra de un árbol o a la orilla de un riachuelo, algún pastor que estrecha las manos de alguna pastora o el zagaletón enamorado que bebe el aliento en un beso a la zagala. Va uno como entre églogas de Virgilio, admirando idilios de Teócrito.

A los pies de colinas cubiertas de maizales —de unos maizales sonoros, que vibran al aire verdes picas— se tienden los vallecicos fértiles y cultivados que atestan la bondad de la tierra y la laboriosidad del regnícola.

En los valles, o trepando las colinetas, las casitas del campo gallego con su escudo especial, su timbre propio que las hace inconfundibles: la parra, la pampanosa o enracimada parra, una hermosa parra bíblica, sostenida, no por míseras cañucas o deleznable tablillas, sino por recias y esbeltas estelas de granito. Aquellas parras infunden a la comarca cierto aspecto venerable de Antiguo Testamento.

Pero tornad un recodo: el aspecto de antigüedad venerable desaparece y surge el aspecto juvenil, poético, risueño, de aquella tierra alegre, de aquella tierra de poetas, de aquella tierra de juventud; Porque Galicia luce joven, aunque tan vieja. Los campos parecen sonreír, acordándose quizá de sus abuelos los viejos bosques celtas.

El mar es el gran adorno de Galicia. No es allí bravo y ríspido como en la colindante Cantabria; por lo menos, no lo parece. Enamorado de la tierra *lieta*, mimosa, y anhelando más íntimos encantos de la campiña galaica, penetra suavemente sensual y osado Galicia adentro.

El mar se introduce por cien canales hacia lo interior del país gallego; discurre entre colinas, partiendo en dos los valles, haciendo eses, curioseando en los caseríos, formando como brazos inmensos: las rías, las famosas rías de Galicia.

Estos brazos de mar producen impresión de hermosura y majestad agrestes, parecida en cierto modo a la que causan los grandes ríos de la América de los trópicos. La sensación en América es más intensa, acaso porque la Naturaleza bravea allí más vigorosa y despiadada, acaso porque el hombre cuenta allí con menos elementos que en Europa para someterla. Con todo, cada vez que crucé las rías gallegas me pareció surcar mis patrios ríos: el Orinoco, el Meta, el Apure, el Catira, el Caroní...

Era la misma impresión, pero dulcificada, tenue, desvaída. Era la misma y era otra. Hasta la reflexión a que predisponen ambos espectáculos es una y es distinta: el hombre en lucha contra la Naturaleza parece en cuanto sujeto, triunfa en cuanto especie. Aquí la impresión de triunfo, y por lo tanto de seguridad, es casi absoluta; allá comprendemos que la lucha entablada no ha concluido: nosotros tomamos parte en ella, estando, como todo luchador, expuestos al peligro.

* * *

También existen otras cosas que hacen interesante a Galicia: la historia, el arte, la raza. El gallego, predispuesto a la *morriña*, al sentimentalismo, al ensueño de la neblina, posee aptitud para la poesía lírica—. Ya lo demostró desde los tiempos de la poesía galaico portuguesa, contemporánea de la provenzala y anterior a Berceo y a los poetas que se resolvieron a escribir en *román paladino*—. Posee también cierta agudeza

hereditaria, cierta cautela, cierta astucia, fácil de evolucionar hasta la marrullería; y marrullería que suele convertir a los gallegos en taimados comerciantes, en maromeros políticos, en ladinos diplomáticos.

¿Y la historia? La obra de generaciones desaparecidas supervive en ciudades que perduran, sin sustanciales variantes, como evocación de otra edad: Santiago de Compostela puede servir de prototipo.

¡Qué ciudad! Es la única rival de Toledo. Pero me parece que existen diferencias. Mientras que en Toledo se descubren todavía, claras, las huellas de las tres grandes razas y de las tres grandes religiones que le imprimieron sello: árabes musulmanes, judíos talmúdicos, españoles católicos, en Santiago de Compostela no se mantiene viva sino la huella de una sola raza: la española, y de una sola religión: el catolicismo.

Otra diferencia me parece que también se nota.

En Toledo respira política hasta la religión; todo recuerda allí el pasado de un pueblo poderoso en la guerra y en la paz. Se comprende que fuera Toledo la capital de un país guerrero. Entre sus monumentos existen alcázares soberbios que hablan del orgullo y poder de los Monarcas españoles. Aun subsisten fábricas de armas y florece la industria, allí tradicional, de los espaderos.

Nada de semejante ocurre en Santiago de Compostela: ni fábricas de armas, ni alcázares de Reyes, ni pétreas fortalezas; allí no hay sino iglesias, conventos, capillas, hospicios, hospitales, prisiones, el palacio del arzobispo, la casa del deán, y más capillas, y más conventos, y más iglesias. Toledo es la ciudad de la acción; Santiago, de la fe. Es la ciudad eclesiástica por excelencia: la ciudad eclesiástica de la Edad Media. Vive del culto y para el culto, a la sombra de sus cien campanarios.

En la fonda ¿qué veis? Canónigos, frailes, seminaristas. En la calle, ¿qué oís? La discusión de dos aprendices de teólogo. En la iglesia, ¿qué sorprendéis? El chischibeo de las beatas detrás de los pilares. Al volver la

esquina, de noche, ¿con quién os tropezáis? Con el clérigo bien cebado que trata de convencer en la penumbra, a una garrida moza, la que terminará, convencida, por cerrar los ojos y abrir los brazos.

¡Pero cuánta solemnidad, al propio tiempo, en esta urbe del catolicismo! Es hoy la misma ciudad a cuyos muros se acercaban en la Edad Media, temblorosas y alucinadas, las caravanas de la fe, los peregrinos que salían de los cuatro puntos cardinales de Europa. Sólo Roma y Jerusalén, como es sabido, rivalizaban con Santiago de Compostela.

¿No dejó huella de espíritu europeo en Galicia aquel trasiego constante de gente de Europa? ¿Cómo fue que no arraigó más Europa en Galicia? Tampoco arraigó allí el Afínca. El contacto de Galicia con los árabes no fue el mismo que con Europa. Mientras el resto de España respira fuego andaluz, Galicia se abre al mundo europeo. Es verdad que sólo fue con la Europa religiosa y peregrina su intimidad y que la Europa religiosa de entonces no podía traerle sino la fe exaltada que ya toda España tenía.

Para mirar los muros de la ciudad sagrada, para orar sobre la tumba del Apóstol, recorren los crédulos, los piadosos romeros toda la Europa polvorienta, asquerosa e incómoda de entonces. Van en grupos, según las razas y naciones de que proceden, y entonan de cuando en cuando por los caminos su canto de Ultreya en gloria del Apóstol y sus muchos milagros.

Un romance gallego recuerda los sufrimientos del pobre peregrino, al través de los campos sin rutas, de los ríos sin puentes, de los caseríos sin posadas, de las noches al raso, de los días de ayuno:

*¿A ond'irá aquel romeiro;
Meu romeiro a ond'irá?
Camiño de Compostela,
Non sei s'ali chegará.*

*Os pes leva cheos de sangue
E non pode mais andar,
Mal pocado, probe vello!
Non sei s'ali chegará.*

* * *

Hoy no vemos la ciudad con f3ervido mirar de romeros; aun as3, vi3ndola con los ojos del turista, y no con los del creyente, ¡cu3n interesante Compostela!

No nos importa que los restos del Ap3stol Santiago no est3n, ni pudieron jams estar all3, como inventaron los mit3grafos; nos importa, s3, ver la urna de plata cincelada en donde la piedad los supone; la cripta que la fe construy3 para conservar la urna, la iglesia que el arte erigi3 para avalorar la cripta, la ciudad que vive a la sombra de la iglesia. Tambi3n nos interesa el esp3ritu de la ciudad.

¿Es diferente el car3cter de aquella urbe Cat3lica y europea, del car3cter de las ciudades andaluzas de la Espa3a musulmana y del car3cter de las ciudades combativas de Castilla? ¿En qu3 consiste la diferencia?

Desde luego advertimos en Galicia el misticismo so3ador, a un tiempo subjetivo y pante3sta, poco resuelto a romper lanzas; en Andaluc3a el cultivo del arte y de la sensualidad; en Castilla el amor de la espada, la necesidad del combate —en suma, la acci3n.

La catedral, coraz3n de la urbe y su raz3n de ser, ocupa y ocup3 siempre el pensamiento de los compostelanos. Es comprensible: la pol3tica, primero, estaba unida a la Iglesia, cuyos obispos gobernaban en Santiago; luego, ¿cu3l era la fuente principal de ingresos y beneficios para la ciudad? ¿En qui3n sino en la catedral piensa hoy mismo el fondista que espera llenar fonda y bolsillo con olas de turismo, en las festividades del culto? ¿En qui3n el industrial que especula en sombreros de teja, el que imprime obras asc3ticas y m3sticas o el tallador de im3genes? ¿En qui3n

la bordadora de casullas y capas pluviales? ¿En quién el mínimo acólito que tiende la mano a la propina forastera? En torno a la Basílica surgió a vivir del templo, directa o indirectamente, aquella población monástica, monasticona y amonasticada.

Es natural que el pueblo amase el templo, aun cuando combatiera contra los obispos feudales de la Edad Media. Los pequeños déspotas mitrados solían morir, como don Suero de Toledo, de mala manera. Pero el pueblo ¿cómo no iba a amar su Basílica! Aun cuando los pequeños déspotas mitrados aprieten el cuello al «popular», el templo ayuda a vivir. ¡Es, además, tan hermoso!

En el transcurso de los siglos ha ido modificándose hasta convertirse en lo que hoy vemos: un intrincamiento de estilos arquitectónicos, un haz de recuerdos de piedra que datan desde el siglo XII y aun antes; una maravilla secular en donde cada época ha dejado su sello y cada artista su esfuerzo: así, al edificio románico le salen cuernos de piedra, torres góticas; a la torre gótica del reloj —siglo XIV— se la corona de un cuerpo churrigueresco a fines del siglo XVII; y no lejos de la severa y desnuda fachada de la Quintana, asómase a una solemne plaza la fabulosa fachada plateresca del Obradoiro, agobiada de múltiples ornamentaciones.

En lo interior de la basílica ocurre algo semejante. La maravilla de granito rebosa de maravillas de bronce, mármol y madera esculpidos, en que también han colaborado innúmeros artistas al través de los tiempos: el maestro Mateo esculpe el pórtico de la Gloria en el siglo XII, cuando Italia aún no sabía pintar; los fuertes y sobrios púlpitos de bronce los cincela, en el siglo XVII, Juan Bautista Celma, y en el siglo XVIII talla las sillas del coro el sorprendente Juan de Ávila.

Pero, en rigor, nada de esto es característico. Otras iglesias, en España y fuera de España, revisten vetustez semejante, presentan semejante variedad de estilos y explotan una mina semejante de tesoros artísticos

y de recuerdos históricos. ¿Qué es lo que imprime sello a la basílica de Compostela? Tal vez Compostela misma. Ni San Pedro de Roma, ni Nuestra Señora de París, ni la catedral de Milán, ni la de Reims, ni la de Colonia, ni la misma catedral de Toledo, perduran en una ciudad exclusivamente monástica, en una metrópoli de religión que conserve íntegro el sabor de ayer, el aspecto católico de la Edad Media.

No se parece tal vez Santiago sino a ciertos rincones supervivientes de la Roma papal, y no precisamente allí donde hay iglesias y monasterios; más bien por algunos recovecos de calles. Esta semejanza que advierto no se debe quizá a ilusión de mis ojos, ni siquiera al azar: Roma, la Roma del catolicismo debió de ser, como metrópoli máxima de la fe, modelo que imitaron desde mucho antes del Renacimiento, y después, las demás ciudades monásticas de la Cristiandad.

Hoy Santiago de Compostela puede ser considerada, en sentido integral, como la única metrópoli sobreviviente de la fe. ¡Por eso es tal vez única la impresión que produce!

* * *

He tenido la fortuna de recorrer Santiago en alta noche, durante horas y horas, en compañía de un hombre de escena, artista de la palabra hablada, Ricardo Calvo, y de un hombre de pluma, artista de la palabra escrita, Ramón del Valle-Inclán. Calvo visitaba por la primera vez, lo mismo que yo, la antigua capital norteña. Valle-Inclán, por el contrario, estudió allí y mantiene en su corazón el culto de aquellas piedras venerables.

Llovía esa noche, e íbamos bajo la fina y pertinaz llovizna al través de la ciudad, como si nos paseásemos dentro de una galería de cristales, ajenos a la brisa, a la bruma, al agua. Ricardo Calvo parecía abismado. Yo, como nada tenía que decir, no decía nada. Valle, al principio, se lanza con su facundia irrestañable a referir historias añejas de monjas sacrílegas y frailes bigardos; luego enmudece, poniéndose a tono con la

callada lluvia, con la ciudad silente, con nuestras almas mudas de impresión. De vez en cuando nos detenemos ante alguna cosa de interés o a exponer volanderas observaciones. Luego, seguimos silenciosos.

Y se suceden callejones en cuesta, callejas estrechas y sombrías; rúas, como allí las nombran, de aceras bajo techumbre, a la bolonesa. Las lajas del piso relucen, encharcadas, a la mezquina luz de farolillos que, en el atrio de las casas o en el ángulo de las esquinas, honran a alguna imagen patronal acurrucada en su hornacina.

—Aquí pasé mi juventud —suspira el autor de las *Sonatas* al deslizarse junto al eminente muro gris de un colegio de teólogos y canonistas.

Y continúa el desfile de portalones, algunos escudados; de desnudas plazuelas sonoras como claustros, de románicas iglesias y casucas raquílicas, de insignes plazas donde no se mira ni una brizna de yerba ni una flor, y fachadas churriguerescas donde alienta y perdura toda una vegetación de piedra.

El silencio, la soledad, la oscuridad, nos rodean. Escuchamos el ruido de nuestros pasos en aquel silencio cargado de evocaciones, y casi podríamos guiarnos exclusivamente, en la noche, por las lamparitas de la piedad.

* * *

Cuando amanece puede uno comprender, por la lección objetiva de un resaltante contraste, lo que va de la Naturaleza a la obra producida por el hombre.

La luz del sol, tan vieja, cae alegre, dorada, vivaz, juvenil, siempre juvenil, sobre aquellas piedras vetustas con aspecto roñoso y milenario, y que, sin embargo, son de ayer. El sol, tan viejo y tan joven, ilumina con fulgor mágico aquellas piedras de una edad no distante y ya remota.

Esas piedras, por el hecho de haberlas labrado y puesto en orden la mano de un artesano o de un artista, reflejan dos cosas muy humanas:

la inteligencia del hombre y lo efímero de su existir. En la cantera, recubiertas de musgo, vivirían perdurablemente juveniles; no parecerían vetustas, como ahora, hechas torre, hechas muro, hechas sepulcro; pero tampoco interesarían como ahora ni conservarían en sus formas el fulgor de la inteligencia humana que supo labrarlas y embellecerlas.

III

Mayo profanado

Los balcones de mi casa en Madrid dominan la parte sur y el ángulo sudoeste de la Cárcel Modelo. El edificio es un polígono, encuadrado dentro de un cuadrilátero: las cuatro paredes que dan a cuatro calles. Entre los muros que dan a las calles y el edificio de la prisión existen cumplidos espacios. En uno de estos espacios o vanos, hacia la parte oeste del polígono carcelario, frente a la puerta de la Capilla, han sido ejecutados tres reos.

Sin proponérmelo, he presenciado desde lejos el ajusticiamiento.

Diré lo que he visto, lo que he sentido, lo que he pensado.

Anoche, a eso de la una, después de haber leído un rato, me retiré a mi alcoba sin recordar que tres hombres, a pocos metros de la cama en que yo iba a reposar, padecían la angustia de los que saben que van a morir, horas después, contra su voluntad, de muerte violenta.

Al cerrar los balcones tendí la vista a la cárcel, acordándome de pronto.

Algunos hombres rebullen, frente a la puerta de la capilla del establecimiento penal, en torno de una mole oscura e informe. Unos maderos yacen por tierra. Los hombres son o parecen: los unos, obreros; los otros, los menos, militares.

No se les distingue bien. Dos o tres focos eléctricos abren zanjas de luz en medio de la vasta sombra.

En la penumbra se yergue aquella mole inquietante, hacia la cual los obreros acércanse llevando objetos o ayudando a ordenarlos. No se oyen ni martillazos, ni voces.

El silencio, un silencio trágico asiste, como personaje más bien presentado que patente, a la escena. La bayoneta de algún soldado, al cruzar la zona de luz, lanza destellos. A veces, un foco eléctrico portátil, o algo por el estilo, se enciende cerca de la mole oscura, que me parece enorme y produce la impresión de ser rodada, en ocasiones, para aquí y para allá, como buscándole sitio.

De cuando en cuando, personas venidas de las alas este y norte del cuadrilátero, para, mí invisibles, acércanse hacia la mole informe y negra. Después de curiosear u ordenar algo desaparecen.

* * *

Dan las dos de la mañana. Quise retirarme a descansar.

¿Descansar? Quién descansa, si es persona de carne y hueso y no de cal y canto; si representa un papel de hombre entre los hombres y no de sombra entre seres vivos, cuando conoce que allí cerca se desarrolla un drama talionario entre la sociedad que quiere verter sangre y tres pobres diablos que la han vertido.

Ellos fueron culpables. Son ladrones y asesinos odiosos. Urge la sanción contra el transgresor de las leyes de la piedad y las de la sociedad, que en este punto son idénticas. Ambas dicen: «*No matarás*» Con la diferencia de que una enseña: «No matarás, porque el hombre es tu hermano»; y la otra expone: «No matarás, porque te mato.» Pero, ¿puede la sociedad cometer un crimen, es decir, matar contra el derecho natural que tienen todos los seres a la vida, porque un malhechor haya violado ese mismo derecho y cometido otro crimen?

A los antiguos penalistas que contestan que la «Justicia» puede matar, en nombre de una sociedad ofendida que necesita vindicación, en nombre de un diente por diente tan viejo como la Biblia, se unen algunos criminalistas modernos, como Garófalo, que considera al asesino, en ciertos casos, como miembro sin curación del cuerpo social,

miembro que necesita ser amputado para que no se contamine todo el organismo.

Ante la teoría de vindicación y de profilaxis deben erguirse, para contradecirlas, la razón de justicia y la razón de conveniencia, para no hablar, aunque pudiera hablarse, de la razón sentimental.

¿No parece suficiente castigo la reclusión, ni siquiera perpetua? ¿Cuesta cara al Estado? Más cuesta a un país la paz armada, o un año de guerra, que todos sus penales. Además, el penado puede y debe trabajar y producir. Es una fuerza sin libertad, pero no una fuerza que convenga perder. Con la muerte, se pierde.

La pena de muerte, ¿ha hecho desaparecer, aminorar, el número de crímenes? A la estadística, a la que se puede obligar a decir tantas cosas, habrá que hacerla decir, y de seguro no será difícil, que donde se aplica la muerte como castigo se cometen más crímenes que donde no se aplica o se aplica poco. Podrían servir de ejemplo Holanda y Bélgica, por un lado, y Francia, por otro.

Y no se arguya que Holanda y Bélgica son pueblos de raza calmosa y Francia no. Pudiérase entonces citar casos de pueblos bullentes y levantiscos en la América del Sur.

¿Debemos matar al que ha matado? Tanto vale decir que debemos robar al que roba y violar al que viola. No: la sangre no se borra con sangré; ni la violencia ejercida en nombre de la Ley puede engendrar sino el odio y la violencia ciudadanos, individuales.

En política ocurre lo mismo. Las tiranías, desde la de Nerón, en Roma, hasta la de Porfirio Díaz, en Méjico, desencadenan a la postre las revoluciones. El tirano y sus secuaces, a menudo, perecen en ellas.

* * *

No; no se puede dormir cerca de aquellos hombres que pasan su última noche en la tortura bárbara de la capilla y esperan con el alba la muerte.

¡La muerte! ¡Ellos, que eran jóvenes! ¡Ellos, que habían robado para gozar, para vivir! ¡Ellos, que eran viciosos y criminales por un furioso anhelo de placer y de vida!

Impulso más fuerte que la voluntad me lleva con frecuencia a asomarme a los balcones. Y así paso la noche: de la alcoba al balcón y del balcón a la alcoba.

Bien adelante la madrugada, queda concluido el siniestro —y para mí invisible— aparato de la horca: los obreros se alejan y de los militares no quedan ya sino dos o tres centinelas.

En una de tantas veces que vuelvo del inhóspito lecho al balcón diviso gente en otros balcones vecinos; y grupos de personas que cruzan las calles, intentando acercarse a los muros de la prisión. De las calles adyacentes, ocupadas por la Guardia Civil, son echados a la espalda por parejas de guardias a caballo. A medida que la aurora va aproximándose, los curiosos acuden en mayor número, los grupos de la calle se hacen más densos. En los balcones y azoteas enracimase la gente. Se oyen palabras sueltas, se oyen pasos apresurados. Se presiente la curiosidad, la inquietud. Nadie permanece indiferente.

El alba apunta. La sombra empieza a desvanecerse. Los objetos asumen, poco a poco, sus habituales líneas corpóreas. Todavía la sierra del Guadarrama, en el horizonte, es enorme y desdibujada sombra grisácea; pero los árboles cercanos de la Moncloa y de Rosales, emergen de la niebla y balancean a la brisa mañanera su claro verde primaveral.

En el jardín del Colegio de los Sagrados Corazones, frontero a la cárcel, los ruiseñores han cantado toda la noche. De los jóvenes eucaliptos del colegio y las acacias florecidas, parten ahora trinos innumerables. De un árbol a otro se cruzan vuelos y cantos.

El día sigue avanzando... A eso de las cinco y media —ya claro— un piquete forma a la puerta de la capilla, frente a aquella mole que en

medio de la noche y del espanto parecía enorme, oscura, semoviente, y resultaba ahora, a la luz naciente, una pobre garita gris.

Pero tras de aquella pobre garita gris, muy vecinos al muro, se levantaban tres patíbulos. Los patíbulos consisten en tres cortos postes hincados en tierra, con sendos asientos adosados. En el asiento se estrangulará al reo, por medio de una argolla y un torniquete.

Incómodos sillones de barbería. En aquellos sillones, no se quita al cliente la barba sino la vida.

* * *

La mañanita de mayo se levanta risueña y encantadora. La brisa trae el aroma de campo de la Moncloa; el sol llena de prestigiosa plata el noble paisaje velazqueño del Guadarrama; los eucaliptos del colegio cimbrean su esbeltez de enjutas y juveniles torrecillas vegetales; los pájaros siguen cantando.

¡Qué mañana tan alegre! ¡Tan alegre y tan lúgubre! La Naturaleza entona su himno generoso a la vida; pero el hombre, tras el muro pardo de la prisión, prepara su obra de muerte.

A eso de las seis se abren las puertas de la capilla, y empieza a salir gente y a rodear la garita, erguida frente a la puerta.

De balcones y azoteas parte un murmullo sordo, unánime.

La gente de la calle, sin ver, impacientase, comprendiendo. Algunos quieren trepar a las ventanas de los pisos bajos; otros, al andamio de una casa en construcción. Tienen la inquietud de los que saben que detrás del muro que de lejos ven está sucediendo algo. Sienten, además, la más desazonante y malsana curiosidad: la curiosidad del dolor ajeno. Detrás del muro, en efecto, ocurre que están ajusticiando a un reo.

Dentro de la prisión, los circunstantes rodean el cadalso. Como los grupos se apilan en torno del madero patibulario, desde mi balcón no se columbra sino un hacinamiento de personas.

¿Qué sucede en aquel instante? ¿Qué escena de aquel drama están contemplando los curiosos? Algunos de aquellos espectadores se llevan la mano a la frente. Otros, alejándose del espectáculo, caminan nerviosos. Todos están descubiertos. A un oficial, visiblemente emocionado, lo sacan fuera varios amigos. Se adivina que los soldados palidecen bajo las armas que presentan.

Momentos después se ve ondular una sábana blanca: el sudario que arajan sobre el cuerpo exánime de la víctima.

* * *

Pasan algunos minutos, pocos. Entre la puerta de la capilla y el patíbulo se forma una calle de gentes.

Por entre la calle atraviesan personas. Un sacerdote levanta en el aire enorme crucifijo. En pos del crucifijo marcha el reo, acompañado por legos y religiosos. Varias personas se apiñan en torno de la garita para ocultar no sé qué cosa, tal vez el cadáver del primer reo, tal vez el aparato siniestro, al que avanza tras el crucificado.

Lentos minutos de horror...

Otros paseos nerviosos. Un sacerdote, sin sombrero, se coloca detrás de la garita, resuelto a no ver; algunos oficiales se tiran del bigote; civiles se llevan la mano al cuello en ademán subconsciente; otra sábana blanca...

El enorme crucifijo, minutos después, vuelve a la capilla. La gente se dispersa. Corren instantes. Los grupos vuelven a apiñarse, ahora en mayor número, en torno de los patíbulos. No hay suficientes personas para enfilarse y constituir la calle humana, entre la horca y la iglesia. Se puede ver claro.

El tercero y último reo, aparece. El grupo macabro desfila paso entre paso, y no en rápido tropel como las dos veces anteriores.

El reo va descubierto; lleva la cabeza hundida entre los hombros, hacia atrás, los ojos en el cielo; no anda, se arrastra; cubre su cuerpo, flácida piltrafa, una gabardina verde-gris.

No se oye humano murmullo dentro ni fuera de la cárcel. Parece que todo el mundo Contiene la respiración. El sol del amanecer chispea en las últimas fajas de nieve, sobre cumbres y laderas del Guadarrama.

Los árboles del colegio se contonean. Los pájaros cantan.

Por la expectación ansiosa de balcones y azoteas, comprenden los de abajo, en la calle, lo trágico del minuto. Algunos, desde el arroyo, hacen signos inquisitivos a los de arriba. Alguien, desde un balcón, contesta a los de abajo, sin proferir palabra, apretándose el cuello con la mano. Algunas mujeres se cubren el rostro.

Allá dentro, en la cárcel, los congregados rodean el patíbulo. Los verdugos deben de estar pasando al cuello del infeliz la argolla que lo va a estrangular. Los circunstantes se desojan, curiosos.

Poco a poco, algunos se desgranán del grupo. Los soldados presentan armas; varios militares empiezan otra vez a torturarse el bigote; todas las cabezas aparecen descubiertas. Uno que otro pañuelo, y no por el calor, enjuga los rostros.

Pasan unos minutos de expectación... Flota de nuevo en el aire una sábana blanca...

Fuera, los pajaritos cantan.

IV

En torno a El Escorial

Cuanto vamos camino del Escorial por primera vez llevamos en nuestro espíritu —sepámoslo o no— un paisaje prefacio: el paisaje moral, el paisaje histórico: absolutismo, intolerancia, inquisición; el pensamiento al que se asfixia antes de nacer por comadroneros quintaesenciados, feroces; la férula sobre la espina dorsal recta, el sayal, la cogulla, la corozca, las piras inmisericordes, el conquistador a sangre y fuego, los hombres de hierro de los tercios, las aves de rapiña de América, los estranguladores de Flandes, la pata ancha y nervuda sobre el cuello de cisne de Italia; cuanto de trágico, sombrío, luctuoso, cabe en estas dos palabras maridadas en la Historia: el Escorial, Felipe II.

Este paisaje moral influye sobre el paisaje físico y lo preforma en nuestro espíritu: vemos las frías, duras torres de Herrera, que por la reproducción conocemos de memoria, más abrumadas que erguidas a la sombra de desnudos y aplastantes montes de piedra. Aquellas torres tétricas, grises, desgranán sus campanas en la soledad y el silencio sobre la estameña parda del fraile, la loba negra del cura y la silueta borrosa de la monja.

Algunos seglares de traje oscuro se aventuran por las puertas del templo, el rosario en la mano, la frente gacha, tristes de vivir, esperando la resurrección de la carne antes de que la carne sucumba en polvo. Soldados de la Guardia negra del Rey —negra no por el color de las caras sino por el terciopelo de los uniformes— cruzan cabizbajos, se inclinan al pasar frente a benditas imágenes que abundan en puertas y encrucijadas. Algunos militarotes insolentes en Milán o en Nápoles, en

Maestrich o en Haarlem, en Tenochtitlan o en el Cuzco, esperan como lacayos a la puerta de los Grandes, se persignan como dueñas, o parten regañados, sumisos, rota la capa y la energía.

* * *

Arribamos... ¿Qué advertimos?

Villas de techos rojos y granito azul se aprietan unas contra otras, o se pavonean en el centro de alegres jardinillos. Cadetes, universitarios, caracolean entre muchachas de frescura abrileña, la piel de ámbar, las mejillas encendidas, apetitosos albérchigos. Suenan los «klaksons». El bullicio llena la vía.

El paisaje no es relamido; tampoco es antipático. Es el paisaje áspero, energético, guadarrámico, de esta parte de Castilla: montes viriles y rocosos, llanuras pardas, vegetación cobriza; en el corazón del otoño, un aguafuerte.

Múltiples regatos bajan en este jocundo mayo de la sierra; alegran con sus cristales cantores, límpidos, los negros montes cubiertos hasta media falda de verdes y olorosas pinedas. Continúan los regatos correllones cerro abajo y valle adentro su carrera melódica, por entre tomillos y romeros fragantes.

En las laderas luce el cantueso episcopal sus florecillas moradas, y entre la yerba pradiar, como sobre fino terciopelo verdegay, extiende la margarita joyera sus dijes de plata y oro.

Esos arroyos coquetean, al pasar, con la amarilla flor de la retama, las oscuras zarzamoras de la cerca; conocen, a veces aljofaran, los trajes siempre verdes del pino y de la jara.

Pacen, trashuman, rebaños de lana riza y polvorienta. Se oyen balidos de corderos, cencerros de cabras. Las vacas erigen sobre la grama donde pastan su barroca arquitectura...

¿Estamos en El Escorial? ¿O vivimos en el primor de una égloga?

El viajador primerizo reacciona a ultranza. Su pensamiento vuela hacia atrás, en el tiempo. ¿Será calumnia aquel negro Escorial de la tradición? ¿Habrà sido siempre el Escorial un eglógico campo de Virgilio?

Tal vez Felipe II no fue el asceta lúgubre, gotoso; el tirano silente, ceñudo,

*Águila que vivió como un gusano,
monarca que murió como un mendigo.*

* * *

Pasa un fraile gordo: habita las piedras de Felipe. Los bellos uniformes de los cadetes nos hablan del cuartel. Los estudiantes son estudiantes de una Universidad sectaria.

Residuos de ayer: la piedra desnuda y gris del Monasterio, la arquitectura más que sobria, ascética, de Herrera; el cuartel, el convento, el osario de los reyes, la Universidad católica.

Y nota secular, perenne, simbólica: los nidos de cigüeñas en los techos insignes. Es decir: el ave sobre la torre, lo blanco sobre lo gris, lo que vuela y se pierde en el espacio —oración, esperanza, pensamiento— sobre el Monasterio oscuro y pétreo, que hunde en la tierra sus paredes y raíces de infecundo granito.

¡Maldito Escorial! Concreción de ideas que odiamos: absolutismo, fanatismo, crueldad, injusticia.

* * *

Pero no involucremos. Para no confundir ni confundirnos conviene que desasociemos de la voz *escorial* sus dos acepciones pertinentes. Todo quedará claro.

Uno es El Escorial, pueblo; otro, el Escorial, monasterio. Una es la égloga de Virgilio, en la rútila mañana dominguera y primaveral, con sus

novias y sus cadetes, sus jardinillos y sus «klaksons», sus vacas de arquitectura barroca y sus ocasionales ovejas; otro, el solemne monasterio de granito, en medio de los montes, en el hosco panorama guadarrámico.

Así, comprenderemos...

El pueblo jaranero y veraneante que busca en aquellos montes frescura y solaz, o la población invernal de pulmones heridos que anhela altitud y oxígeno, son excrescencias ciudadanas, matritenses. Nada tienen que hacer con la roca labrada; ni pueden explicarnos el secreto de la maravilla secular e incólume.

Preferiríamos que desaparecieran los enamorados y los tísicos, las quintas de techo rojo y los hoteles de lujo, los cines y los dancings, los turistas y los guías, las ovejas y las vacas; y permanecer cara a cara en la soledad de los montes con el adusto monumento.

En imaginación los suprimimos. También nos despojamos de prejuicios antiescorialescos. El cúmulo de ideas liberales heredadas se desvanece.

Nos quedan los ojos abiertos y el espíritu propicio para una interpretación directa.

* * *

Muy lógico parece que a la primera visita choque, en cuanto guarida de un monstruo, la orgullosa piedra gris, adosada al monte negro.

Nos hemos acercado a ella prevenidos. ¿Qué vimos?

Aquella piedra no era romántica como una catedral gótica, ni clara como un templo griego, ni elegante como una aljama árbiga; era una fábrica árida, fría, dura, de historia tan dura, tan fría, tan árida como la piedra, como la Inquisición, como el alma de Felipe II. Sí: nos parece antipática. Pero la buena voluntad se empeña en el triunfo. Volvemos una y otra vez al Escorial. ¿Qué ocurre?

Sucesivos encuentros con la montaña de piedra labrada, desnudos ya de prejuicios, vírgenes de espíritu, enriquecen de reflexión nuestras sensaciones iniciales. Advertimos que de aquella aridez pueden brotar fuentes cristalinas de espiritualidad; de aquella frigidez, calor de pasión; de aquella dureza, un místico vuelo de almas.

Advertimos más: advertimos que en ese recio monumento, entre las piedras de ese monumento está cogida, como falda de mujer entre las maderas de una puerta, la cauda roja y negra del alma española.

Y así, la contemplación del Escorial se intelectualiza por medio de varios elementos: la época en que surge, el objeto a que se destina, el paisaje en que se levanta, el rey que lo dispone, el pueblo que lo construye. Porque en el fondo no es Felipe, ni Toledo, ni Herrera quien construye el Escorial. Lo construye España. Y a España, y no sólo al Rey ni a los arquitectos, refleja.

Todo lo hizo la España del mil quinientos, el país creyente y épico de la guerra contra los árabes; un pueblo que llega a confundir las ideas de patria y religión; o por lo menos, de religión y raza. El español de entonces no dice, en efecto, católicos o islamitas, ni españoles y árabes. Dice: *moros y cristianos*. Confunde ambas ideas, la idea de raza (*moros*) con la idea religiosa (*cristianos*); y formula con tres voces una frase de elocuente psicología.

Se comprende que el Escorial, aunque se levante para celebrar una victoria de España sobre las armas de Francia, no sea un arco de triunfo a la romana, o un simbólico monumento de patria, sino edificio religioso: un templo; un templo magnífico, habitable. Habitable para vivos y para muertos: el Templo de Salomón, el Palacio de Darío y las Pirámides de Egipto en una sola pieza.

¿Y en qué época surge aquel monumento? Surge cuando toda Europa hierve en guerras frecuentes, por motivos absurdos, en que ambiciones

políticas y odios de religión andan entreverados. El Templo, en consecuencia, tendrá cierto aspecto de fortaleza.

Iglesia y Panteón de príncipes, lo inspira la idea de la muerte en sus dos aspectos: el de pudridero de la carne y el de salvación del alma.

Sí: España y no sólo Felipe, construye el Escorial. La España inquisitorial y guerrera, ascética y orgullosa, ha escrito en aquellas piedras su más perdurable página de psicología y de historia.

¿Qué castellano, pudiéndolo, no hubiera construido otro Escorial? Las casonas de la época en Segovia, Toledo, Valladolid, ¿no resultan pequeños Escoriales? Los hombres se aislaban en sus piedras domésticas como Felipe en sus piedras monumentales. Y se aislaban aun más, tal vez, que Felipe... Felipe fue político; y político con la psicología del tirano. Es decir, con el ansia de mezclarse en todo, dirigirlo todo; de que nada se hiciera sin su orden. El ideal de Felipe era que el mundo, en todo sentido, girase en torno del Escorial.

Muchos castellanos —y no sólo los místicos— iban más lejos que Felipe en cuanto a aislamiento, el mundo les merecía desprecio profundísimo. Algunos se retiraban, no a un palacio, ni siquiera a un yermo, sino al fondo de sus propias almas. Vivían por adelantado esos orgullosos, no en el mundo sino en el cielo, no en el tiempo sino en la eternidad.

* * *

¿Y el paisaje? Nada más acorde con el severo monumento que aquel adusto panorama, cuyo encanto efectivo conviene precisar.

Se yergue la recia arquitectura berroqueña en una *loggia* de la Sierra que separa a ambas Castillas. Mira hacia la meseta en que Madrid se levanta. Un amplio fondo circular de montañas le cubre las espaldas; y a su frente el terreno va en declive hasta una vasta planicie verde-oscura que hace horizontes como el mar.

Aun en sus momentos de mayor gracia, en los claros días de primavera, se vislumbra en el paisaje indeclinable adustez.

En octubre y noviembre el horizonte, vasto, casi marino, rojea aquí y allá con un tono cobrizo, melancólico, de otoño carpetano. Asume aquel paisaje, no aspectos suaves de acuarela, ni degradados tonos verdes y azulencos, sino enérgicos tintes metálicos: oro viejo, cobre con cardenillo, bronce corintio.

En invierno un gélido viento sopla, se encallejona y enfuria, arrancando techos y árboles. Cuando la neblina invade llano y sierra, sumérgese el sombrío Escorial de nueve torres en un Atlántico de brumas. Del océano de nieblas va surgiendo, si el sol comienza a brillar, el grisáceo bergantín de nueve mástiles; pero las cumbres, encapuchonadas de nieve; permanecen heladas, tétricas.

En verano, lo tétrico desaparece para abrir paso a lo trágico: el vigorosísimo sol de Castilla quema los campos, amarinándolos; la menguada vegetación dormita agobiada de fuego, las crestas de los montes vecinos dejan ver su calva de roca y todo se precisa y arde bajo el cielo de urente azul.

Ese fue el sitio que los técnicos —enviados por Felipe a descubrir un hermoso rincón de sierra— escogieron y aconsejaron para asentar el Monasterio donde iba a habitar el Rey de España. Allí debía España erigir, a la gloria de sus armas, ése que iba a ser un monumento a la gloria de Dios; y no sólo espejo del espíritu filipino, sino retrato psicológico de la España de entonces.

* * *

Quizás no era Felipe, en cuanto misántropo, de los peores en su tierra y en su tiempo. Amaba los negocios públicos, amaba a las mujeres, amaba los bellos cuadros, amaba los sitios pintorescos. Es decir, amaba la acción, el arte y la naturaleza.

El demonio del Mediodía, el enemigo de las comunidades y libertades de Castilla, el tirano de Flandes, el inquisidor fanático, el déspota taciturno, el arrubiado energético que respira voluntad feroz en el retrato de Pantoja, el rey llamado «prudente», era en suma un rousseauiano *avant la lettre*: predicaba con el ejemplo la vuelta a la naturaleza. En el sentido sensual de la vida, como amante de las mujeres, del arte y de los campos, era un poco pagano. Era, sobre todo, como hombre que dejaba desbocar sus pasiones, bastante imprudente.

La imprudencia, rasgo característico del rey prudente.

Las guerras, aun las ganadas por las armas, suelen perderse diplomáticamente: se perdió el triunfo sobre Paulo IV, porque no se tomó a Roma ni se humilló al Pontífice, tan enemigo de España; se perdió la campaña contra el turco, a pesar de Lepanto, porque Felipe no consintió en que Don Juan de Austria se coronase en país balcánico.

No es todo.

A Enrique IV hubo a la postre que reconocerlo por rey de Francia. La Armada Invencible, que hubiera podido cambiar los destinos de Europa, aunque sin beneficio para la libertad, se pierde sin combatir; y los ingleses burlan la soberbia de Felipe robando en el mar los galeones repletos con el oro trashumante de América, destruyendo las incipientes ciudades del Nuevo Mundo, saqueando las ciudades marítimas de España, socavando el prestigio de Felipe. La Reforma prospera. La Contrarreforma se hunde.

La adulación lo llama prudente, cuando sólo fue cauteloso. Cauteloso hasta hablar muy despacio para que alguna palabra mal pesada o mal medida no fuese a traicionar su pensamiento.

Por lo demás, y en lo esencial, fue bastante imprudente. Se aventuró en empresas en que llevaba las de perder. Todo lo que él combatía, triunfó: desde la libertad política en Holanda hasta la libertad de pensamiento en Alemania.

En la España de su tiempo, y en mucha parte por su culpa, la industria decae, la agricultura decae, el comercio decae. La población decrece. Lo que aumentó fue la deuda pública. La deuda de España cuando Felipe ascendió al trono era de 35 millones de ducados; cuando Felipe murió era de 140. El número de los autos de fe también se multiplica. La decadencia de España se inicia entonces.

* * *

En cuanto a fanatismo, quizá no fuese más fanático Felipe que muchos hombres de aquel tiempo, desde Carlos V hasta Paulo IV, para sólo mencionar próceres de representación y responsabilidad políticas.

Felipe no renuncia en vida al poder como Carlos V, para acogerse a un claustro. Se fabrica su palacio del Escorial, que es el Tusculum engrandecido que conocemos, el Versalles de aquel Luis XIV de un pueblo de ascetas; y si se aleja del mundo es para dominarlo mejor.

El Emperador, desde Yuste aconseja a su hijo, ya Rey, que de los luteranos —a quien llamaba herejes— quemase a unos y cortase la cabeza a otros «sin excepción alguna». Y el Papa Paulo IV, excita en un Breve, para que se castigue a toda persona «sospechosa», así fuese arzobispo, duque o emperador.

Y los inquisidores de Felipe, ¿no son peores que el monarca? ¿A quiénes perseguían? A los que viajaron, a los que leyeron, a los que pensaron, a los que no creían que el ser luterano bastase para merecer la muerte, y a veces hasta a aquellos que sí lo creían.

Felipe II prohíbe a todo español el ir a seguir estudios en Universidades extranjeras y obliga a restituirse a España, al calorcito de las piras inquisitoriales, a muchos españoles; pero, ¿a quiénes, en su fantástica ceguera, acosa el Santo Oficio? ¿Quiénes son los perseguidos? El Padre Mariana, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, los tres orgullo de las letras

católicas; Arias Montano, que edita en Amberes, por orden de Felipe, la *Biblia poliglota* del Cardenal Cisneros; un teólogo: Laínez; una santa: Teresa de Jesús; dos santos: San Juan de la Cruz y San Francisco de Borja.

¿Quién escapó? ¿Quién pudiera escaparse?

El mismo príncipe de Asturias, el Don Carlos a quien Schiller iba a poetizar, ¿no se dice que fue procesado como hereje? ¿No lo fue Fray Bartolomé de Carranza, príncipe de la Iglesia, arzobispo de Toledo? ¿Qué más? Hasta el predicador de Carlos V, Alejandro de Cazalla, ¿no fue ahorcado y luego hecho cenizas por mano y en las hogueras del Santo Oficio? Y Antonio Pérez, secretario de Felipe II, ¿dónde muere, acusado de herejía, si no se fuga a Francia?

Se dirá que la política andaba a veces mezclada en las cuestiones heréticas; que Felipe no era ajeno a ciertos procesos; más aún, que por complacerlo, conociendo sus sentimientos, se instauran aquellos procesos de herejía. Puede ser. Pero el rey no resulta sino exponente del país. A tal pueblo, tal príncipe.

Felipe quiso imponer el catolicismo a sangre y fuego en la mayor extensión de mundo posible, como hizo Mahoma con su credo; por eso mayormente lo abominan y aun calumnian historiadores y pueblos protestantes.

Pero éste, acaso no era sino el aspecto épico del poeta que hace construir el Escorial y que, como Rousseau, se acoge al seno de la naturaleza. Odiaba toda fe que no fuese la católica, es verdad. Pero, ¿qué prueba ello? Prueba, que supo crearse un ideal: el ideal de sostener sobre sus hombros; o mejor, sobre los hombros atlánticos del pueblo español, todo el peso del Pasado, todo el antiguo mundo medioeval, todo lo que iba a morir. Ideal absurdo; pero digno de un gran idealista.

Tenemos, pues, que Felipe II era un idealista, un poeta, un imprudente, un amante de la naturaleza, un sensual, un pagano. Soñó tal vez

en construir una mansión encantada, unos jardines de Armida, una Alhambra como la de aquellos voluptuosos califas y sultanes andaluces. Sólo pudo erigir un lúgubre monasterio.

Su pueblo tuvo la culpa: sus arquitectos eran de rígida y austera severidad de espíritu. Felipe llama a los alegres y coloristas maestros venecianos para que decoren su palacio... ¿A quién encuentra? Al Greco, un visionario, de sensibilidad teratológica. Sus contemporáneos casi todos meditan más en las parrillas del infierno que en los lechos de rosas de nuestra vida positiva, transitoria y carnal.

Por eso acaso resulte el Escorial, y no sólo por inspiración del calumniado Felipe, un panteón tan sombrío, una iglesia tan enorme, un monasterio tan tétrico.

* * *

Pasa el tiempo y lo perdurable queda incólume: la lección de aquellos muros y aquellas torres que nos hablan de la España del siglo XVI; el hosco paisaje, y nota renovada, perenne, simbólica: los nidos de cigüeñas en los techos insignes. Es decir, el ave sobre la torre, lo blanco sobre lo gris, lo que vuela y se pierde en el espacio —oración, esperanza, pensamiento— sobre el monasterio oscuro y pétreo, que hunde en la tierra sus paredes y raíces de infecundo granito.

¿Habremos comprendido el Escorial?

Comprendemos que la aridez del Escorial es aparente: lo fabricaron hombres que tenían el pensamiento en el más allá; de aquella aridez brotan trágicas fuentes de espiritualidad. Comprendemos que no es frío: lo levantaron llamas de pasión; que no es duro sino en apariencia, o que surge de aquella dureza, como un pájaro de una calavera, cándido y férvido anhelo de infinito.

Comprendemos que entre las piedras de ese monumento está cogida, como falda de mujer entre las maderas de una puerta, la cauda roja y negra —es decir, trágica y sombría— del alma española.

Comprendemos que aquella maravilla de piedra no es la exclusiva obra de un rey vesánico, sino la obra de todo un pueblo. Comprendemos que esa arquitectura secular parece sombría y trágica porque el alma de la Castilla constructora es un alma sublimemente trágica y bastante sombría.

V

El Madrid de las estatuas

Siempre me produjeron extrañeza en la ornamentación de Madrid dos cosas: lo mediocre de muchas estatuas y lo mínimo de algunos personajes en cuyo honor las estatuas hablaban, en lenguaje magnífico de piedra o de bronce.

El tiempo y la costumbre no han podido borrar enteramente la antigua impresión.

Aunque la escultura no haya sido nunca ni lo más espontáneo ni lo más fuerte del arte español, siempre choca la desproporción entre la capacidad de este pueblo, productor de arte, y algunos mamarrachos escultóricos que exhibe, en calles y plazas, Madrid.

¡Y qué desnivel entre la caudalosa historia de España, rica precisamente en próceres individualidades, y tantos personajes de menor cuantía, que Madrid resucita y encarna en metal o en roca!

Centurias enteras enmudecen. Se salta del siglo XV o del siglo XVII a lo más pavoroso y hueco del siglo XIX.

El silencio de España, en ciertas épocas, fue lúgubre; pero tuvo casi siempre, para redimirse del cargo que le hiciera el siglo XVIII de haber dejado apagar en su mano las antorchas, descubridores de tierras y de mares, escritores, soldados, pintores, apóstoles, poetas. Pensadores mismos los tuvo, a pesar de la Inquisición. Algunos tan ilustres que se adelantaron al pensamiento de toda Europa; no en especulaciones filosóficas —las circunstancias, y éste es el drama del pensamiento español,

no lo permitían— pero sí en cuestiones de política y de Derecho: baste citar los nombres de Suárez, de Vitoria, etc.

En la acción siempre fue España fecundísima, culminante.

Dio a menudo altos ejemplos y altos ejemplares de múltiple virtud. Sin escoger prohombres en solo un ramo de la actividad humana —aun sin olvidar que España fue superior como pueblo de acción que como pueblo de pensamiento— ¡cuántas figuras y nombres españoles flotan entre los que más enorgullecen a la humanidad! Hernán Cortés, ¿no conquistó un imperio? Servet, ¿no descubrió la circulación de la sangre? Elcano, ¿no probó prácticamente la redondez de la Tierra? Góngora, ¿no fue un poeta? Padilla, Maldonado, Bravo, ¿no fueron héroes y mártires de la libertad? Las Casas, ¿no fue un apóstol de la filantropía?

Parece que España no se enorgullece de tan grandes hijos. No mantiene el culto de los varones máximos. ¿Será porque los produce con naturalidad y con naturalidad los considera? ¿Será por menos filosófica virtud? No se les ve en bronce ni en piedra. Y se comprende. Ellos son lo más bello de la historia de España; no de la historia oficial, con la que vivieron y perduran en pugna, sino con la otra, de la auténtica, todavía en mucha parte inédita. La piedra y el bronce oficiales mal pudieran reconocer el rango en que aquellos superhombres culminan.

En cambio, ¿quién es aquél? Un ministro... ¿Qué hizo? Nació, creció, fue ministro y se murió. ¿Qué hizo aquel otro? Apagó la sed de la ciudad: construyó un canal, aunque no a sus expensas.

El peruano Alberto Guillén, ante el más presuntuoso monumento del Retiro:

—¿Quién es aquél? —preguntó.

—El rey don Alfonso XII —le respondieron.

—¿Y quién es el rey don Alfonso XII? —insistió.

En efecto, no basta ceñir corona. Es necesario, además, haber hecho algo, haber sido alguien: Alfonso el sabio, por ejemplo.

Más regia figura en la historia de la humanidad representa Ignacio de Loyola que Doña Isabel II. La estatua madrileña de esta amable y demasiado amada señora, ¿no la merece con más títulos el ríspido vasco?

* * *

Cervantes, Quevedo, Lope de Vega, Calderón, ¿han sido estatuificados con la dignidad artística que tan claros nombres merecen?

El Cervantes se muere de risa y de fastidio en su plazuela, frente al Congreso, oyendo la baraúnda de inocuos vociferadores. Quisiera ceder el puesto a Castelar. ¡Sobre aquellos vociferadores asqueó el tribuno tantas veces su látigo de rosas! Los conoce: que los domine ahora desde su pedestal como los dominó ayer desde la tribuna.

¡Pero Cervantes!... ¡Y en aquel indumento! Mal sastre le tocó al infeliz. Cervantes quiere salir de allí para la fundición y purificarse por el fuego, al que escapó de milagro en vida.

¿No se lo permiten? Pues bien, que le cambien los gregüescos en pantalones, el jubón en chaqueta, la gorguera en cuello de pajarita, y le pongan un nombre cualquiera: Eduardo Dato, por ejemplo; o Don Pío Baroja y Nessi.

Más afortunado que Lope y que Cervantes, ha encontrado Cajal un cincel digno de su microscopio. Victorio Macho no significa, hasta ahora, dentro del arte español, lo que Cajal dentro de la ciencia; pero el monumento del histólogo es digno del Retiro, de Cajal, del arte español, de Victorio Macho y de Madrid.

* * *

Desde la extremidad norte de la suntuosa Castellana cabalga, hacia el centro de Madrid, gallarda reina bronceína.

Inicia entrada triunfal en la buena villa, hoy populosa, la gran reina del siglo XV.

La espera, avenida adelante, un estilita.

Aquel estilita, encaramado sobre flaco tubo de chimenea, es marino del siglo XV, y se llama Cristóbal. ¿Marino? ¿Siglo XV? ¿Cristóbal? Hay probabilidades de que se trate de Colón.

Que espere allí Colón a Isabel la Católica está bien. Ninguno mejor. Ambos, la una por tierra, el otro por mar, engrandecieron de territorio y de gloria a España. Oteando el uno desde su columna y avanzando la otra al paso de la hacanea, avenida adelante, representan en el arte, lo propio que en la historia, el mismo ideal de *plus ultra*, de ensanchamiento, de una España mayor.

Pero, ¿por qué demonios se encarama a Colón sobre aquel monolito altísimo y tan feo cuando él estuvo casi siempre, en todo sentido, al nivel del mar?

La aviación española, de corta vida y ya largo martirologio, aumenta cada día su caudal de gloria. Acaba de saludar con el ruido de sus motores la Cruz del Sur, en el cielo de América; y condujo fraterno mensaje de España a los Archipiélagos hispánicos del Asia, volando en triunfo, una y otra vez, sobre mares y continentes.

¿Merece la aviación española el inri del monumento que se le inflige? Ese monumento inmerecido recuerda las toscas figuras de nieve que fabrican los niños en las tierras del frío, o los efímeros esperpentos de arena que los ociosos erigen en nuestras playas sabulosas.

* * *

¡Cuánto ilustre anónimo! El anonimato no colide con la popularidad casera o de parroquia.

Yérguese en discreto rincón de Madrid un general de bronce. Algo haría el buen señor desde la altura de su generalato para que lo hayan

subido, ya muerto, sobre aquel otro pedestal. A menos que se trate de un monumento al soldado desconocido.

¿Qué hizo aquel otro buen ciudadano en uniforme para que le erigiesen aquella mala estatua? La estatua no la tuvo por sambenito. La acción del soldado fue de pro, brava. Supo, valiente, caer envuelto en su bandera. Es decir, supo cumplir con su deber. ¿Es suficiente para el honor del bronce? Menguado sería el ejército en que los generales que cumplan con su deber merezcan estatuas.

—Nadie, se dirá, está obligado a morir por el deber.

Y habrá que responder:

—El soldado profesional, sí. Su arriesgada carrera se lo impone. Todo soldado es un valiente, mientras no pruebe lo contrario. El país vincula su honor en ese hombre a quien viste de colorado o de azul y cuelga una espada al cinto. Él es su orgullo, su esperanza.

Tan grande almirante como Nelson lo presiente, y dirige a sus marinos en Trafalgar estas palabras: «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber.»

Tan honesto soldado como Sucre también lo columbra. En la mañana de Ayacucho arengó a las tropas así: «De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur.»

No registra la historia dos arengas más sencillas. Junto a ellas, ¡qué pedantescos y fanfarrones parecen los cuarenta siglos de las Pirámides!

Cada quien hizo su esfuerzo en Ayacucho, como se lo exigían en nombre de la libertad; cada uno cumplió su deber en Trafalgar, como lo excitaban a cumplirlo en nombre de Inglaterra. Ambos capitanes, el de tierra y el de mar, comprenden que un soldado de profesión, el día del peligro, debe realizar el máximo de esfuerzo en pro de su causa, cumplir su deber.

En el parque de Rosales florecen de la noche a la mañana, efímeras vegetaciones de bronce: bustos de jóvenes soldados caídos en Marruecos. Sobre la grama verde, entre las frondas oscuras, erigen hacia el cielo de añil, el tallo de piedra donde apunta la flor del busto. ¿Quiénes son? Son la sonrisa, la juventud, el sacrificio. Más que piedra y bronce egregios, merecen, hijos anónimos de la gloria, los versos del gran poeta del águila y la serpiente:

*Milicias que en las épicas fatigas
caísteis indistintas e ignoradas
cual por la hoz del rústico segadas
en tiempo de cosecha, las espigas.*

*Que moristeis a manos enemigas,
fulgentes de entusiasmo las miradas,
tintas hasta los puños las espadas
y rotas por delante las lorigas.*

*Oscuros Escipiones y Espartacos,
la adversidad de vuestro sino aterra
la musa de los cantos elegiacos...*

*En las cruentas labores de la guerra
cosechera de lauros, fuisteis sacos
de estiércol, ¡ay!, para abonar la tierra.*

Después de contemplar las florecillas de bronce, bajo las frondas de Rosales, inquirimos:

—¿En dónde están el Cid, Roger de Flor, Magallanes, Leiva, Gonzalo de Córdoba, Balboa?

Y buscamos la montaña de bronce que nos haga conocer a este gran jinete de los Andes del Perú: Francisco Pizarro.

Pocos pueblos presentan historia tan abundante en sacrificios y rasgos heroicos como España. Nadie obedeció menos a estímulos ajenos a la propia esencia heroica que el soldado de este rincón de mundo. Una de

las características del español, en cuanto guerrero, consiste en que jamás midió el obstáculo.

Si a cada militar español que ha caído como bueno, en algún campo de guerra, fuera a erigírsele estatua, no existirían en número suficiente para contenerlas plazas, calles ni jardines en toda la Península.

España se ha sembrado y repartido por el mundo. Hay fuera de Europa mucha España.

Cuando el Poder Ejecutivo español dispuso que en una plaza de Madrid se erigiese un monumento a Simón Bolívar, obró acción de mucha trascendencia. Reintegró a España la gloria máxima de España fuera de España. Y dio esta lección: por fuera y por encima de todo, la raza.

Si los israelitas, en vez de negar al Jesús, ya histórico, cegados por la pasión del odio religioso, hubieran obrado como España, y hubieran dicho: «Por fuera y por encima de todo, la raza, Jesucristo, un judío, no sería afrenta y alegato contra Israel.

La saña del mundo cristiano, ¿hubiera tenido razón de existir? Los veinte siglos de persecución, se hubieran convertido en veinte siglos de gratitud.

Los hombres merecen bronces y mármoles cuando personifican un ideal; cuando su nombre y su esfuerzo van vinculados a hechos de ejemplaridad suprema; cuando su virtud —cualquiera que ella fuere— sobrepase la de todos y venga a representar un hito de la raza.

En Madrid faltan y sobran estatuas.

Faltan y sobran en cuanto obras de arte y en cuanto lecciones objetivas de historia.

VI

Por tierras de Castilla

1. Los dos enemigos clásicos de España

Cuantos hemos vivido durante la infancia en pueblos pequeños hemos visto con curiosos o asombrados ojos de niños la llegada de algún circo ambulante. El circo se instala. En las representaciones admiramos monos y perros sabios, caballitos amaestrados, amazonas, hércules, trapeceistas, payasos.

Un día parte el circo, rumbo a otro pueblo.

Si somos algo soñadores cae sobre nuestro espíritu opalizada nébula de melancolía. ¿Adónde va el circo? Se apodera de nosotros vago anhelo de errabundez. ¡Quién tuviera esa libertad de tías humantes! ¡Quién contemplara, a cada aurora, paisajes y paisanajes desconocidos! Enviábamos en secreto a los payasos, a los trapeceistas, a los hércules; y tal vez nuestro juvenil corazón viaja por algunas noches prendido entre las lentejuelas —y como una lentejuela más—, en la falda o corpiño de la linda amazona.

Algunos de aquellos niños soñadores y enamorados conservan luego, con terquedad ya viril, el ímpetu de errabundez, la tendencia a volar más allá de los horizontes, la inconformidad con el momento en que viven. En vano la razón argumenta. En vano los «hombres prácticos» exponen con voz metálica, el pecho constelado de condecoraciones y mostrando el vientre redondo de una felicidad curvilínea, limitada y satisfecha, la excelencia de la vida sedentaria y el goce inexprimible de no haber visto, como chilló el retórico,

más río que el de la patria.

En vano todo. ¡Quién viviera una vida errátil de titiritero!

Pues bien: hemos vivido durante el estío, aunque harto efímeramente, una vida itinerante, casi de circo ambulatorio. Visitamos ciudades, villas, villorrios, aldeas, lugares. Pueblo a pueblo y campo a campo, recorreremos vasta porción de la Mancha y Andalucía.

El automóvil se traga las carreteras. Vuela de una granja a una dehesa, de un lugarejo anónimo a una capital histórica. Asistimos hoy a la recolección del trigo, por mano de labriegos atareados, cerca de alguna alquería; y mañana presenciaremos la recolección de monedas, por mano de clérigos sagaces, en alguna basílica.

Desiertos campos y lugarejos excéntricos se llevan la preferencia de los peregrinos, más o menos ilusionados, sobre ciudades adonde podría conducirnos y conduce a todo el mundo, isócrono, el ferrocarril.

Desayunamos en ventas, sesteamos en mesones, paramos en posadas. Bebemos el clarete de Manzanares en Manzanares, el tinto de Valdepeñas en Valdepeñas, el amontillado en Montilla, el Jerez en Jerez. Atravesamos los viñedos manchegos, los olivares de Jaén, los cortijos de Córdoba, las vegas de Granada, las dehesas de Sevilla, los lagares de Málaga.

De cuando en cuando detona en nuestros oídos el nombre de algún poblado que es también nombre de batalla y de triunfo en este país de historia y de guerra: *Bailén, las Navas de Tolosa...*

Las campiñas de la Mancha evocan ante todo —¿cómo no?— para cuantos tenemos alguna gota de sangre quijotesca en las venas, la figura de Alonso Quijano, el Bueno. ¡Puerto Lapice! ¿Qué hizo allí? No recordamos. Pero allí estuvo el Caballero. Ese oscuro nombre suena en Cervantes. Es una de las etapas del héroe. No se puede en la Mancha ver un molino —¡quedan tan pocos!— sin que a su ruda realidad de

piedra contraponíamos, dentro de nuestro más íntimo yo, la idealidad, descarnada y altísima, del Caballero.

¡Con qué reverencia de espíritu, tan honda, tan sin término, te saludamos mientras recorremos tu teatro de heroicas aventuras, caballero de Castilla, caballero de la Humanidad, buen caballero!

Eres más grande, más piadoso, más útil que el Hércules de la mitología pagana. Él tenía la fuerza. Tú no: a ti te basta con el alma para osar a todo. El era semidiós. Tú no: tú eres de nuestro mismo barro mísero y doliente. Y mísero, doliente, débil y desarmado emprendes cien trabajos hercúleos, útiles todos para la humanidad, no con utilidad inmediata y transitoria, sino con ejemplaridad eficiente y trascendente.

Fuiste libertador, creador de ideales. Como lo quiso e indicó el Quijote de América, se te podría y debería colocar, pobre y maltrecho caballero, caballero de la Mancha, buen caballero de Cervantes, entre los emancipadores de pueblos y de espíritus, entre los que encienden la fe.

Rompiste cadenas á sabiendas; y, sin saberlo, desbarataste preocupaciones. Hoy, en ti, por ti, se cree. Uno de los pocos seres de carne y hueso que se te han asemejado, el Quijote de la libertad, el Quijote de América, pudo exclamar en la desilusión de sus últimos días: *los tres mayores majaderos de la historia hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo.*

Te conocía y te amó aquel hermano tuyo en quimeras, en aventuras, en infortunio, en lágrimas y en desilusión. ¿Quién desharía lo que Bolívar hizo, colocándote entre los creadores de ideal, los emancipadores de pueblos?

* * *

¿Nada existe en los campos de la Mancha fuera de la venerable Sombra?

Existe la realidad de hoy: el hombre de carácter, como buen castellano y como buen castellano aun de mal carácter; el hombre tozudo que cultiva la tierra más o menos ingrata, en lucha contra la inclemencia del

tórrido cielo de verano, incapaz de enternecerse en lluvia; existen los diminutos, terrosos y vetustos poblachos, aunque ni tan vetustos en su aspecto ni tan terrosos como algunos de otras comarcas de Castilla: el nombre de Pancorbo viene a los labios como paradigma de pueblo aridificado, sepulto bajo capas de polvo, solitario y, si no muerto, mortecino.

Y esos poblachones manchegos, como sus similares de ambas Castillas, vegetan devorados por la política de campanario; por el juego del casino; por la devoción de las mujeres; por la falta de escuelas; por la sobra de curas; por su situación mediterránea, lejos de las costas civilizadas y comerciantes, que los aísla; por la crecida tarifa de transportes, que más y más los enmuralla; por la carencia de grandes ríos, que los mata a ellos y a sus campiñas aledañas, de sed; por la escasez de industrias, por la usura, por el hastío, por el anhelo casi imposible de emigración, anhelo que, en cambio, realizan con suma facilidad los pueblos marítimos de Galicia y Asturias.

Existen, además, en Castilla las ciudades añejas que se caen a pedazos, como Santillana, la del marqués poeta, como Alcalá de Henares, patria de Cervantes; o ciudades históricas y monumentales que perduran a fuer de curiosidades arqueológicas: Segovia, Burgos, la misma Toledo, en las que late un resto de vida, a manera de antiguas lámparas, en las que todavía se enciende luz.

Quedan asimismo los centros modernos de actividad, ciudades renacientes como este elegante y jacarandoso Madrid, que realiza el mito del fénix, resurgiendo constantemente de sus cenizas...

Siempre joven, este Madrid cortesano, metropolitano, bancario, académico, universitario, pictórico, escultórico, literario, goza todas las ventajas y lujos de su sede real... Madrid, flor de las Castillas y las Españas, levanta sus torres y sus palacios en medio de la llanura, como pino maravilloso que extendiera la verde gracia de su copa en la aridez de un páramo.

En países de prolongada vida histórica todo se enlaza y trenza con el pasado. En estos viejos países el Pasado parece a menudo presente —y a veces aún más presente que la actualidad—. Así, observamos en los pueblucos de Castilla, de Castilla entera, lo mismo en los desvencijados y borrosos que en los más vivaces y jóvenes o rejuvenecidos, la realidad de ayer.

¿Qué realidad es esta?

Un pueblo enérgico —y formidablemente enérgico aún ahora, después de una continua gestación de siglos—, batallador, de orgullo inextinguible, núcleo de la nacionalidad, a la cual impone su idioma como Toscana a Italia y la isla de Francia en Francia.

Buen dominador, aun en medio de aparente fraternidad con reinos émulos, impone además, no su fe, que es la misma de los otros países que integran la Península, sino la combatividad de su fe, exacerbada en luchas de raza y religión: así convierte en católicos militantes e intransigentes a los mismos gallegos, gente lírica, contemplativa, socarrona, poco amiga de gestas; a los mismos andaluces que habían convivido con musulmanes y judíos, bajo la tolerancia benévola y filosófica de la maravillosa civilización árabe de los califas de Córdoba y los sultanes de Granada.

Este bravo pueblo de Castilla —y por extensión puede decirse de España— ha sido siempre más apto para las artes de la guerra que para las artes de la paz.

Inferior a sus obras fue su canto,

observó ya, con justeza, nuestro Baralt.

Cada vez que Castilla —y, por extensión, puede afirmarse España— sacó la espada, se impuso.

Fue a Oriente con catalanes y aragoneses; a América, con extremeños y andaluces; a Flandes e Italia, con los tercios de Alba y del Gran Capitán. Hizo propia la península Ibérica, adueñándose de Portugal. Venció

al francés en Pavía, al turco en Lepanto. Tuvo en jaque al inglés, su rival afortunado. Entró Roma a saco. Hizo huir despavoridas a las legiones del Pontífice de la cristiandad, como hizo huir, a manera de palomas asustadas, las galeras del Profeta, en el trágico golfo, «en la más alta ocasión que vieron los siglos». La cordillera más conspicua del planeta, los Andes, espina dorsal de América, se encorvó, sumisa, al paso de los acorazados guerreros de la Conquista. La opresiva y acerada garra de España alcanza hasta Oceanía, en las extremidades del mundo.

Momento hubo en que un hombre titulado rey de España hacía sentir desde su gabinete de trabajo la presión de su voluntad, si no la de su mano, en Italia, en Alemania, en los Países Bajos, en la América del Norte (Florida, México), en la América del Sur, en archipiélagos del Pacífico y en Archipiélagos del Atlántico.

Pero ocurrió que ni ese hombre —no ya cuando fue un imbécil y se llamó Carlos II, sino aun cuando fue Felipe *el Prudente*— ni sus ministros, validos, consejeros y confesores supieron conservar el inmenso legado. Y en el caso de Felipe II sucede el fenómeno de que se inicia la decadencia del país, aunque crezca su territorio.

El inmenso legado se perdió.

Cuando el último rey austríaco desaparece, España depauperada y desangrada, queda reducida apenas a escasos millones de súbditos. De súbditos hambrientos... Las industrias no existen y las antiguas libertades de Castilla han desaparecido.

Esa fue, principalmente, la obra de la Monarquía. Así dieron cuenta los dinastas del cuantioso patrimonio que el pueblo español les confió.

* * *

Tiene razón Baralt: «inferior a sus obras fue su canto». Pero también inferiores a sus obras de guerra fueron sus obras de paz. Cuando regresa

de los campamentos, España se mete en la Iglesia, y no pudiendo matar enemigos se dedica a quemar herejes. En este santísimo oficio se olvida de todo lo demás. La política de flexibilidad, tolerancia y larga vista no es su fuerte. De hacienda y economía no se le hable. Reconcentrado en sí mismo, el español ya no piensa sino en ganar la vida eterna. Cada español se cree digno de que Dios le trate con deferencia y le haga puesto en el cielo. ¡Qué va a importarle nada a quien sostiene íntimas relaciones con la Divinidad!

Los estadistas no estuvieron a la altura de los héroes. Los hombres de pensamiento no igualaron a los hombres de acción. ¿Cuántos nombres de ministros, de diplomáticos y aun de escritores podrían parangonarse en número y calidad con aquel almácigo de soldados, marinos, descubridores, conquistadores, aventureros encendidos en el fuego dinámico de la raza, que con ese fuego prendieron los cuatro puntos cardinales del Planeta?

Hubo, con todo, valores intelectuales de mucha cuenta; precursores del pensamiento europeo: Vitoria, Suárez, Gómez Pereira, otros, ¿quién los recuerda? El país no siente y rememora sino a los héroes de la fuerza.

No se conoce pueblo que olvide más su historia, en cuanto no se trate de reyes y batallas.

¡Como si la Corona no hubiera sido casi siempre rémora de la nación; y en fin de cuentas, en asocio del clero, ¡causante de la ruina de España!

¡Como si la gloria que dan el arte, las letras y la ciencia no perdurase tanto y más que los triunfos de la espada!

¡Como si un pueblo de buen brazo no debiera demostrar que no sólo para ponerse el sombrero ha tenido la cabeza!

En la época de los reyes absolutos, esta incapacidad racial, factor de decadencia, se manifiesta por la tenacidad en la imprevisión, por un

espíritu enemigo de todo lo que contiene gérmenes de porvenir; en una palabra, por una invariable política de corta vista. A los reyes los ayudó, claro, en su tarea de perder el país la iglesia católica, apostólica, romana; y la incapacidad nativa de España para la cordura política y la administración.

Los estadistas nunca aparecieron en cardumen. Cuando les hubo, no se les oyó. El confesor de los reyes desbarata a menudo los planes del hombre de Estado.

¿Qué representan en la historia del mundo la mayoría de los reyes de España hasta Fernando VII? ¿En qué emplean esos monarcas, hasta Fernando VII, el poder absoluto de que disponen?

Todas las ideas que iban a perdurar, todas las causas que iban a conocer el triunfo, los tenían de frente: la política inglesa, la Reforma alemana, la insurrección de Holanda, la revolución de Francia, la emancipación de América.

Y cuando por casualidad se alían a una causa justa y contribuyen, por ejemplo, a la independencia de los Estados Unidos, aquel paso que han dado por pasión y no por maduro cálculo, equivale a un error trascendental y redundará no muy tarde en perjuicio de España.

Pero, ¿toman siquiera aquellos Gobiernos del absolutismo medidas administrativas que salven al país, ya que no lo engrandezcan? Sus disposiciones, como si fueran dictadas a veces por un genio enemigo de España, arruinan la agricultura en Andalucía, la industria en Castilla, algunas de las bellas artes y la cultura en general en toda España.

Por último, ¿no se realizó en España, con beneplácito de los monarcas y de sus consejeros, una selección al revés, por medio de piras y persecuciones inquisitoriales, destruyendo por sistema toda audacia de espíritu e incapacitando por siglos a nuestra raza para pensar?

El catolicismo, pues, que se asoció durante la lucha contra los árabes a las ideas de patria y de raza, fue, entonces, beneficioso a España; después, ha sido principal factor de ruina y atraso.

España ha sido víctima de las dos instituciones que por una aberración venera más: la Monarquía y la Iglesia.

2. El señor pueblo

El pueblo hispano tiene un sello instintivo: la espontaneidad; la capacidad heroica para desenvolverse por sí solo, en los grandes conflictos y en las grandes ocasiones, con prescindencia de esos Reyes y esos Sacerdotes ante los cuales se arrodilla, estúpidamente, después.

Los grandes movimientos nacionales los realiza en España, como en todas partes, el pueblo; pero los realiza espontáneamente, por propia inspiración, sin que se le dirija o encamine oficialmente.

A veces inicia y cumple el pueblo aquellos movimientos colectivos que lo salvan o lo engrandecen, independientemente del Gobierno; otras veces, a pesar del Gobierno, o contra el querer del Gobierno.

¿Quién inicia la reconquista contra los moros? El pueblo. ¿Quién la dirige? Pelayo, un hombre del pueblo.

Los reyes, tiempo adelante, invitan al pueblo por pregones a conquistar tierras del moro; y el pueblo acude, sabiendo que las tierras de conquista son para el conquistador; y que el conquistador, que necesita del pueblo, suele repartírselas.

Así concede uno de los varios Alfonsos, en 1177, sesenta y más leguas cuadradas de terreno a los pueblos de la Sierra de Cuenca, porque si ganó Cuenca fue gracias a la ayuda de aquellos pueblos; así otorga Alfonso VI a Segovia y pueblos comarcanos, que lo auxiliaron para conquistar Madrid y Toledo, buena parte de las tierras ganadas aquella conquista.

Otras veces no es el rey quien lanza el pregón, sino un señor guerrero; el pueblo acude, se engancha voluntario y parte a campaña.

Las behetrías, ¿qué fueron? Contratos bilaterales y de libre realización entre un poderoso, por un lado, y hombres del pueblo, por otro lado. Careciendo estos últimos de garantías individuales, porque la sociedad de entonces no las acordaba, conseguían la seguridad personal, que residía en la fuerza, aliándose a un hombre fuerte; es decir, comprometiéndose a servir en guerra y en paz a un señor que en guerra y en paz los protegía.

Y no se necesitaba que este protector fuera noble; le bastaba con ser fuerte.

Bien claro y bien democráticamente lo expone la *Crónica del Rey don Pedro*, del canciller Pero López de Ayala: *los vecinos e moradores en los tales lugares pueden tomar señor a quien sirvan y acojan en ellos qual ellos quisieren, e de cualquier linaje que sea.*

Y para que no se crea que existe pacto de esclavitud en aquellos libérrimos hijos de Castilla, la *Crónica* agrega: *... e dicen que todas estas behetrías pueden tomar e mudar señor siete veces al día; e esto quiere decir quantas veces les plugiere e entendieren que les agravia el que las tiene...*

Hasta el feudalismo es en España de esencia democrática.

Más adelante; ¿quién realiza la fabulosa conquista de América? ¿El Gobierno español? No. Iniciativas particulares, con vagas autorizaciones del remoto rey, unas veces; otras veces sin ellas.

Se da cuenta a España, generalmente, cuando ya se han realizado descubrimientos y conquistas.

¿Para qué? Para que el Gobierno de la metrópoli, distante e ignorante, confirme al conquistador en su conquista, dando viso jurídico, aspecto de derecho, a un dominio de facto.

¿Quiénes son los conquistadores? Pecheros, villanos, el pueblo. Un porquero de Trujillo: Pizarro; un soldado de infantería, un anónimo de Medellín: Hernán Cortés; un mancebillo disoluto de Jerez, criado de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer: Balboa; un hijo expósito, hallado en el claustro de una iglesia en Almagro: Diego de Almagro.

Y así los demás, aun los mayores.

¿Quién era Valdivia? Un bocado de carne de cañón en las guerras de Carlos V: ni siquiera sabe la historia a punto fijo dónde nació. ¿Quién era Belalcázar? Un cualquiera, que ni siquiera se llamaba como se llama. Su nombre, en efecto, era Moyano. ¿Quién era Alonso de Ojeda? Un oscuro hijo de Cuenca, tan oscuro que ni su pueblo natal guarda constancia de su nacimiento. ¿Fue en 1466, en 1467, en 1468, en 1469, en 1470? Nadie sabe. ¿Quién era Pedro de Alvarado? La historia ignora sus orígenes, su mocedad, su pueblo, la fecha de su nacimiento.

Muchos de esos hombres de la conquista realizaron tales portentos de energía humana, que hacen pensar al hombre superior de lo que es. De la mayoría, sin embargo, apenas hay quien recuerde de dónde proceden: carecían de notoriedad en su tierra. Son los anónimos del país originario; son la masa amorfa y sin nombre: son el Pueblo.

Ni un solo gran nombre español figura en el descubrimiento y conquista de América. Estos nombres suenan más tarde; sus portadores arriban a la hora de aprovecharse de la obra heroica y espontánea del pueblo: llegan para ser virreyes, capitanes generales, arzobispos, encomenderos. Es decir, tiranos y ladrones.

En la guerra de independencia española se llega a más.

Los reyes —Carlos IV y Fernando VII—, reiterada y villanamente, entregan la patria a Napoleón y aun felicitan al invasor extranjero por los triunfos que obtiene contra las tropas de España.

Napoleón, a pesar de todo su genio, confundió la abyección de los Borbones con el carácter de España. Caro le costó el yerro, que después —hombre superior— no tuvo reparo en confesar. «España se levantó como un solo hombre.»

¿Quién tuerce el cuello a las águilas napoleónicas y echa a los extranjeros del territorio patrio? El pueblo español.

Más tarde ese abominable, ese ignominioso Fernando VII, tan pérfido como salaz y tan cobarde como despótico; ese Fernando VII a cuyo nombre se vincula, en política exterior, la pérdida de América y la ocupación de España por las tropas francesas de Angulema; y en política interna, el exterminio sistemático de ideas y elementos liberales; Fernando VII, el rey torero, el rey chulo, el absolutista antipatriota que felicita, primero, a los soldados franceses de Bonaparte, por sus victorias contra España, y llama, tiempo adelante, a las tropas francesas de Luis XVIII contra los españoles; ese Fernando VII, la más repelente figura de su tiempo, asesinará a los que salvaron a España y le devolvieron a él un trono que no merecía, precisamente cuando él y su padre y el querido de su madre entregaban el país a un conquistador sin escrúpulos.

¿Cómo pudo España, en vez de ahorcar a Fernando VII, tender el cuello bajo la bota del tirano? ¿Cómo puede simbolizar sus más altas epopeyas en quienes no las realizaron: la conquista de América, por ejemplo, en los Reyes Católicos?

3. Reyes y caciques

Las epopeyas españolas, repetimos, son eminentemente democráticas.

En España no existe una oligarquía de doce pares, sino un pueblo en armas, guiado por claro instinto, y el valor de caudillos populares.

El Romancero, la canción de gesta de España, es duro a veces contra los reyes y canta y pone sobre los cuernos de la luna —más arriba que

las testas coronadas y las mitras de los obispos— a los héroes del pueblo, comenzando por el campeador burgalés Ruy Díaz de Vivar.

En la *Jura de Santa Gadea*, el Cid dice al rey con la heroica rudeza de la época:

*Villanos te maten, Alfonso,
villanos que no hidalgos...;
mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos,
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados...
Mátente por las aradas,
que no en villas ni en poblado;
sáquente el corazón
por el siniestro costado,
si no dijeres verdad
de lo que te es preguntado...*

Con razón asegura el autor del poema:

*Las juras eran tan fuertes,
que al buen rey ponen espanto.*

La tradición castellana de libertad provenía del tiempo de los Condes y los Justicias, de cuando Castilla no necesitó de reyes para tener costumbres y estatutos de libertad antes que Inglaterra conociera la Carta Magna. Continuó en parte con los reyes de Castilla... Los reyes de Castilla necesitaban del pueblo contra los moros. Cesó esa gloriosa tradición de libertad, ya cumplida la reconquista del territorio nacional, cuando el pueblo no fue factor indispensable para emancipar el suelo patrio. Cesó por obra de los reyes austríacos.

¿Qué tradiciones de libertad iban a respetar en España hombres como Carlos V y sus consejeros, acostumbrados en los países

germánicos, de donde provenían, a pueblos que nunca habían conocido libertades públicas?

Ellos y sus inmediatos sucesores desarraigaron poco a poco antiguas libertades; y apoyados por el clero y las clases privilegiadas, convirtieron a España en un país en que el cesarismo floreció.

Y floreció, aunque exótico, tan lozano como planta vernácula. Se confundió la obediencia al rey con el amor al terruño y el culto a la divinidad. Curioso proceso aquél por el cual llegaron a entretverse ideas tan disímiles.

Aquel cesarismo aparatoso, cuando no lucido, ha degenerado, andando el tiempo, en los Césares de aldea, morbosidad social de cada parroquia que se conoce en España con el nombre americano de caciquismo, y en América con el nombre ya de caciquismo, ya de caudillismo.

Cada cacique, cada caudillo, es absoluto monarca en diminutivo, César microscópico, un ínfimo rey sin corona, tan irresponsable en último análisis, como el figurón de quien es empequeñecido trasunto.

De Carlos V y Felipe II descienden —más bien que de los señores de las behetrías— y descienden sin saberlo, caciques y caudillos. Son la caricatura, tanto más grotesca cuanto más ruin, de aquellos poderosos dueños de vidas y haciendas. Y estas archirridículas caricaturas resultan a veces tan trágicas como el luctuoso original.

4. Castilla adelante

El automóvil continúa tragándose las carreteras.

¡Qué lástima no poder verlo todo! Pero como la realidad —Shakespeare lo supo— es la materia con que trabaja la imaginación, podemos, por lo conocido ya, inferir el resto.

¿Qué encontramos en estas llanuras castellanas que recorreremos? En estas llanuras castellanas que recorreremos encontramos a cada cortos

kilómetros un poblachón triste: labradores con expresión de gravedad, que miran, indiferentes, desde la puerta de su casa la carrera del auto.

Aunque agrícola ese poblachón —una, dos, diez calles agrupadas en torno de maciza iglesia—, no cultiva hortalizas ni bebe sino agua de pozo y leche de cabra o de oveja, ni come sino carne de cabra o de carnero, cuando come carne. Por fortuna, tiene el trigo y el vino.

¿Qué encontraríamos unos kilómetros a la derecha o unos kilómetros a la izquierda?

Encontraríamos lo propio que hasta ahora. Encontraríamos otro apiñamiento de casucas en torno de otra iglesia; y a la puerta de esas casucas, hombres graves, indiferentes, que viven de la tierra, pero que no parecen amarla con pasión de campesinos, ni que tengan el sentimiento de la naturaleza, acaso porque la tierra en aquella parte de Castilla es dura, seca, ingrata.

Otra cosa también estamos seguros de encontrar: la hombría, la masculinidad más intensa, capaz de energías inéditas, inimaginables; la abundancia de recias personalidades, en medio de esos labradores. Podemos sorprender también algún recio drama pasional: la pasión reconcentrada del castellano puede dispararse llegado el momento, y se dispara como una catapulta.

Esos pueblos rurales son la reserva de energía con que cuenta Castilla, el más vigoroso retoño, la más fuerte rama; mejor dicho, el tronco inflexible de la Península Ibérica.

* * *

Este pueblo, que no ríe como el andaluz, ni posee la sensibilidad del gallego o del lusitano, ni es industrial como el catalán, ni itinerante como el astur, no muere quizás de hambre sobre las tierras que tan laboriosamente cultiva; pero, ¿disfruta de abundancia?

La abundancia nunca fue de Castilla. A menudo faltó en el granero del hacendado, en la despensa del urbícola y en el erario de la nación.

Los primitivos reyes castellanos, ¿no pasaban apuros? ¿No iban, a pesar de las preocupaciones religiosas —menores, con todo, entonces de lo que fueron más tarde—, hasta a nombrar, como don Pedro el Cruel, tesorero real a cualquier judío, para que, gracias a un hábil alquimia económica de que los más fervientes católicos se comprendían incapaces, sacara oro de imposibles crisoles y enderezara los entuertos del Fisco?

La mala administración del Estado, desde antes de don Pedro el Cruel hasta después de Fernando el taurómaco, tiene la culpa, en primer término, de las estrecheces del Tesoro. Pero la mala administración de las rentas, ya públicas, ya particulares, nunca fue patrimonio exclusivo de una clase.

Aquella incapacidad administrativa era reflejo, en el Gobierno, de la incapacidad castellana en cuestiones de negocio y economía¹.

Por lo demás, el desorden económico, tan conocido en la clase más alta —la clase dirigente—, puede asimismo observarse en las clases más humildes.

Los hampones de la Novela picaresca —esa maravillosa Novela picaresca que, con el Romancero y el Teatro, constituye las tres perlas de las Letras españolas—, los hampones, ¿de dónde son? Muy a menudo de Castilla, y el desorden económico de Castilla reflejan.

[1]_ A raíz de la gran guerra, goza España una prosperidad que raras veces conoció. Sin embargo, existe en el presupuesto español un *déficit* de más de 600 millones. De 900 a 1.000, dice un economista español. «A tanto asciende —expone el economista informador— si se exhiben las cifras verdaderas.» (*El Imparcial*, Madrid 20 de octubre de 1919.) Creo que últimamente el *déficit* ha aumentado: se atribuye el aumento a la guerra marroquí.

El patio de Monipodio es sevillano; el pícaro Guzmán, de Alfarache; Estebanillo también andaluz. Pero «yo, señor, soy de Segovia», confiesa el hijo de Clemente Pablos, y si el hijo de Clemente Pablos es de Segovia, Lazarillo es de Tormes y Gil Blas es de Santillana.

Respecto a incapacidad administrativa y a nulidad en cuestiones de economía ya pública, ya particular, toda España es Castilla.

VII

Por tierras de Andalucía

1. Las llamas vindicativas

Como Castilla y Andalucía colindan, entramos, carretera adelante, por la puerta andaluza hacia el lado norteño: esa puerta es Jaén.

Lo primero, viene a los mientes el retintín socarrón de las cuartetas famosas de Baltasar de Alcázar:

*En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa...*

Recuerdo simbólico: la musa del buen humor nos abre las puertas de Andalucía; la sonrisa nos acoge a la entrada en el país del baile, de la canción y de las panderetas; el numen se nos insinúa desde los umbrales de la región donde perdura, en encajes de piedra y en jardines de maravilla y de misterio, con la gracia del arrayán y la dulzura del agua religiosa, cantarina, el recuerdo embalsamado de poesía, del árabe artista, guerrero, sensual.

Y parece de lógica armoniosa que el número, aunque fuese en la remembranza de cuartetas jocosas, nos indique el camino de la tierra en donde cada ciudad tiene su ritmo, su música, sus bailes.

¡Jaén? Olivares, corderos, cabras, miel, como en la Hélade. ¡Y qué olivares! Los más copiosos y tupidos; los más productores, los de más fino aceite.

Y por bajo de esta poesía bucólica y esta abundancia bíblica el morisco de la áspera realidad, como por bajo el brocado que cubría el seno

de alguna empingorotada madamita de la Edad Media solía aparecer la tumefacción ulcerosa, la carne comida de lepra.

La oculta lepra andaluza está en la tierra. Está cubierta por la verdura de los campos...

La tierra de Andalucía pertenece casi toda a unas cuantas docenas de propietarios; y sobre los campos opulentos parece casi de hambre la mayoría: los labriegos.

En Jaén posee un solo hacendado kilómetros y kilómetros de olivos; como en Córdoba posee un solo latifundista kilómetros y kilómetros de trigales y cebadales; como posee en Sevilla un solo terrateniente kilómetros y kilómetros de pastizales.

Los vastos latifundios de Andalucía producen la esclavitud y la miseria del campesino; y el campesino andaluz que no necesitó saber leer y escribir para enterarse de que existe en Rusia un Gobierno de soldados y campesinos que ha desposeído a los antiguos amos de la tierra sin que la tierra se hunda ni se caigan las estrellas, aunque se hundan varias fortunas y caen algunas cabezas, quiere también realizar su revolución.

No la inicia a sangre y fuego porque le basta el fuego. La sangre correrá después.

Por lo pronto, no discurre semana sin que incendios anónimos destruyan granjas, devoren sementeras, conviertan en pavesas trigales, cebadales, olivares, o en humo el bien repleto granero del cortijo.

En múltiples ocasiones hemos salido de posadas y hoteles con vecinos curiosos y alarmados a contemplar, desde algún oterillo, las trombas del fuego vengador.

¡Cuántas veces, desde la carretera, al volver algún recodo, hemos sorprendido la oscuridad nocturna súbitamente iluminada por columnas de luz!

El fuego se levanta en las arboledas, formando castillos de llamas; otras veces, en las siembras rastreras, va envolviendo los cultivos, consumiéndolos; y las mil sinuosidades serpentinadas de la llama franjan los predios de cenefas y tiras bordadas flamíferas. En medio de la sombra culebrean sierpes de luz y esplenden castillos de oro; pero aquel oro siniestro de los campos encendidos no es un oro benefactor sino un oro de ruina.

En estos campos andaluces, hoy, nadie está seguro de lo que tiene: un fósforo puede arruinarlo. La revolución rusa ha abierto los ojos y la ambición del campesino andaluz que, como el mujick moscovita, tiene hambre de tierra.

Los vastos latifundios de Andalucía, en pocas y nada piadosas manos, esquilman al terrícola en vez de favorecerlo. ¿Qué mucho que al cabo de los tiempos, y gracias al ejemplo de rusos y de húngaros, el incendio que llameaba en los corazones campesinos salga fuera y abra los campos?

2. El latifundismo

En dondequiera y en cualquier tiempo que el régimen latifundista se impuso produjo el hambre, la ruina, la tragedia.

Ya se conoce el proceso que se ha hecho o puede hacerse al latifundismo de Roma. Los campos cayeron en manos de familias privilegiadas y fueron paulatinamente convirtiéndose de ubérrimos terrenos de producción en tierras de pasto. Los canales de riego se cegaron; y el agua, antes corriente y benéfica, se trocó, estancada, en gérmenes ponzoñosos y agente de miseria fisiológica. La raza degeneró. Además la agricultura, y la riqueza que ella produce, vinieron a menos.

País empobrecido, raza desvigorada: los Tiberios, los Calígulas, los Nerones fueron posible. *Latifundao Italiam perdidere*, exclama, convencido, Plinio.

¿Y en nuestros días? En Irlanda, la cenicienta de la Casa Sajona, a las puertas de la libre Inglaterra, y por obra de Inglaterra, ¿qué ocurre?

«El suelo, es claro, pertenece al Lord. Por qué título, no sé. Tal vez alguna de sus abuelas, una noche que estaba más descolada, atrajese el inconstante mirar de Carlos II, en los saraos galantes de la Restauración; de esa mirada proviene, acaso, esta bella propiedad. ¡El alegre Stuart era tan generoso!...

»Como propietario del suelo, pues, el Lord lo arrienda a las familias que de generación en generación viven en sus tierras... El valor de las rentas es puramente arbitrario... Además del suelo, el propietario debe proporcionar la habitación y los instrumentos de trabajo. Si en la hacienda no existe casa o si ésta necesita reparaciones, el *landlord* dará naturalmente alguna madera, un puñado de clavos, un haz de heno, para que el trabajador levante la cabaña miserable muy inferior en confort a nuestros corrales de ganado; a esta generosidad regia, el *landlord agregará*, tal vez, algún viejo arado y una azada.

»Pero estos donativos son adelantamientos que él sobrecarga con precios dobles o triples de su valor y de los que se reembolsa por contribuciones trimestrales... Aparece de nuevo la generosidad del lord. Su Excelencia está dispuesto (porque Su Excelencia es compasivo) a desecar el pantano, a desempedrar el suelo, a hacer mejoras en el terreno. Su Excelencia va más lejos. Su Excelencia (Dios le recompense) ofrece la simiente.

»Y más todavía: Su Excelencia (que las bendiciones del cielo lo cubran) da los abonos. Y aquí tenemos un rentero feliz que posee casa, instrumentos, simiente, abonos. Solamente Su Excelencia marca los precios que le convienen a las mejoras realizadas, a la simiente y a los abonos; y al fin del año la renta, que era originariamente de diez, es de veinte o veinticinco. Como los terrenos son pobres y los inviernos

abominables, el rentero no puede pagar; se dirige entonces al usurero o al Lord mismo.

»Desde este momento se mete en una red de deudas, cosechas empeñadas, giros acumulados, protestas, el demonio, de donde jamás se podrá desenredar. El resultado está previsto: el Lord (por su administrador) le embarga, se apodera del grano que está en las paneras, del ganado que está en los corrales, de las ropas del arca, de la hucha de la mujer, de los jergones, y le expulsa de la casa y de la propiedad que con su trabajo mejoró. ¡Lo mismo que en la Edad Media!»¹

Y así tales horrores ocurren en nuestros días, a las puertas y por obra de la libre Inglaterra. ¿Qué ocurre, no ya en la verde Erin sino en otra isla, en una isla del Mediterráneo, la verde Sicilia, por obra de otro pueblo liberal, por obra de Italia?

Un economista ilustre, Andrés Loria, podría decírnoslo.

Negando la capacidad para ejercer el derecho de sufragio al campesino de Sicilia, Loria lo presenta de una pincelada:

«Este desdichado vive en un angosto zaquizamí con su mujer, sus hijos, sus padres, a menudo también con sus suegros, sus hermanos y sus hermanas, y siempre con su cerdo y sus gallinas. De donde necesariamente resulta una promiscuidad lúbrica, el incesto y los más inmundos horrores»²

Aunque tan radical espíritu revolucionario, Loria liega a afirmar:

«No hay duda que en ciertos períodos (*del Pasado*), la condición de las clases obreras fue mucho más floreciente o menos abyecta que en los

[1]_ ECA DE QUEIROZ: *Cartas de Inglaterra*, páginas 109-112. Editorial América; Madrid.

[2]_ AQUILES LORIA: *Problemas sociales contemporáneos*, pág. 16, ed. Henrich y C.^a Barcelona, 1904.

actuales momentos; y no puede negarse, por ejemplo, que durante la Edad Media, el trabajador gozó en nuestras repúblicas de un bienestar que no ha conocido ya después»³

Y al afirmarlo no olvida el economista de Italia que las clases laboriosas estaban reducidas en Europa hasta la edad contemporánea, al estado de servidumbre y no gozaban, por ende, ni de derechos políticos ni de consideración social.

En Rumania, país de corta población, donde existen grandes terratenientes en la forma que existen en Sicilia e Irlanda, viven, si eso es vivir, ochenta mil familias de proletarios agrícolas que no comen maíz podrido, como se ha dicho, porque ni así pueden procurárselo.

Y en Hungría, víctima también de la propia lepra, el contagio de la revolución rusa ha hecho prender en terreno propicio la revolución húngara de Bela Kun, que en vano se esfuerzan por anular pueblos capitalistas —Inglaterra, Francia, Estados Unidos—, Estas naciones, si ante el feudalismo representaban las ideas liberales, representan ante la revolución rusa y sus hijuelas, el conservadurismo y la reacción.

3. El mal andaluz

Volvamos a Andalucía.

Lo que ocurre en Andalucía no difiere mucho de lo que ha ocurrido u ocurre en otros pueblos, enfermos de la misma enfermedad: el mal agrario. La agricultura no cobra bríos por obra del latifundismo. Sobre la tierra, rica, muere el labriego, pobre.

El terrateniente andaluz arrienda sus campos a un arrendador en grande. Este, a su turno, subarrienda en parcelas a campistas menos validos, sacando el intermediario, naturalmente, su buena tajada.

[3]_ AQUILES LORIA: *Problemas sociales contemporáneos*, pág. 13.

El más desvalido —el labriego— paga en consecuencia, los beneficios del propietario y del intermediario: beneficios que resultan excesivos.

No es todo.

Se le obliga a menudo si no siempre, a vender su grano al terrateniente o al arrendador en grande, al precio del grano durante la recolección; es decir, cuando por excesiva abundancia del producto disminuye su valor.

Por donde el labriego andaluz trabaja, más que para sí, en beneficio ajeno; y como apenas malvive, no puede economizar y nunca será dueño de una tierra que labra toda la vida.

Un pedazo de tierra sería para él verdadera liberación. ¡Cómo no va a desearla y cómo no va a mirar como a tiranos a sus esquiladores seculares!

Este no es, a lo que parece, más que un aspecto del problema. Y el problema hasta ahora queda en pie, insoluble.

Las carabinas de la Guardia civil no harán sino complicarlo; porque los incendios de la desesperación, o si se quiere de la ambición; las llamaradas del hambre, o si se quiere del odio, no se extinguen fácilmente con sangre.

Con las llamas que prenden los agrarios andaluces, se va viendo más claro que el derecho a la posesión personal e indefinida sobre la tierra tiende a transformarse.

En España no se preconiza a la manera rusa la nacionalización de la tierra; pero los hechos demuestran que en las comarcas andaluzas por lo menos, la socialización de la tierra a la manera rusa es el ideal.

El malestar del elemento agrario en Andalucía es el mismo que existe o ha existido, con mayor o menor intensidad, en Irlanda, en Rumania, en Hungría, en casi toda la América latina; por eso el campo, en tales países, es eminentemente revolucionario.

En cambio en Francia, donde aún quedan restos feudales de latifundismo, es eminentemente conservador. ¿Por qué?

Porque en Francia, a la hora actual, tres o cuatro millones de labriegos poseen de quince a veinte millones de hectáreas, en tierras de labor bien parceladas. El carácter ahorrativo y posesivo del pueblo francés, más que un propósito social deliberado, ha sido parte al desarrollo de la pequeña y aun de la mínima propiedad agrícola.

Tiene, con todo, el problema agrario andaluz, que se traduce en destructoras llamaradas, un carácter de bandidaje que se acuerda muy bien con el espíritu y la tradición populares de Andalucía.

Andalucía es la patria de Diego Corrientes, de José María, de los Siete Niños de Ecija. Es tierra clásica de bandidos. Y en la tierra de los bandidos, ¿por qué extrañar que las encendidas pugnas sociales asuman tinte de banditismo?

La tragedia del fuego imprime carácter a este alegre pueblo andaluz que jamás tomó nada en serio, y que fue, hasta ahora, un pueblo muerto de hambre que se reía de todo, incluso de su propia miseria.

IV

Varsovia y Londres

I Varsovia

1. Aduanas y súbditos del zar

A la una de la mañana, un poco más, nos despiertan. Estamos en Alexandrovo, la frontera rusa.

Apenas detenido el tren, un oficial sube a nuestro vagón y pide el pasaporte a cada viajero. Esta primera formalidad, aversiva y arcaica, nos distancia en imaginación del siglo y de Europa.

Luego proceden a la inspección del equipaje. Nuestras maletas conducidas a la aduana, salón inmenso y frío alumbrado con kerosene, sufren registro de minuciosidad odiosa. Estoy por decir que ni en las aduanas españolas... Pero no lo digo: no quiero exagerar.

Las valijas abren sus bocas y vomitan sobre terrero mostrador camisas, pañuelos, pantalones, zapatos, toda suerte de prendas de vestir. En las cajas de puños y de cuellos, en los bolsillos, en los zapatos, en dondequiera, hunde sus ojos y sus manos la desconfianza rusa.

Casi como en Irún, aunque parezca imposible. Aunque existe diferencia a favor de los moscovitas: uno ignora el idioma, no puede explicarse; ellos aprovechan y se despachan a su guisa. En España, peor: mientras uno más se explica, más repulsivos y abusivos se ponen aquellos inquisidores.

Los aduaneros peninsulares han conseguido hacer odioso el primer encontronazo del extranjero con España. Logran sin saberlo —ayudados por la mala voluntad chismorrera de otros países de turismo— que el turista se aleje con horror y santiguándose de las aguas y tierras de

España. ¡Ah, burocracia imbécil, avidez abusadora y descortesía ofensiva de los aduanas peninsulares!

La aduana de los Romanoff, con muy pequeño esfuerzo, sería hermana gemela de la aduana borbónica. Es la única que en toda Europa la rivaliza.

A un viajero le quitan un paraguas. Tiene el paraguas no sé qué mecanismo; y se piensa que puede ser un arma de fuego. Hay que velar por la preciosa existencia del zar. A otro lo despojan de varios libros: hay que velar contra doctrinas subversivas que puedan despertar los adormidos sesos del mujick.

Tuve la suerte de ser advertido con tiempo y pude esconder en los bolsillos del gabán un Nietzsche —300 páginas de dinamita—; *Il fuoco*, de D'Annunzio —300 páginas de sensualismo verbal—; un volumen de Stendhal y *Las Estancias* de Jean Moreas. Otros libros, entre ellos *Morsamor*, de Valera, los dejo en la maleta. ¡Que se los roben! ¡Ojalá se los roben! Pero me los devolverán. ¡Qué daño van a producir la sonrisilla y el purismo académicos en el país Fedor Mikhailowitch Dostoiewsky!

Con sus botas a la rodilla, por fuera del pantalón, sus trajes verde botella y sus raros gorros norteños, los rusos, estos primeros rusos semi-osunos que miro, son idénticos a los rusos de las zarzuelas. Había conocido toda esta morralla en *La Guerra Santa*. Pero el blanco delantal que visten algunos aduaneros arropa como un sudario las leyendas; y de estos rusos que nos imaginamos fantásticos —tan distantes quedan en el espacio y por la ideología de nosotros— hace marmitones, galopines y cocineros.

La hora del alba seria, como en Cervantes, cuando nos aproximamos a Varsovia.

El tren corre por la verde pampa de Polonia — que no es el árida estepa de Gorki—, y del horizonte de la llanura, en la carrera vertiginosa, vemos surgir a Varsovia, la ciudad mártir, corazón de la tripartita Polonia.

¿Qué espíritu liberal y juvenil no ama a este país crucificado, de historia romántica y de raza caballeresca? Todo el siglo XIX ha suspirado por Polonia, ha llorado su infelicidad, sin remediarla. Amamos con amor de lástima a esta generosa tierra de heroísmo y desgracia, que ayer contuvo los alfanjes de Mahoma con el espadón de Juan Sovieski; victimada luego por sus propios desórdenes y por una gavilla de autócratas.

Acodado en el postigo del tren, miro cómo se perfilan en la bruma de ópalo de la mañana torreones, techos, cúpulas. A lo lejos, del otro lado de la ciudad, arrastra el Vístula sus aguas y sus leyendas... Ya al arribo del tren a la vieja capital, finge el paisaje, un momento, un panorama holandés, con su tendida sabana verde, sus rebaños y las aspas de un decrepito molino, caricatura de aquellos sinceros molinos que se irguen a la vera de los canales, orillas de las lagunas, en la campiña neerlandesa, por donde parece errar en el aire húmedo el mugido de toros y vacas de Potter.

La ciudad, duerme, tendida en la llanura, a la ribera del Vístula, infeliz, romántica y bella.

2. El arribo

En el coche que me conduce de la estación al hotel, recibo la primera visita del sol polaco. La mañana es brumosa: el sol, un sol anémico, empieza a levantarse perezoso e ilumina el rostro soñoliento de la urbe. El cochero, al igual que sus colegas de plaza, viste librea azul casi celeste con guarnición y botonadura de cobre; la gorra del mismo color.

Gente matinal, apresurada, se dirige a sus quehaceres. A medida que avanzamos el sol va cobrando fuerza. Ya es otro.

La ciudad me parece más que vieja, aviejada, con cierto aire de antigua y noble dama, que ha pasado por la pobreza y conoce el dolor. Su desnuda madurez atrae amor y respeto.

Al través de calles y callejas, en la modorra del amanecer de Varsovia, el coche que me conduce desemboca en una clara Avenida palaciana. En esa Avenida se detiene: el hotel.

La mañana se ha levantado pálida de su lecho de sombras. El sol saca la cara con la timidez de un adolescente. Con todo, quiere representar su papel de sol: vibra sus rayos cloróticos, hiere los alamares del coche-ro, los cristales de las ventanas vecinas; y allá, a lo lejos, prende estrellitas de plata y centellas de diamante en las doradas cúpulas bizantinas de una iglesia rusa.

3. Intermezzo judaico

Por el camino he encontrado seres de rostro enigmático, de miradas de mendigos. Me impresionan estos hombres pálidos, de luengas, enmarañadas barbas, narices de garfio, calzados de botas de montar, vestidos de oscuras hopalandas talaes y tocados de cachuchas negras. Pronto supe: judíos.

Los hebreos, menos inteligentes o más fanáticos que los israelitas de otros pueblos, visten de un modo ridículo y religioso; y, según cuentan en Varsovia, desdeñan las costumbres y la lengua de Polonia. En suma, se conservan extraños al país.

También se dice, no sé si con fundamento o sólo por odio, que practican la usura. Pero, ¿pueden tener dinero que prestar aquellas tristes figuras que parecen vivir de préstamo?

Sólo a los tiranos que la acogotan y triparten debiera aborrecer Polonia. Odiando a los judíos parece colocarlos en el número de sus expoliadores.

¿No provendrá ese rencor al hebreo, principalmente, de prava intransigencia católica? Oriente está cercano. En Oriente, manantial de credos, las religiones viven de fervor y de intransigencia. La tolerancia es virtud

occidental, aunque el más occidental de los pueblos europeos parezca desmentirnos. Pero este pueblo del extremo occidente europeo, a pesar de su situación geográfica, ha tenido nexos históricos íntimos y aun nexos étnicos con el África arábiga; y, por ende, con el Oriente misterioso.

Sin embargo, los árabes españoles eran más tolerantes con los católicos, que no los católicos con los árabes. Aun los musulmanes del Norte de África superaron en tolerancia a los católicos de España. Ya extraña esta generosidad a Cervantes, que estuvo cautivo en Argel. En *Los baños de Argel*, por boca de un personaje, dice:

*Y aun otra cosa, si adviertes,
es de más admiración,
y es que estos perros sin fe
nos dejen, como se ve,
guardar nuestra religión.*

En todas partes, no sólo en la amargada Polonia, se permanece atrocemente injusto con los israelitas. La razón es incomprendible, como no sea la de ver que esta raza se conserva incólume desde los días de Abraham.

Pero el no cruzarse con otras razas y perecer por absorción ¿ha de merecer castigo o desdén? Al contrario, resulta admirable.

En Venezuela tenemos pueblos íntegros de israelitas: Coro, por ejemplo. Nuestros judíos son tan ciudadanos, en todo sentido, como los demás. Ni mejores ni peores.

Hacia Coro se derrama toda la judería holandesa y contrabandista de Curazao, —y aunque esos judíos ya no sean venezolanos, si bien viven casi exclusivamente de Venezuela, no ejercen la usura, de que se acusa a los hebreos en Polonia. En Venezuela, como en Méjico, los verdaderos judíos, los prestamistas usureros no se encuentran entre los israelitas, sino entre los católicos; entre los muy católicos súbditos de S. M. Don Alfonso XIII.

Y lo que sucede con los judíos en Venezuela, no resulta caso excepcional.

En Europa —lo mismo que en otros pueblos del Nuevo Mundo— suelen los israelitas ocupar altas posiciones del Estado: nunca fueron inferiores en lealtad, en patriotismo y en servicios a otros connacionales. ¿Por qué, pues, abominarlos? ¿No es un honor para Alemania que Karl Marx naciera y escribiera en el país tudesco, que Heine naciera y cantara allí? ¿Quién dio a Inglaterra el Imperio de las Indias? Disraeli, un judío. Blasco Ibáñez no desacredita a España con su pluma de novelista, ni Rusia tiene por qué avergonzarse de Trosky. Desde Jesucristo hasta Colón, ¿no nos han legado bien rica herencia los israelitas? ¿Por qué odiarlos, si nuestra fe y nuestra tierra se las debemos? ¹

El antisemitismo yanqui-europeo, por cualquier lado que se le mire, resulta un crimen social; un crimen que ningún abogado podría defender ni apenas explicar. ¿Lo motiva la religión? ¿Qué le importa la religión a un país de librepensadores como Francia! ¿Cuestión de raza? ¿Qué importa una raza más a pueblos de mosaico, donde las razas más dispares parecen haberse dado cita, como Rusia, Austria, los Estados Unidos!

El proceso de Dreyfus baldonaría por siempre a Francia, si Francia no hubiese reaccionado tan virilmente. De todas maneras, queda un hecho en la historia: el ejército francés, rebotante de ímpetus bélicos, no pudiendo ni queriendo declarar la guerra a Alemania declaró la guerra a Dreyfus.

Por fortuna, a la Francia conservadora y antisemita se opuso con éxito la Francia humana, justa. Un pueblo prueba su grandeza, no sólo con victorias militares ni con descubrimientos científicos, ni con monumentos

[1]_ Lo que sí suelen ser los judíos es ingratos. Sucede a menudo que quien hace bien a un judío, pierde el pan y pierde el perro. A mí mismo que siempre saqué la cara por ellos, sin deberles jamás el más mínimo beneficio, ¿no me ha hecho víctima de su mala fe un judío de Buenos Aires llamado Samuel Gleizer, aconsejado según parece por otro judío llamado A. C.? Pongo sólo las iniciales, porque es Gleizer quien dice que obra por inspiración de A. C., y a la verdad la palabra de Gleizer no merece crédito.

de arte, sino levantando la justicia por encima de todo: vanidades, creencias, errores, pasiones e intereses. Es lo que hizo Francia.

4. Amigos

En Varsovia me esperaban buenos amigos: Marius André y su esposa, encantadora mujer que se llama Regina y sabe reinar por la gracia de sus almendrados ojos azules, su sonrisa, su norteña hermosura y su bondad.

Amistamos en Ámsterdam, donde André servía a su país y yo al mío; y donde, además de vagos nexos consulares, nos unió el nexo, mucho más estrecho, de las letras.

Marius André, provenzal, coterráneo de Mireya, amigo y admirador de Mistral, es no sólo poeta, sino muy apasionado prosador, de raza de polémicos y controversistas. *Montserrat*, novela sensual, mística, erizada de extrañezas, no parece ni prójima de las eternas y adúlteras novelas y comedias de Francia, que casi todas se asemejan, por lo menos en los principales personajes: la mujer, el marido y el amante... a veces de los dos. Esto es verdad, máxime respecto a las comedias: hay en el teatro francés de nuestros días menos talentos y menos variedad que en la novelística.

Marius André, compatriota de las cigarras y de los tamborileros, retoño de una tierra soleada que produce la oliva y la canción, no lleva en el alma el sol de su provincia, ni la embriaguez sonora de tamboriles y cigarras; su pasión es taciturna, gris y corre soterrada.

Cuando mis amigos abandonaron Ámsterdam por Varsovia, les hice la promesa de visita que ahora cumplo; y escribí este

ADIOS

A REGINA SZIMONSKA

*Tuerces rumbo, el tren arranca,
viajadora*

hija de la estepa blanca.

Adiós, señora.

*Exotismos deliciosos
tienen tus ojos cambiantes,
grandes turquesas que brillan
como si fuesen diamantes.*

*En tus ojos cantan rimas
y paisajes de bohemia,
hay montañas... y en las cimas,
como lluvia de algodones,
se distingue un blanco vuelo
de Ilusiones.*

*Tuerce rumbo —ya vas lejos—,
tu blancura se destaca
sobre los campos bermejos...*

Adiós, polaca.

5. Lo pintoresco en la calle

¡Qué interesante Varsovia! Allí se juntan el perfumado cefirillo de Viena y de París y el gran soplo asiático de Moscú. El bulevar Alejo Uzazdowski, ¡qué espectáculo curioso al caer de la tarde!

Extraña multitud invade calzada y arroyo... Las victorias arrastran la elegancia europea de las grandes damas, junto a los calesines moscovitas— pierelotkas—, guiados por monstruosos cocheros forrados en algodón, vestidos de libreas extravagantes, que pasean cruces de oro y bellos uniformes claros de los oficiales de Petersburgo.

Comemos algunas tardes mis amigos y yo en una terraza de ese bulevar. ¡Qué desfile! Lo raro no consiste en que pase gente, sino en la gente que pasa. La multitud que cruza es hasta cierto punto distinta, por su aspecto, de la que estamos acostumbrados a ver en Occidente; más abigarrada y, por ende, más pintoresca.

Junto a la cocota llamativa, tipo internacional, el judío harapiento, sórdido, muy de Varsovia. Se codean el campesino polaco en traje típico y la bayadera venida de remoto país asiático.

Atraviesa un escuadrón de cosacos, caballetes en sus vigorosos y diminutos caballos del Cáucaso, y más tarde, solo, un soldado de Circasia, de barba y ojos negros, tocado de uno a manera de fez carmesí, la vestidura entre femenina y religiosa, al paso lento de su bridón.

Las mujeres, casi todas castañas, de ojos azules, grises, verdes, gatunos. ¡Cuántas historias amorosas oigo de estas pasionales románticas! ¿Serán todas esas historias amorosas verdad? Acaso simple adorno o mero incentivo para la imaginación del turista; espuela para ensueños de amor y de poeta. Pero oyendo aquellas historias entran ganas de amar a una de estas apasionadas sentimentales de pelo acastañado y ojos y boca lindos.

El desfile de la Avenida Aleje Uzadzowski no se interrumpe: tras una grave trimurti de funcionarios rusos que se dan tanta importancia como el Zar, se detiene una jermiosa murga del país. Melancólica alegría la de esta música, que aleja a los graves burócratas.

—¿Quiénes son aquellos diablos negruzcos? —pregunto.

—Tártaros —me responden.

—¿Y aquellos rubios dulzones de ojos de señoritas?

—Espías del Zar.

Recuerdo la escena de una tarde, en esa misma pintoresca Avenida.

Por el arroyo desfilan, en medio de coches y caballerías, paso entre paso, detrás de una carreta miserable, encima de la cual se ve una pequeña urna blanca, hombres, mujeres y niños, algunos descalzos, todos descubiertos. No falta alguno con la ropa en jirones —y acaso el alma también deshilachada como el traje... Hombres, mujeres y niños van religiosa, melancólicamente, kirieleisando en coro. Van a enterrar —¡a

aquellas horas!— su urnita blanca. ¡Qué negra aquella pena, en medio de tanto color! ¡Qué triste, en medio de la indiferencia y la alegría de los demás!

6. El egoísta en palacio

En la amable sociedad de mis amigos recorro y visito la ciudad: una exposición de pinturas, templos griegos, palacios de reyes, príncipes y antiguos señores de Polonia.

Algunas de esas mansiones conservan aún restos de la vieja riqueza, de los tesoros de arte, de aquella hermosura señorial que no apedazaron y pillaron la barbarie y rapiña moscovitas.

En el parque de Lazienski, sobre el sueño de un lago, bajo las frondas, abre sus alas blancas el palacio de Estanislao Augusto Poniatowski, antiguo rey de Polonia.

¡Quién pudiese vivir aquí toda una primavera enamorado de alguna de estas cabelleras castañas, de estas bocas de pasión, bajo el dulce imperio de estos ojos de mar! ¡Quién pudiera pasear sus amores y quimeras al pie de los blancos muros, en el misterio del parque de Lazienski, junto al sueño del agua, por las noches de clara luna!

Apenas formulo tan egoísta voto me lo reprocho. ¡Cómo puede la egolatría ser tan monstruosa; cómo reducir nuestros sentimientos, en un país crucificado, entre las obras del arte, de la historia y de la naturaleza, a desear que todo aquello pueda servir de marco a nuestro placer y a nuestro capricho!

7. Sienkiewicz

Un día, al pasar frente a un caserón, me dicen: —Aquí vive Sienkiewicz.

Y me refieren detalles de la vida íntima de este novelador.

Ha logrado tal éxito mundial el autor de *Quo Vadis?* que no deja de hacerme impresión la tranquila frase: «Aquí vive Sienkiewicz.» Somos los hombres incurables enfermos de tontería. Nos sorprende, por lo menos de golpe, que una persona célebre habite casa igual a la de todo el mundo y se vista y coma y ande como un señor cualquiera. Parece que pensáramos que hombres y mujeres célebres son espíritus puros. Cuando vemos al personaje en las ridículas y triviales tareas de la vida caemos en el extremo opuesto: lo menospreciamos. Qué verdad la de aquella vieja, triste y filosófica frase: «No hay hombre grande para su ayuda de cámara.»

Sobre todo para el ayuda de cámara; es decir, para un ser vulgar. Alma de ayuda de cámara es, en este punto, la de casi todo el mundo. Sólo un grande hombre puede admirar a otro grande hombre íntegramente, haciendo omisión de lo común que tenga el prócer con los pigmeos. Si Kant hubiese sido ayuda de cámara de Aristóteles, no lo admiraría menos por haberlo visto en chancletas o tomar una purga o no poder pagar alguna deuda o equivocarse al sumar la cuenta de la lavandera; o porque supo que lo rechazó alguna mujer o lo trató con desdén el alcalde de su pueblo, que de seguro se daba mucha importancia. Es raro el culto, resistente a todas las pequeñeces y esquirlas de la vida, de Boswell por Johnson, de Erckmann por Goethe, de Las Casas por Napoleón, de Perú de Lacroix por Bolívar.

El renombre de Sienkiewicz no me parece enorme injusticia: otros, que le son inferiores, han disfrutado la universalidad. Para un autor mediocre como el autor de *Quo Vadis?* existe en el vasto mundo vasto público de almas análogas; pero, ¿cómo ha podido llegar a ese público internacional autor que escribe en lengua hiperbórea y casi muerta?

El espíritu religioso y evocativo de su principal obra no basta a explicar el fenómeno. El fenómeno, en efecto, no parece de carácter religioso ni artístico; acaso tenga fundamento de orden económico.

El espíritu industrial de nuestra época puede darnos la clave de tan extravagante celebridad.

Entiendo que a Sienkiewicz lo descubrió —no preguntemos ahora por qué medios— un editor inglés. El editor demostró pupila y olfato. Presintió el filón y lanzó a Sienkiewicz —por medio de cuantiosa propaganda— al mercado inglés. Así conquistó el mundo el autor polaco.

Si no contase Sienkiewicz condiciones y obras de mérito que pudiesen arraigar en miles de lectores, la fortuna y la audacia de todos los editores de Inglaterra habrían fracasado en la empresa. Los editores son siempre los mismos; los procedimientos industriales también. En cambio, estos casos de divulgación aparecen sólo de cuando en cuando. No se le niega a Sienkiewicz su talento; pero ¡qué diferencia con un Ibsen, con un Tolstoi, para no hablar del enorme Dostoiesvski!

Se comprende a Sienkiewicz popular en Polonia: en sus obras se conserva la lengua, que es decir se conserva la patria, un esencial elemento de patria. ¡Pero popular en casi todo el mundo!

Evocaciones de edades pretéritas no faltan en nuestras letras contemporáneas; desde la de Bullwer Lytton, que dio vida a la muerte de Pompeya, hasta la de Flaubert, que incorporó a Cartago, yacente en su lecho de centurias, de polvo y de olvido.

Tampoco faltan evocaciones de la lucha entre la cultura pagana y la naciente fe de Cristo; obra de artistas muy artistas y en lenguas divulgadas. Baste citar el nombre de Anatole France.

Por último, la Iglesia de las Catacumbas, la Roma de los Césares perseguidores y el martirio de los primeros cristianos ha dado asunto, entre otros, a un libro célebre: la *Fabiola*, del cardenal Wissemann.

Ninguno, tal vez, se haya leído tanto, ni siquiera el más divulgado, *Fabiola*, que puso en moda el cristianismo de las Catacumbas, como *Quo Vadis?* de Sienkiewicz. Durante años y años la lectura de ese libro católico

—católico en la doble acepción de la palabra— enfiébró a los lectores de ambos mundos, máxime, cosa rara, en los pueblos protestantes.

La obra de Sienkiewicz ha sido útil a su patria.

Sienkiewicz hoy, como ayer Chopin, ha hecho brotar con su talento, en toda la extensión del mundo cristiano, corrientes de simpatía hacia su noble y martirizada Polonia.

8. Alma rusa

Pero lo interesante no es la literatura de Polonia, sino la de Rusia. Las letras de Rusia, lo que de ellas se transparentó en las versiones de Occidente, descubren un alma sin semejante en Europa.

¡Qué Rusia! Tierra bárbara y de quimeras; patria de siervos y de audaces libertadores del espíritu. Al lado de los vesánicos aparecen los de magnífica salud mental; y junto a tiranos ceñudos, miles de mártires voluntarios.

La inquietud cuenta apóstoles violentos, como Kropotkine, o toma forma de anarquía suave, evangélica, como en Tolstoi. Un hombre pasa buena época de su vida en la deportación de Siberia, y cuenta lleno de naturalidad, sin hiel, cómo sufría, qué vio en la casa de los muertos, y cuál fue su novela de tantos años y tantos sinsabores en el presidio. ¡Qué Rusia! Todo allí es desmesurado: la tierra, la autocracia, la rebeldía, la música, la literatura, el baile, el sufrimiento, el vigor, el alma. ¡Qué Rusia maravillosa!

«La Europa será republicana o será cosaca», dijo Napoleón. ¡Cuidado si llega a ser moscovita y republicana!

Nada más atormentado ni más ilógico que el alma de Rusia. El pueblo es religioso o nihilista; el Zar, formidable autócrata, cuyo imperio ha viudo de la rapiña internacional, y por la rapiña crece desmesuradamente, convoca a las naciones a un Congreso de Paz; un conde predica

la miseria y la humildad; un príncipe propaga el socialismo. Las mujeres son más exaltadas que los hombres; algunas se salen de su país, se parisienisan por el estudio o se neoyorkizan por el trabajo. Y el mejor día el drama sube a la cabeza de estas neuróticas y el escándalo publica un nombre: Vera Gelo, por ejemplo. Una rusa sensual devoraría un cuartel, y una apostólica daría la vida por salvar la de un pájaro.

Los estudiantes, seguros de algo peor que la muerte, la deportación a Siberia, se amotinan, queman iglesias, matan ministros y consejeros del emperador, ponen por obra el voto de Bakunine. ¡Y con qué trágica y superhumana naturalidad! ¡No existe energía semejante a la de este pueblo de alucinados, para quien el dolor es pan cotidiano!

Un universitario atenta contra la vida de cierto ministro. El ministro salva el pellejo por casualidad, y deseando conocer el motivo de tan cruel enemigo, o en busca de emociones fuertes, interroga personalmente al preso.

—¿Cuándo le hice yo mal a usted?

—A mí en particular, nunca; nos hace a todos, puesto que nos tiraniza.

—Pero yo no soy el Gobierno.

—Vuestra excelencia influye en el Gobierno, y aconseja o tolera el mal que el Gobierno hace. En todo caso no se opone.

—El emperador...

—Nosotros hemos resuelto prescindir del Zar; nos cuesta mucho trabajo llegar hasta él. Hemos condenado a desaparecer no al Zar, sino a ministros, consejeros, grandes duques, miembros del Santo Sínodo; a cuantos deben influir para que se liberalice la política del Imperio.

—¿Quiere decir que muchos inocentes seremos víctimas?

—Esos «inocentes» como vuestra excelencia los llama, están condenados a muerte: ya vuestra excelencia ve cómo acaba de sucumbir el ministro de Instrucción Pública.

—¿Y a quién le toca ahora el turno?

—El turno toca ahora a vuestra excelencia.

9. La pobrecita María Bashkirtseff

Entre los intelectuales que representan esa dolorida y trágica alma nacional no es Gogol, ni Gorki, ni Kuprin, ni Chejov, ni uno más grande, Andreieff; ni otro mucho más grande, Dostoievski, el ruso que me inspira más simpatía, sino la pobrecita y occidentalizada María Bashkirtseff.

¡Cuántos correrán los días primero de que en cuerpo de mujer cristalice otra alma semejante!

A la idea de María Bashkirtseff, muerta en botón, antes de dar lo que pudo y antes de conocer a fondo la vida que tanto ansió gozar, no puede uno contener la piedad. Fue el fracaso de divina promesa.

¡Casi no puede uno lamentar su fuga al reino de las sombras sino en llorosa elegía! Si la hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios, ¿por qué permites, Dios mío, semejantes catástrofes?

¿POR QUÉ, SEÑOR?

*Señor, si llenas cada hora
de fresca vida renovada;
si vistes de rosa la aurora
y de púrpura la granada;*

*si en estéril vida senil
dejas la savia que florezca;
que aliente el tigre en su cubil
y en su red la araña se mezca;*

*¿por qué no diste la ventura
a su pecho lleno de amor?
¿Por qué la divina escultura*

*tan presto se rompe, Señor?
¿Era Ella menos tu criatura
que la más diminuta flor?*

Se desploma el techo del museo y hace añicos las obras de un escultor de genio, ya fenecido. Aquellas obras no podrán ser nunca incorporadas sobre sus plintos. Nos apena la pérdida. Comprendemos con dolor que se ha mermado el patrimonio artístico de la humanidad. Esa obra, con todo, ha podido quedar; tal vez queda, en gérmenes fecundos, en los ojos y el espíritu de otros hombres. ¡Pero lo que pudo ser y no fue!

En el caso de María Bashkirtseff no se trata de un mármol roto... Este mármol era carne; esta estatua tenía y daba la vida. Sí: la pérdida de lo que pudo ser y no fue, debiendo haber sido, es la más sensible de las pérdidas, máxime cuando lo que desaparece es un artista, y un artista de la sensibilidad y el genio inmaturo de María Bashkirtseff.

10. El águila blanca

A la postre y con pena me alejo de la ciudad del Vístula. Llevo conmigo un aguilita de plata, el águila blanca de Polonia. Si los que amamos la libertad no pensamos en esta pobre víctima del despotismo asiático y teutón, ¡quién va pensar!

Pienso en las bellas mujeres tristes de cabelleras castañas y cuerpos de escultura a quienes conducen a Siberia, o a quienes foetean en Prusia, por el crimen de enseñar, en el secreto de los hogares, el polaco a los niños. Pienso en el clero de rapiña de Rusia, agavillado con el ejército para exasperar el país, provocar algaradas que justifiquen el estado de sitio, y, en consecuencia, percibir —tanto el ejército piadoso como el bélico— doble soldada.

Dicen que los polacos de Austria son menos infelices que los de Prusia y de Moscovia. ¡Vaya usted a saber! Tal vez los polacos de Austria

dirán lo mismo de los de Alemania y de Rusia. Aunque a la verdad nada iguala al rigor de los prusianos, como no sea el de los moscovitas. La cadena del Káiser no pesa menos que la del Zar. El úkase lo refrenda el knout; pero la bota prusiana, científicamente claveteada, es científicamente brutal.

¿No habrá en lo porvenir un Kokiusco afortunado para Polonia? ¿No habrá ni libertadores ni ocasión de libertad? ¿No volveremos a ver, sobre las aguas del Vístula, el vuelo del águila blanca?

II

Conferencia del Dinero en Londres

1. El Dinero, señor feudal

Europa se reúne en Londres. ¿Qué quiere Europa? No; no es Europa quien se reúne en Londres, sino que se reúnen la Libra esterlina, el Franco de Francia, el Franco de Bélgica, hasta el enmascarado y gordísimo Dólar yanqui. ¿Y qué quieren las Señoras Monedas? ¿Qué quiere el Dinero?

Quiere seguridad: aspira a multiplicarse, con el ansia de vida y de dominación que lo caracteriza.

Nadie mira la Asamblea de monedas. Lo que todos miran es una Conferencia de políticos. Muy bien. Pero el Dinero se ríe de los cegarritas. Cuando menos se piense, hará brusca y aparatosa aparición, visible aun para los más incrédulos, como el Comendador en el drama de Zorrilla.

Unos cuantos hombres que vienen de los cuatro puntos del horizonte, hablan distintas lenguas y obedecen a opuestos e irrefrenables nacionalismos, ¿podrán, porque se reúnan en torno de una mesa, arreglar las diferencias financieras de sus respectivos países entre sí y con relación a Alemania?

Tal vez...

Los intereses económicos del mundo alcanzan entreveramiento tan complicado que el mal de un pueblo repercute en los otros. Nadie puede contemplar el incendio en la casa del vecino, sin echar su barba en

remojo, según aconseja el refrán, y sin echar una mano a la víctima del siniestro, según requieren las circunstancias.

Además, el Dinero piensa y siente a su modo. Corteja a Doña Política; pero no se le esclaviza.

Hay quien río advierte la influencia de Don Dinero —no exclusivamente representado por los Estados Unidos— en los conflictos de la Europa de la post-guerra. Mal la disimula el poderoso caballero.

Asiste, como Polonio tras el tapiz, a cuanto los personajes tratan. No saldrá muerto de un pinchazo, como Polonio. El pinchazo lo querrá dar él.

¿Pero quién habla de tapices? Vedlo... Ya está ahí, como el Comendador.

Al par. de las Potencias políticas, discute y aun a veces parece erguirse por encima de todas ellas, imperativa y absorbente, otra potencia que no tiene territorio, ni nacionalidad, ni ejército, ni marina, pero cuyo carácter se impone. Esa potencia es el Dinero.

El Dinero, en la actual Conferencia de Londres, discute a Francia el derecho político de precaverse contra futuras, posibles agresiones de la Alemania siempre peligrosa; discute a Inglaterra, a la Inglaterra oficial, su libertad de acción en cuanto Potencia exclusivamente política. El Dinero, por último, trata de transmutar a Alemania en presa suya, en una intangible presa, en el antiguo siervo que labora para el amo.

¿Qué otra cosa significan los planes que promueve para aplicar en Alemania y que mañana, en una u otra forma, aplicará también a Francia y a otros pueblos empobrecidos?

El Dinero exige la libertad de Alemania. Atrás Francia, atrás Inglaterra, atrás los compromisos del país alemán con sus vencedores. Déjense a Alemania las manos libres.

La libertad que el Dinero exige hoy para Alemania es, en definitiva, la libertad de que Alemania, durante algún tiempo, trabaje sólo para él.

De repente aparece el Dinero como Potencia mundial. O, con más precisión: convertido en señor feudal.

El señor feudal otorgaba ciertos beneficios y seguridades, a trueque de obedecerle y servirle en sus empresas. ¿Qué otra cosa exige ahora de Alemania el Dinero?

2. Inglaterra, doble Potencia internacional

Algo más podemos observar, por encima de lo episódico y transitorio, en la Conferencia de Londres.

Inglaterra, con su inalterable, profundo sentido político, que alcanza la precisión de una brújula, y que es uno de los fenómenos más curiosos de la historia contemporánea, parece dividida instintivamente en dos Potencias: de un lado el Estado inglés; del otro, la Banca inglesa.

En la Conferencia las dos Potencias se contrabalancean, en beneficio de Inglaterra.

Creo que nadie, hasta ahora, con motivo de la Conferencia, haya hecho la observación de una Inglaterra única dividida en dos Inglaterras que se equilibran: la Inglaterra Estado y la Inglaterra Banca. Se trata de algo tan complicado como la Trinidad de los católicos: Dios trino y uno. El caso es nuevo. Hasta ahora la Banca y el Comercio seguían la inspiración de la Bandera.

¿Va esto a cambiar? Quizá ni Inglaterra misma se haya hecho la pregunta. ¡El hecho ha ocurrido tan súbita e inesperadamente! Y tal vez obedezca más al instinto que a la razón política. En todo caso, es un fenómeno que apenas apunta; y el fenómeno tiene que ser, naturalmente, anterior a su descubrimiento. A alguien, por fuerza, iba a tocar el descubrirlo.

Por lo demás, los pueblos poseen todos, en mayor o menor escala, recursos insospechados. ¡Ay del que no los poseyera! Estos recursos aparecen y entran en juego espontáneamente cuando la necesidad los conjura.

Obran estas latentes defensas, como las del organismo animal. Los ganglios se infartan por sí mismos, que es como erigir una muralla impermeable contra el bacilo de Koch.

3. Las sombras poderosas

Con más frecuencia que esos recursos máximos aparecen otros, los mínimos, no menos eficaces.

Pongamos un ejemplo reciente.

Dos hombres de ideas y corazones generosos, Herriot y Macdonald, se encuentran, digamos por casualidad aunque no lo sea, al frente de sus respectivos países.

Las dos naciones que representan, intranquilas, cansadas, agotadas por larga lucha bélica, por extenuante esfuerzo económico y por indeclinable rivalidad política, desean reposo, armonía, estabilidad, una vida sin sobresaltos, en que las heridas públicas puedan cicatrizar y la fortuna nacional rehacerse.

Estos ciudadanos, guías ocasionales de sus pueblos, han llegado al Poder prometiendo a sus respectivas patrias horas bonancibles. Van de buena fe a encontrarse para hacerse mutuas concesiones, acabar con las ininteligencias y colaboraren la magna obra benéfica de suspender a Europa de su actual postración y precaverla de un futuro incierto o alarmante. Los Parlamentos y los Gobiernos respectivos apoyan a ambos prohombres.

Se juntan ambos. Ya van a entenderse. Ya se entienden. Pero sus buenos propósitos resultan baldíos. ¿Qué ha ocurrido?

Ha ocurrido que unos hombres desconocidos, irresponsables; unos hombres insignificantes que trabajan vestidos de oscuro en oscuras covachuelas, detienen, blandiendo manojos de papeles, el ímpetu generoso de Macdonald y Herriot.

Aquellos hombres irresponsables, oscuros, que trabajan en covachuelas, pasan por encima de los Parlamentos y por encima de los Gobiernos: son la burocracia anónima y todopoderosa. Dicen representar la seguridad del Imperio británico, los unos; las tradiciones políticas de la República Francesa, los otros.

Hay que inclinarse. Y ante aquellas sombras se inclinan Herriot, Macdonald, los radicales de Francia, los laboristas de Inglaterra, el Palacio Borbón, el Parlamento inglés, el Gobierno y la opinión pública de ambos países.

Este, que hemos visto en juego, cuenta entre los recursos subalternos de las naciones.

Los otros, los grandes recursos, son por el estilo de aquel que hemos observado: Inglaterra, convertida en doble Potencia; Inglaterra, Potencia política, contrabalanceada por Inglaterra, Potencia bancaria.

V

La América tenebrosa

I

Últimos días de una dictadura

Caracas, 21 de octubre de 1908. —Salí ayer para la Hacienda con mi hermano Héctor, a caballo. Anduvimos diez y seis horas sin desmontarnos sino veinte minutos para almorzar. A las nueve de la noche arribamos, de regreso, al Valle, donde se tomó el tren para Caracas. Llegamos molidos y hambrientos; pero he podido conversar hoy con la linda C., que era mi propósito.

24 de noviembre. —Castro se embarca para Europa. Va a operarse. El pulmón nacional se expande. Un peso de nueve años se le quita de encima. ¿Volverá?

27 de noviembre. —*El* correo de Europa trae cartas de Jeanne, De Croze, Villaespesa y Raisin.

Dice este último:

«Je viens de recevoir une lettre de mon ami Edouard Rod qui a beaucoup goûté votre livre¹ et m'a demandé des renseignements sur vous. Je lui ai écrit tout ce que je savais, en lui donnant la liste de vos œuvres; je lui ai envoyé aussi les appréciations de la presse sur *El Hombre de hierro*, et j'ai mis à sa disposition *Pequeña Opera*, *Trovadores*, etc.

Un article de Rod vous sera sans doute agréable et je l'ai documenté de mon mieux. J'ignore ce que Messein fait de l'édition de «Más allá...» Il m'a envoyé mes exemplaires mais je n'ai rien vu d'annoncé dans les librairies.

[1]_ Tomo de versos traducidos por Raisin, que debe de estar circulando en París con el título de *Au-delà des horizons*...

Que faites-vous à Caracas? Etes-vous toujours *un gran admirador del General Castro?*»

2 de diciembre. — Me llega el artículo de Rod, quien, bajo el título de *Poetes sud-américains*, se ocupa de Leopoldo Díaz, el argentino, y de mí.

Nos juzga a ambos con bastante generosidad y comprensión, desde su punto de vista europeo.

De mí, dice en un párrafo:

M. Blanco-Fombona, de traditions moins purement latines, se rattache, plutôt qu'aux parnassiens, aux romantiques, dont il rappelle parfois la grandiloquence entraînante. Peut-être aussi a-t-il étudié Henri Heine et Verlaine: car il excelle à exprimer une émotion vive et communicative en quelques vers qui font image et se gravent dans l'esprit.

Quelques-uns de ces courts poèmes sont tout à fait charmants, et supportent la comparaison avec les perles qui d'ailleurs abondent dans ce genre un peu facile. Mais là encore, je crois que les quatre poèmes consacrés à Bolívar sembleront plus originaux et plus forts.

*Qu'on juge par celui-ci, qui est intitulé LA GUERRE
SANS MERCI:*

*L'Amérique est en croix, el les veines coupées;
Eclaboussée, elle scintille de rubis;
Tout est vermeil, tout est grenat, les champs, les lys,
El les aigrettes d'or, el les braves épées.*

*Elle a vu, par milliers, cruellement frappées
Par les crocs meurtriers des sangliers maudits,
Tomber ses fils, dont les têtes de sang jaspées,
Palpitaient, ô douleur, sur d'affreux piloris.*

*Mais, ô miracle, un jour, à l'ouest, sur les Andes
Le soleil s'est levé! Bolívar et ses bandes
Franchissent triomphants les cimes dans leur vol,*

*Et l'on vit, ce jour-là, rouler dans les ravines
Comme en un ouragan de vagues purpurines
Les têtes de huit cents prisonniers espagnols.*

Al juzgarme, por esa traducción, Rod juzga mi poesía, no en sí y con su vestidura de piel nativa, sino al través del estilo de Raisin. El estilo es al espíritu lo que la carne al hueso, en un cuerpo: nada puede sustituirlo. Un retrato no es un ser vivo.

3 de diciembre. —Estoy flirteando con dos mujeres, ambas jóvenes, ambas lindas, ambas del mismo nombre, ambas pertenecientes a las mejores familias de Caracas. Llamaré a la una, a la más joven, C. primera y a la otra C. segunda.

A C. primera la conocí hace tres años, y pertenece a gente ligada con nosotros por vínculos que debo respetar. Por eso, y por ella misma, la quiero con más pureza que a la otra: tiene apenas siete años. ¡Qué chiqueta tan avispada y tan atrayente!

C. segunda tiene más mundo, como mujer de veinte años; es más elegante y mucho más apasionada: como novia lisonjea más la vanidad de un hombre que C. primera. Pero se le conoce demasiado que desea casarse.

Cuando converso con alguna de las dos, prefiero a aquella con quien converso; luego parloteo con la otra y hallo a la otra encantos que me retienen a su lado. Creo que me decidiría por aquella de las dos que supiera inspirarme celos.

4 de diciembre. —Nadie se ocupaba en Venezuela, hasta hace poco, sino de alimentar el temor de que Castro no se fuera; hoy nadie se ocupa sino de alimentar el temor de que regrese. Ayer, nadie hizo por que se embarcara; ni ahora se hará por impedir el retorno.

Cuando un pueblo, en ciertos instantes, discurre en vez de obrar, está perdido. Una bomba de dinamita es más elocuente que todos los razonamientos. Se proyecta, desde hace días, un mitin para darle fuerza

moral de que carece al Gobierno del Vicepresidente Gómez, coadyuvar a la obra de rehabilitación nacional, impidiendo el regreso de Castro, y decidir a Gómez a que rompa la tutela del dictador, con el apoyo del pueblo e impulsado por la nación.

Me escogen para hablar en la plaza pública. Soy el menos orador, pero como Castro infunde tanto miedo y Gómez tanta desconfianza, todos vacilan, nadie quiere comprometerse. Se teme que Gómez, aunque desea y prepara la reacción, se vuelva atrás. No sería extraño. Ya lo hizo una vez: cuando Castro se retiró a La Victoria dejándole el Gobierno. Lo tenía Gómez medio derrocado, pero le bastaron a Castro dos telegramas destemplados y un entrecejo ceñudo para que Gómez, sumiso, lo reconociese; y no sólo lo reconociese sino preparase, en honor de su jefe, una Aclamación nacional. Castro entró en Caracas bajo lluvia de flores: las flores de Gómez. Este pasó como víctima de inspiraciones malévolas. Y se persiguió a los inspiradores.

Ahora, con razón, todos tememos. Pero alguien tiene que exponerse. Además, ¿no somos hombres de acción? ¿Para cuándo el obrar? Las cosas hay que hacerlas. Mi propósito es jugar el todo por el todo: arrastrar al pueblo hasta la casa presidencial y comprometer al jefe del Ejecutivo moralmente con nuestra manifestación cívica. Si Gómez traiciona al país, en vez de traicionar a Castro, ¿qué vamos a hacer? Sufriremos las consecuencias. ¡Desgraciado pueblo aquel cuya suerte se decide en tales manos!

5 de diciembre. —Hemos querido realizar hoy la manifestación pública. El Gobierno la impide; Gómez está traicionando a Castro hace tres años y hoy tiene miedo de realizar su pensamiento. ¡De qué tienen miedo estos esclavos! Si Castro se devolviera, Gómez caería de rodillas a su presencia. He aquí lo tremendo de los caracteres falsos y de las situaciones ambiguas: si Gómez no se deshace de Castro es un miserable y un cobarde, habiéndolo ya depuesto en espíritu; si lo derroca es un traidor.

Y lo más triste para el país es tener que valerse del uno contra el otro, en vez de reaccionar contra los dos y lo que ambos representan, que es la barbarie.

6 de diciembre. —Hace varios días no he podido conversar con C. segunda. En cambio he visto a menudo a C. primera. Indiscutiblemente la quiero más, me siento más inclinado a ella y llena más mi pensamiento que la otra. Bastó que fuera varias tardes seguidas a casa de su cuñada, que ha dado a luz, para que mi interés se avivase por el hecho de saberla tertuliano esas tardes con otros hombres. ¿Será cierto que sin desconfianza no es posible que nazca y arraigue el amor? Lo cierto es que la seguridad de la posesión, así sea moral, máxime si cuesta poca dificultad el obtenerla, mata la pasión en germen, impide que florezca.

6 de diciembre (más tarde). —Acabo de leer dos comedias parisienses: *La femme une*, de Henri Bataille, y *Samson*, de Bernstein. En ambas el inevitable adulterio parisiense reluce, aunque en diferentes condiciones y en distintas capas sociales. En ambas los maridos se saben cornudos. En la de Bernstein hay un personaje que, acaso por judío; es decir, por de raza oriental, apasionada, no sobrelleva con indiferencia sonriente sus cuernos. Pero en ambas, hombres de buena cepa francesa, tratan de cosas y desgracias de amor, mercan su deshonor o la sobrellevan con una filosofía que no nos explicamos fácilmente, y de que nunca blasonaríamos aquellos por cuyas venas corre sangre de personajes del mundo calderoniano; personajes puntillosos hasta increíble extremo en punto de honor. Para nosotros, como para nuestros abuelos —y esto prueba en cierto modo la supervivencia de algunas características de la raza—, para nosotros, digo, al revés de lo que piensan los franceses, no es deshonroso matar a un enemigo, máxime por razones de honor conyugal —ni siquiera matar a la esposa infiel—, y sí lo es sonreír a la afrenta inferida por la esposa o no considerar la traición como afrenta.

La justicia tal vez se halle en el término medio: ni matar ni reír. Imposible considerar los cuernos pingüe negocio, como en Nueva York, o mero asunto judicial, como en Londres; o no percibir siquiera las protuberancias frontales, como en Berlín. Pero, ¿a qué teorías? Nadie sabe cómo reaccionará ante el infortunio, aunque sepa cómo deba reaccionar. Pasión y vida son más complicados que leyes y preceptos.

Recuerdo otra comedia francesa reciente, creo que de Capus o de Brieux, que vi el año pasado en el Teatro Francés, y cuya moraleja puede traducirse así: el que mata, aunque sea para vengar su honor, es siempre un asesino; y la sociedad debe tildarlo y rayarlo de sus cuadros de aprecio. Nosotros no aceptaremos nunca esa teoría. Propia o ajena, la vida para nosotros vale menos que la honra.

7 de diciembre. —Ponen en libertad a nuestro hermano Oscar, encarcelado de cinco meses acá por suspicacias del autócrata. Es la reacción que empieza. La reacción, el desagravio nacional. En este último año de su gobierno, Castro se había convertido en un bandolero coronado. Sería curioso hacer una copia de anécdotas respecto de Castro. Una sola cosa va a salvarlo ante la historia: la energía, la energía bella, máxima, inquebrantable de este hombrecito de hierro, a quien no han podido rendir ni las guerras internas, ni las conjuras, ni las sublevaciones militares, ni los bloqueos de las Potencias, ni siquiera dos años de ininterrumpida y cruel enfermedad. A menudo se ponía en ridículo: lo salvaba el ademán enérgico, la resolución dramática. Los extranjeros le llamaban «el mono de los Andes», por la lubricidad. Tenían razón; pero ante ese mono lúbrico, cedieron las Compañías inglesas, el ferrocarril alemán, los diplomáticos alemanes, el agresivo Roosevelt y el Ministerio de Estado yanqui. En cuanto a Francia, no sólo cedió la Compañía del Cable francés, no sólo un joven Cónsul de Francia —hombre de vergüenza, digno de mejor suerte, se tuvo que suicidar— sino que todavía anda

viajando contra su voluntad el ministro diplomático, señor Taigny, que sin permiso de la policía, o contraviniéndola, se introdujo a bordo de un buque francés surto en La Guayra. Castro no lo dejó desembarcar; lo obligó a seguir viaje, entre las carcajadas del mundo entero.

8 de diciembre. —Últimamente he conversado con Paúl, ministro de Relaciones Exteriores, sobre los medios de precipitar al Gobierno a realizar lo que prepara y teme hacer: el desconocimiento de Castro. Gómez, Baptista, Paúl, todos están de acuerdo; pero todos tienen miedo. El más resuelto de todos me parece Paúl; el más sensato Baptista;

el más hipócrita y pavorido, Gómez. Paúl me aterra diciéndome que él, con el apoyo de Gómez, llamará a las Potencias, inclusive los terribles Estados Unidos, para que apoyen con sus barcos, en La Guayra, el movimiento reaccionario. Este hombre es un loco, un cínico y un ciego, sin pizca de patriotismo ni átomo de hombre de Estado. Le hago ver la gravedad, lo absurdo, lo criminal y lo innecesario de semejante medida.

—Solos no podemos hacer nada —me dice.

—Pues no se hace —le respondo.

Angustiado vuelo en casa de Baptista que, encerrado en la Casa Amarilla, por miedo a las imprudencias, no quiere recibir a nadie. Por fin logro verlo. Le manifiesto el deshonor presente y el peligro futuro que entraña el pensamiento de Paúl, le digo que si no cuentan con todos los cuarteles, si temen al gobernador de Caracas, hay un medio de levantar gente a la calladita. Que decreten el arreglo de las calles o de una carretera cercana a la ciudad, y pongan a trabajar ahí mil quinientos o dos mil hombres al mando de mi hermano Oscar y de algunos otros militares de su confianza. Lo mismo puede hacerse en otras partes. Baptista cree bueno el plan; pero ¿quién puede saber lo que piensa de veras Baptista! Me dice que no se realizará el proyecto de Paúl, que tenga confianza.

¿Confianza en quién?

16 de diciembre. —Habito, con mis Oscar, Héctor, Haroldo y Horacio, una casita extramuros de la ciudad. Estamos escondidos. Cada vez que traquea la puerta, por la llegada de la cocinera, o de Horacio que sale a caza de noticias, o de nuestro primo Alberto Zérega que viene a participarnos las ocurrencias de la ciudad, corremos hacia el corral para escaparnos por los tejados vecinos, o nos disponemos a recibir a balazos la visita policial. La ciudad es un campamento. La ley marcial impera. Tropas recorren la ciudad, saqueada por las turbas furiosas. ¿Qué pasa?

Ocurre que el 13 de diciembre de 1908 será de hoy más una fecha clásica.

Ese día los caraqueños hemos echado abajo al dictador Cipriano Castro, cuyos tres últimos años de Gobierno fueron el triunfo de la barbarie, la orgía del banditismo. Lo más granado de la ciudadanía se reunió, con anuencia del Gobierno, so pretexto de una manifestación antiholandesa, el 13, a las dos de la tarde. Los primeros en llegar a la Plaza Bolívar, centro de la reunión, fueron los estudiantes. A las tres la Plaza rebosaba en gente: poco pueblo, pero mucha «gente decente», como solemos llamar a la burguesía y a los que ejercen profesiones liberales.

Como nadie tenía agravios que vengar contra Holanda, sino contra Castro, que es quien ha provocado este nuevo conflicto internacional, en el que, después de todo, la razón asiste a Venezuela —y Holanda lo reconoce en principio—, empezaron los discursos estudiantiles al pie de la estatua de Bolívar a enardecer los ánimos, no contra Holanda, a quien no mencionaban, sino contra Cipriano Castro. De la plaza, ya enardecidos, partieron los grupos a recorrer la vía pública con una bandera a su frente. La excitación crecía con los gritos de: «¡Muera Castro!» «¡Muera *El Constitucional!*»

El Constitucional es la letrina más infecta, la más pútrida y turiferaria publicación. En manos de un negro sastre portorriqueño llamado

Gumersindo Rivas, ha corrompido la atmósfera nacional durante nueve años. Cuanto se diga de la vileza miasmática y perniciosa de este negro y de este periódico resulta pálido ante la verdad. El pueblo los abomina. Así, embriagado de instintos revolucionarios y demagógicos, su primer impulso fue, como debía ser, por lógica del odio público, asaltar la imprenta. Los empleados, muy numerosos y cantidad de sicarios apostados por Rivas y armados de revólveres y máuseres, se habían hecho fuertes en el viejo y pesado caserón de la imprenta —esquina del Conde, edificio de la Imprenta nacional—, y empezaron por las ventanas a asesinar a la multitud. La multitud, sin embargo, no cedía.

Pero como la policía está en manos de los castristas, una patrulla policial, comandada por Santiago Hernández, inspector del Cuerpo, hizo varias descargas sobre la ciudadanía e impidió la toma de la Imprenta. Hubo heridos y muertos. Entre los últimos un joven Marcano, estudiante. Gumersindo huyó a La Guayra, cobarde como casi todos los serviles.

A las cuatro llegaron a la Casa Amarilla el general Juan Vicente Gómez, primer vicepresidente encargado del Ejecutivo, y el secretario general del Gobierno, doctor Leopoldo Baptista.

La ciudadanía los aclamó y los llevó a empujones hasta los balcones que caen a la Plaza de Bolívar. Desde el Bulevar Oeste de la Plaza, en la vía pública, empezaron los discursos, reaccionarios y fulgurantes. El ministro de Relaciones Exteriores empezó a contestar, hablando de agresión extranjera.

Lo callaron.

—Lo que queremos, gritaba todo el mundo, es la caída de Cipriano Castro.

Por fin, el doctor Juan Pietri, personaje muy anticastrista, se asomó al balcón donde estaba Gómez, y tomando al vicepresidente por un brazo

y agitando el sombrero con la otra, sobre la multitud, prorrumpió en un estentóreo: «¡Muera Castro!»

Gómez se separó del balcón inmediatamente. La ciudadanía sacó en triunfo a Pietri y en triunfo lo llevó hasta su casa. Era el primer hombre de importancia que, comprometiendo a Gómez ante el pueblo, ponía los puntos sobre las íes y pronunciaba las únicas palabras necesarias. Me fui con él. Un gran golpe de pueblo lo seguía.

Ya en su casa, Pietri dijo a la multitud cuatro palabras de despedida. Como nadie partía de aquel hogar invadido y empezaban nuevos discursos, Pietri, muy fatigado, me dijo: «Rufino, sálveme de esta gente; llévesela.»

Entonces llamé la atención del pueblo, di un viva a Pietri, invité a la multitud a seguirme a las plazas públicas y partí por entre ella con los brazos en alto y gritando que me siguieran.

Desde ese instante quedé convertido, sin proponérmelo, en *leader* de esa manga de pueblo. Hablé en San Francisco... Hablé de nuevo en la plaza del Panteón... Recorrimos la ciudad y rompimos cuantos bustos y retratos de Castro íbamos encontrando.

Deseaban asaltar la casa de una querida de Rivas. Me opuse. Dije que era cobardía haberse retirado de *El Constitucional*, porque lo defendían hombres, e ir a atacar ahora a indefensas mujeres. Otros —recuerdo sus nombres— me zuzaban a conducir el pueblo contra la casa de Tello Mendoza: no quise. Por fin recalamos a la plaza Bolívar. El pueblo exigió que le hablara de nuevo. Hablé y me sacaron en hombros. Yo estaba sofocado, molido, medio muerto de cansancio. Me cogieron, en hombros, contra mi voluntad y me pasearon por la plaza. De lejos vi, entre grupos, a Manuel Díaz Rodríguez, Eduardo Calcaño Sánchez, Juan Casanova, Elías Toro, etc. Ya caía la noche. Y al favor de la oscuridad pude escaparme de la multitud que lanzaba estos absurdos gritos: «¡Viva el cerebro del pueblo! Viva el gran demócrata, y otros por el estilo.

Esa misma noche empezaron las prisiones. Contra mí se libró orden de encarcelamiento, por parte del gobernador de Caracas, castrista furibundo. Me lo avisaron. Me escondí. En cambio Pietri, Bernabé Planas y muchos otros fueron a la cárcel.

Hay dos tendencias en el Gobierno: la castrista y la reaccionaria. Gómez contemporiza con todos, engañando a todo el mundo. No es el hombre que el momento exige. Tendremos que hacerle la guerra. Mis hermanos, revolucionarios también, también se han escondido.

El lunes 14 las manifestaciones tomaron otro carácter y otras proporciones. El pueblo ha saqueado «Cosmos», empresa editorial de Gumersindo Rivas, las boticas de Tello Mendoza, gobernador de Caracas con Castro y al que odian y acusan de complacencias rufianescas con el dictador; casas de las queridas de Castro, etc., etc.

Los pueblos circunvecinos se arman y marchan contra Caracas. En la capital reina la anarquía. Entre castristas y anticastristas se divide el Gobierno; la revolución se inicia contra los unos y los otros. Castro, todopoderoso hace quince días, es ya un cadáver político.

18 de diciembre. —En Caracas dicen que soy un demagogo y uno de los causantes de los desbordamientos populares. Esa es la voz de la cobardía y de las malas voluntades. En cambio C. primera me escribe encantada. Jura que me quiere más que nunca. «Imagínate —me escribe al escondite— cómo pensaré yo en ti. Figúrate que me pongo a leer, y es como si no lo hiciera, pues no entiendo ni sé lo que he leído.»

A la otra, ¿le pasará lo mismo? Quizá no..., entre otras razones, porque su padre también ha caído preso en estos días; y su corazón, como su casa, debe de estar en angustia con las inquietudes domésticas.

La situación política, a la verdad, es terrible. El gobernador de Caracas, Cárdenas, campea por sus respetos, sin hacer caso del presidente Gómez, antes bien entrabándolo todo y poniendo en consternación a

la ciudad. Cárdenas, hombre de acrisolada lealtad a Castro, es también valiente. Sus amigos lo siguen y obedecen; pero le falta seso. También le falta un buen consejero. El pobre señor no puede desenvolverse por sí solo. Y esa es, en Caracas, la figura política más destacada del castrismo. Castro, para descollar, se rodeaba de nulidades: ahora cosecha las consecuencias.

Cárdenas y sus secuaces, con todo, no necesitan de consejos para una barrabasada.

Si amarran a Juan Vicente Gómez y dan una cuartelada estamos frescos: tenemos a Castro imperator ¡quién sabe por cuánto tiempo! Y este malvado nos descuartizaría a los revolucionarios del 13. Está fresco el recuerdo de Antonio Paredes, asesinado de orden de Castro, a bordo de un barco, en el Orinoco, por Luis Varela y otros.

Gómez ha hecho circular la idea de un Gabinete de nombres anodinos, no francamente opositores a Castro. Dícese que el gobernador y su camarilla impedirán que el actual Ministerio sea depuesto. Si Gómez no se impone, estamos perdidos.

Nosotros hemos resuelto alzarnos, con los amigos y elementos que Oscar pueda reunir por los campos y pueblos vecinos, si dentro de dos días no se aclara el horizonte. Ya se han mandado comisiones a Petare, Guatire, Guarenas, La Guayra, etc. Pasado mañana saldremos de aquí y la gente de todos esos pueblos se pondrá en movimiento. Tenemos algunos fusiles, pocos; lo suficiente, con todo, para empezar. A ver si ahora no la perdemos, como en los días de la acefalia del gobierno por gravedad de Castro. Entonces todo fracasó porque a Panchito Alcántara, si le sobraban elementos, le faltaron testículos.

La verdad es que nosotros, de unánime acuerdo los cinco hermanos, preferimos morir en los campamentos, luchando, y no caer en esta ratonera para ser degollados por la barbarie, o por lo menos arrastrar

cadena mientras lo quieran el capricho de Castro y de sus sicarios. Los dramas de las cárceles en estos últimos años son pavorosos.

¡Cuántos han perecido en los hierros! ¡Cuántos, desde Taihardat hasta Carabaño Yzarra! Además, todos estos andinos cerriles se parecen. Y no es justo que Gómez, cómplice de Castro, aparezca ahora como un salvador.

19 de diciembre. —¡Qué gran día de emociones y de alegría! Terminó Cipriano Castro.

Gómez, apoyado en las tropas que le son amigas, se ha impuesto. Esta mañana depuso a dos jefes de cuarteles castristas y luego en la Casa Amarilla hizo llamar a Cárdenas, a Garbiras, secretario de Castro, al subdirector del Telégrafo, al ministro del Interior, y les declaró que quedaban presos. Se mostraron muy sorprendidos. En Caracas todo parece haber terminado con una facilidad que no se esperaba.

Cuando supimos la noticia —como a las 8,30 o las nueve— volamos a la calle. La gente salía apresurada de sus casas, rumbo a la plaza Bolívar y a la Casa Amarilla, donde estaba Gómez recibiendo las felicitaciones y los vítores de mucha gente. Lo peor es que la mayoría de esos felicitadores eran hasta ayer amigos de Castro, y se apresurarían de nuevo a sus plantas si regresara. Y lo más absurdo es que Gómez ha sido el principal sostén y colaborador de la dictadura de Castro.

Pero el contento por la caída del ciprianato es unánime y sincero.

Como no supo crear amigos nadie alzaré la voz ni la mano para defenderlo.

De hoy más, en la historia de Venezuela, Castro será un nombre, un paréntesis de barbarie, el recuerdo de una pesadilla de sangre y de lágrimas.

Cae empujado por sus íntimos. ¡Qué lección para los soberbios!

22 de diciembre. —Me acerco a la ventana de C. segunda. ¿Por qué estará disgustada conmigo? Finge no verme. Cuando paso —en vez de salir

a la ventana, como siempre— se queda en el fondo del salón y aparenta mucho interés por un libro que de seguro no está leyendo. Me da rabia y curiosidad. Parto de mal humor y enamorado... por lo menos una hora.

24 de diciembre. —El país convalece poco a poco. Empiezan a caer los monopolios. Se abren las puertas de las cárceles. Nueva sangre circula por el organismo oficial. Nuevos hombres, nuevos procedimientos. ¿Pero por qué no se barre con más diligencia y prontitud toda esa gusanera pestilencial que infectó el cuerpo nacional durante nueve años?

¡Escobas, más escobas para los establos de Augias!

27 de diciembre. —¿Por qué no me enamoro de cualquiera de estas dos muchachas; pero de veras, con sinceridad, con candor, con amor, sin engañarme ni engañarlas? ¿Será imposible que el amor que yo anhele florezca o vuelva a florecer en mi corazón? ¡No poder amar! ¡Qué suplicio!

Pasé la tarde con C. primera, en el matrimonio de su hermano: me he reído, he sido feliz en su compañía. ¿La quiero? Sí. Pero no como pudiera quererla.

28 de diciembre. —Gómez me ha llamado a la Casa Amarilla. Me ha dicho que desea que yo vaya de ministro a España.

Le respondo que he vivido muchos años ausente de mi país y que desearía permanecer en él.

Con una sonrisa ambigua, que no sé cómo traducir, me dice:

—Le pesará...

Ante aquella frase y no queriendo ponerme de frente contra la buena voluntad, se me ocurre una idea. Recordando que las relaciones están rotas con Holanda, digo:

—Si se cree que puedo ser más útil en el extranjero que en el país, preferiría ir a Holanda, adonde ya he vivido y tengo dos hermanos.

Entonces Gómez corta la conversación:

—El amigo irá a Holanda.

Me parece que, con las emociones de estos días, se le olvida nuestra ruptura con los Países Bajos.

De allí corro en casa de Baptista, secretario, mentor y factótum de Gómez.

Me lamento:

—Se me quiere deportar con un cargo. Yo no deseo ausentarme del país.

—Váyase usted por seis meses —me responde Baptista—, ya que se lo insinúa con insistencia el general Gómez. Después volverá usted y será diputado.

Se queda titubeando y agrega:

—Para entonces se habrán desvanecido algunas malas impresiones...

— ¿Malas impresiones?

—Sí: al general Gómez le han asegurado que usted opina que después de haber salido de Castro hay que salir de él.

II Cara al Capitalino

Caracas, 5 de marzo de 1909.

Señor general J. V. Gómez. Presidente de la República. —Palacio de Miradores.

Señor general y distinguido amigo:

Un asunto de la mayor importancia ocupa hoy la atención pública. Se trata de las gestiones diplomáticas del señor Paúl, en diciembre último, y en su carácter de ministro de Relaciones Exteriores, para hacer venir a las aguas de Venezuela naves de guerra extranjeras. El asunto se ha hecho público. El patriotismo y la dignidad nacionales se han alarmado. La Prensa está formando un escándalo. La ciudadanía entera va a clamar. Por la primera vez en la historia desordenada pero altiva de Venezuela se da un paso semejante.

Me dirijo a usted sobre este debatido, doloroso y trascendental asunto, no sólo como amigo personal de usted, no sólo como afecto al reciente cambio político, sino con el derecho que tiene todo ciudadano, en una democracia como la nuestra, de terciar en los debates públicos, cuando le asiste la buena fe y cree poder servir con su palabra los intereses de la nación.

No se trata de un asunto que atañe solamente a un ministro, a un presidente, a un partido: se trata de una acción trascendental para la vida de la República, se trata de un golpe alevosamente asestado en el corazón de la Patria.

El doctor José de Jesús Paúl, ministro de Relaciones Exteriores, ha pedido por conducto del representante del Brasil, encargado de la Legación de los EE. UU., el envío de naves de guerra extranjeras, tanto europeas como sur y norte-americanas, a las aguas de Venezuela. Semejante paso, condenable en cualquiera ocasión, por cuanto da cartas en nuestros asuntos domésticos a los extraños, e implica algo como protección impetrada por la Cancillería venezolana, se agrava esta vez con los visos, de una completa y premeditada traición a la patria, prevista y castigada por nuestra legislación.

En efecto, Venezuela se encontraba para la fecha del 14 de diciembre de 1908 en conflicto interior y exterior: interior, por el movimiento anticesáreo de entonces y la actitud de los defensores del presidente depuesto, por las manifestaciones revolucionarias de la víspera y de ese propio día en contra de Castro; exterior, por el estado de guerra con la nación holandesa, cuya escuadra cruzó nuestros mares en son de hostilidad, apresó guarda-costas nacionales y produjo la indignación popular, al punto de que en muchas ciudades de la República se levantaron patriotas indignados. Usted mismo, señor general Gómez, en su carácter de vicepresidente, encargado de la Presidencia de la República, suscribió por aquellos días un patriótico documento llamando el país a las armas.

Fue ese momento aciago el escogido por el ministro Paúl para dirigirse al excelentísimo señor de Lorena, ministro del Brasil y encargado de la Legación anglo-americana, para pedir el envío de buques de guerra extranjeros. (En el periódico *Sancho Panza*, fecha de ayer 4 de marzo, corre inserta una pertinente interviú del señor de Lorena con el director de aquel diario.) No cabe duda sobre la petición de Paúl. ¿Tomó el doctor Paúl su resolución inconsultamente? No sé. Lo que sé es lo que expresa la Constitución nacional en casos de semejante índole.

La Constitución dice:

«Art. 88:

Los ministros son responsables:

1.º *Por traición a la Patria.*

2.º *Por infracción de la Constitución y de las leyes; etc., etc.»*

Y el Código Penal vigente señala y castiga como traición a la Patria el caso del doctor Paúl. El artículo 128 dice al pie de la letra:

«El individuo que, encargado por el Gobierno de la República para tratar negocios de Venezuela con un Gobierno extranjero, traicione su mandato perjudicando los intereses públicos, será castigado con presidio abierto o prisión de tres a cinco años.» (LIBRO II. TÍTULO I. LEY 1.ª)

Además, el artículo 130 del mismo Código Penal prevé el caso del funcionario que por un acto cualquiera, no aprobado por el Gobierno, exponga a Venezuela al peligro de una guerra internacional.

El doctor Paúl, en su calidad de ministro de Relaciones Exteriores, era individuo encargado por el Gobierno de la República para tratar negocios de Venezuela con Gobiernos extranjeros, y traicionó su mandato perjudicando los intereses públicos, por cuanto colocó a Venezuela al borde del protectorado o la expuso a sostener una guerra semejante a la guerra de la Independencia española en 1808, cuando el pueblo, vendido por su Gobierno, tuvo que acudir a las armas y luchar en lucha desigual con ejércitos invasores y aguerridos.

Luego el doctor José de Jesús Paúl debe ser depuesto de los honores y cargos de que disfruta, llamado a juicio y juzgado conforme a las leyes.

De lo contrario, el Gobierno nacional se hace solidario y cómplice del ex ministro de Relaciones Exteriores. Y no olvidemos estas palabras de Montesquieu: «Cuando los traidores a la patria ejercen los primeros destinos, el Gobierno es opresor.»

El que no tuviera una desastrada consecuencia inmediata la acción del doctor Paúl no lo exime de responsabilidad. Todo acto, sobre todo de un hombre público, sobre todo de un ministro de Relaciones Exteriores, tiene, tarde o temprano, trascendencia. El antecedente no puede quedar en pie: debe anularse con el castigo.

Cuando a los Estados Unidos arribó la noticia de que Venezuela pedía barcos de guerra protectores, los imperialistas radiaron. Meses hacía que el atrabiliario presidente Roosevelt, el hombre de Panamá, no había podido, a pesar de sus esfuerzos, obtener el consentimiento del Senado estadounidense para una demostración naval en nuestras costas. ¡Y era el propio ministro de Venezuela quien llamaba luego a los buitres sobre el corazón de la patria!

Por eso míster Elihu Root, secretario de Estado en aquella nación e intérprete de las ambiciones imperialistas, apenas tuvo conocimiento de la súplica paulina, autorizó con su propia firma la noticia, que dio la vuelta al mundo, de que Venezuela solicitaba el envío de naves de guerra europeas, norte y suramericanas, para ayudar a mantener el orden interior del país. Esto significa, fuera del lenguaje cancilleresco, quieren y piden el protectorado.

Agregaba Root que el Departamento de Estado despachaba para Venezuela un escuadrón naval a las órdenes de un «marino de grande experiencia y discreción: el contraalmirante Arnold»; y que, como en el propio telegrama aseguraba el Gobierno de Venezuela que estaba dispuesto a arreglar las cuestiones pendientes, enviaba con el carácter de alto comisario a míster Buchanan.

¿No ve usted, señor general, lo candoroso y absurdo de parte de la Prensa nacional cuando se extraña de que la Prensa del mundo, que conoce esos precedentes, considere a Castro como el único irreductible, el único digno en materia política extranjera, y al actual Gobierno de Venezuela presto a vender la progenitura nacional por un plato de lentejas?

Por aquí iba, señor general, de esta respetuosa misiva que tengo el honor de dirigir al hoy primer magistrado de nuestro país, que debe ser el mejor y más celoso guardián del honor nacional, cuando leo en *El Tiempo* de anoche (4 de marzo) una nota oficiosa de nuestra Cancillería que agrava la cuestión queriendo explicarla.

«La mente del señor doctor Paúl —dice la nota oficiosa comunicada al país y al mundo por órgano de *El Tiempo*—, al hacer esta solicitud (*la de pedir barcos de guerra extranjeros al señor de Lorena y a las otras Legaciones*), era porque las circunstancias amenazantes en que se encontraba el país, con motivo de la tirantez de relaciones con Holanda, le impedía *garantizar los intereses extranjeros en nuestras aguas.*»

¡Maravillosa disculpa! ¡Cómo! ¿No podíamos garantizar los intereses extranjeros? Luego merecemos el protectorado, ya que no podemos valer ni valer a los extraños por nosotros mismos.

Ese es precisamente el argumento Aquiles de los conquistadores y expoliadores de pueblos cuando quieren someter, pillar y acogotar a un país: «No puede —dicen— gobernarse por sí mismo, ni garantizar los intereses extranjeros.» ¡Y somos nosotros quienes suministramos a los verdugos tamañas armas! Estamos en plena barbarie.

¿Cómo recabaremos esa prenda en lo futuro cuando extranjeras ambiciones aduzcan nuestro propio argumento? Las palabras de nuestra Cancillería son un error craso lejos de la verdad; y, además, la expresión particular de un hombre servil, que ha pasado su vida arrodillado ante los ídolos.

Por desgracia, el señor don Francisco González Guinan es actual ministro de Relaciones Exteriores. Por desgracia para el mundo y para la Historia, su voz apocada y ruin será la voz de Venezuela.

¿Cuándo, señor general, cuándo, ni en las horas más sombrías de nuestra accidentada y dolorosa historia nos creímos inhábiles para

garantizar los intereses extraños? ¿Cuándo pedimos socorro de barcos extranjeros?

El año de 1859, en guerra intestina, y amenazados por buques de guerra españoles, anarquizada la nación y con un ministro diplomático español como Romea, que odiaba a Venezuela y anhelaba la intervención de su país, no nos creímos incapaces de garantizar los intereses extranjeros sino que defendimos los nuestros con patriotismo, tesón y cordura.

El año de 1892, cuando la revolución legalista, ya fugado el cobarde y criminal usurpador Andueza Palacio, el expirante Gobierno de entonces también se irguió con dignidad ante los manejos de buques yanquis, que tendían oficiosamente a proteger la revolución; y nuestro Ministerio de Relaciones pasó una nota a la Legación norteamericana en Caracas, manifestándole que Venezuela hacía en su casa lo que quería, sin tratar de herir intereses extraños, y que para salvaguardar los propios conservaba la misma entereza que en días de los libertadores.

¿Y sería un motín callejero en *Caracas* y la presencia de unos cuantos buques de guerra holandeses cruzando por aguas de La Guayra, aunque fuera del alcance de los cañones de nuestro puerto, lo que nos iba a alarmar en 1908 al punto de suplicar la protección de extrañas potencias?

En todo esto no parece descubrirse sino un pavor inexplicable a la persona de Castro y a la improbable ocurrencia de que Castro —que yacía en Berlín en su cama de operado— se restituyese airado y de súbito al país.

Ningún peligro efectivo se corría. ¡Y aunque se corriese! Pero, en realidad, no había motivos de perder la cabeza, a pesar del estado de rebelión latente en el interior; a pesar de una amenaza extranjera. ¿No bastaron unas cuantas prisiones, señor general Gómez, para terminar en aquella memorable mañana del 19 de diciembre con toda la trailla de rebeldes y acabar de echar por tierra los últimos restos del Gobierno de Castro?

¿No bastó asimismo la actitud patriótica y resuelta asumida por la República para que partieran de nuestras aguas los buques de Holanda?

¿Qué puede, pues, disculpar la conducta de Paúl, ni cómo aceptar las razones del señor ministro actual de Relaciones Exteriores que remachan el clavo de aquella ignominia?

¿Qué se proponía el ministro proteccionista, pidiendo buques de guerra a los Estados Unidos y ofreciendo a las Potencias de antemano, sin discusión, el «*arreglo satisfactorio de todas las cuestiones internacionales?*»

No se comprende, como no fuera el imponer su personalidad dentro de la política interior, con detrimento de la patria, y al amparo de cañones extranjeros. Eso tiene un nombre en nuestra lengua: se llama traición.

¿Qué se propone el actual ministro exculpando a Paúl en términos tan poco decorosos para la República? Él lo sabrá. Él lo dirá. ¡Pero cuidado, señor general, como estos hechos y estas sinceraciones, igualmente culpables y estúpidas, alcancen a todo el Gobierno y muy especialmente al Primer Magistrado de la nación!

Voy a terminar esta carta, señor general, ya interminable; pero no sin asegurar que es menester convencernos de una cosa: en política exterior un Gobierno o su sucesor puede modificar, en cierto sentido, la política que él mismo o su antecesor ha venido practicando: lo que no puede nunca es romper bruscamente con lo que se vino sosteniendo o defendiendo, máxime cuando se tiene razón, cuando se obedece sólo a móviles ajenos al Derecho internacional y se sabe que van a perjudicarse los intereses materiales o morales de la República.

Ante los Gobiernos extranjeros, el Gobierno se confunde con la nación, el Estado con el país.

El Gobierno que represente a un pueblo no puede abogar en contra suya, si no quiere suicidarse. La nación no debe estar dispuesta hoy a defender sus ideas y sus intereses hasta con su sangre, para que mañana,

sin razones poderosísimas, por un simple cambio de personal en su administración interna, niegue lo pactado o defendido, se combata a sí propia, se contradiga y se condene. Caben, sí, prudentes rectificaciones, inspiradas por un sentimiento de justicia.

Entonces se colocan los intereses morales de un pueblo por encima de todo, y ningún pueblo que dé ejemplos de alta moralidad política y que se sacrifique con desinterés, se perjudica; pero en todo esto debe obrarse con el más exquisito tacto y jamás inconsultamente. Es decir, todos los miembros del Gobierno, llamados por la ley a decidir, deben ser consultados.

Véase lo que está pasando hoy con Venezuela: ofrecimos arreglar, sin *condiciones, satisfactoriamente*, todas las cuestiones pendientes. Quitamos a Holanda la traba de Curaçao, y Holanda no quiere ahora anudar relaciones diplomáticas si no le suprimimos el 30 por 100 a las mercancías de Curaçao; dimos razón a Colombia antes de pedirnosla, y Colombia, que enviaba ya como negociador al eminente señor Holguín, le da contraorden para que interrumpa el viaje y no venga.

De los yanquis no hablemos; sería demasiado largo, y usted no ignora estos asuntos. Con los franceses ocurrirá lo mismo que con los holandeses y con los yanquis: nos harán perder las negociaciones diplomáticas ya ganadas por el Gobierno anterior, mezclándolas con aquellas en que llevamos la peor parte, para que una decisión global favorezca los intereses extranjeros.

¿Es posible por nuestra parte tanta incapacidad y tan poco patriotismo? El anhelo de desautorizar al Gobierno anterior, y de vivir en paz con las potencias, ¿puede disculpar nuestra absurda actitud presente?

No debemos, sin caer en graves responsabilidades, desautorizar al Gobierno anterior en aquellas cuestiones internacionales en que tuvo razón.

Nuestro anhelo de vivir en relación amistosa con las Potencias no creo que nos autorice a comprar esa amistad al precio de sacrificios en dinero, en justicia y en amor propio.

Somos un pueblo joven y un pueblo modesto. Las insolencias de Castro, tal vez no fueron siempre discretas. Tenemos tradiciones buenas y tradiciones malas. Las primeras debemos respetarlas, las segundas corregirlas.

Entre estas tradiciones de nuestra política exterior se destaca la altivez. ¿Por qué enfangar ahora, con una sola plumada y sin necesidad alguna, toda nuestra historia? ¿Existe, detrás de bastidores, alguna malévolas musa que inspire semejantes actitudes serviles, inútiles, suicidas?

Vea esta carta, general Gómez, no como oposición al Gobierno de usted; no como un servicio prestado a banderías, de que estoy lejos; no como un ataque caprichoso al doctor Paúl, de quien he sido siempre amigo personal, sino como la expresión del más puro y desinteresado sentimiento patrio.

Si esta carta pudiera acarrearle desazones, no importa. Siempre me restará la satisfacción de haber cumplido un deber.

Soy de usted, general, seguro servidor y amigo.

R. Blanco-Fombona.

III

Cárcel de Ciudad Bolívar

I

Me parece salir de una pesadilla. ¡Qué horas tan crueles! La muerte, en forma de repugnante avechucho, batió sus alas de murciélago, se introdujo sorpresiva por la claraboya de la celda, aleteó, me llenó de pavor, y salió al fin, remisa.

En la mañana del 3 supe que había llegado a la Alcaidía una nota del juez donde se ordenaba ponerme a disposición del Ejecutivo del Estado.

Me alegré porque pensaba que, de acuerdo con lo que pautaba la Ley, por mí invocada, sobre Responsabilidad de Funcionarios públicos, se me enviaría a Caracas, a objeto de que la Corte Federal y de Casación conociera de la causa.

Poco más tarde supe que saldría de esta cárcel; pero no para Caracas, sino para Río Negro, ¡para Río Negro!

Enviarme a Río Negro con Aldana, cacique todo poderoso allá, enviarme a Río Negro escoltado por las tropas de Vivas y Varela, enviarme a Río Negro equivale a librarme a mis enemigos, en las soledades del Orinoco, equivale a condenarme a muerte, a una muerte atroz, por martirizada y por oscura.

Entre una y dos de la madrugada saldría el vapor *Masparro*: se pretendía sacarme de la cárcel a esa hora y embarcarme para el Territorio Amazonas.

Por fortuna, la Aduana supo el caso e impidió la salida del vapor hasta pleno día. A eso debo la vida.

Al amanecer el señor Barroeta Briceño, administrador de la Aduana —Corao, por casualidad en Bolívar— y otras generosas personas pusieron en campaña, telegrafiaron a Caracas, y obtuvieron del amable y condescendiente Varela (futuro asesino de Antonio Paredes) la promesa de que no se me enviaría, sin antes deliberarlo mucho.

Entretanto se obtuvo en Caracas la seguridad de que no se permitiría que me enviaran al matadero.

¡Qué horas he pasado!

Impotente, aislado, preso, en una ciudad carente de valor cívico y hoy casi tan esclava como yo, en una cárcel donde cien ojos me vigilan y cien bocas están prontas a delatar el menor de mis movimientos por sólo congraciarse con los cerberos, con mi abogado en Caracas y sin un abogado aquí que quiera hacerse cargo de la defensa por no malponerse con los dirigentes del Estado, he vivido horas muy duras, acaso las más angustiosas de mi vida. Durante treinta y seis horas estuve en capilla.¹

El estado de mi ánimo en aquellos luctuosos momentos se transparente, de seguro, en las cartas que entonces escribí y que buscaré para añadir a estas páginas, a fin de que se pueda ver al desnudo mi alma y comprender mi situación.

Es horrible, en la impotencia de la mazmorra, oír chacales que rugen, hambrientos de vuestra carne, en tomo de vuestro calabozo.

[1]_ Debo consignar aquí lo que he sabido, rasgo que más merece admiración que gratitud. Cuando se supo en Ciudad Bolívar la intención del Gobierno de sacarme subrepticamente para enviarme al Territorio —y como allí sí se sabía lo que esto significaba—, un grupo de jóvenes se confabuló voluntariamente para impedir por la fuerza mi embarco. Los nombres de estos hombres generosos y valientes que han llegado a mi conocimiento son: Pedro Romer Monagas, Miguel López, Rafael Gil, Coronel Himiob, Guillermo Bethencourt, Mariano Molina. Siento no saber otros nombres, si es que los hubo.

II

Del patio de la cárcel, en la noche, el espectáculo de las estrellas es mi ocupación favorita, mientras los presos tocan guitarra y cantan comidos y galerones.

El aire raro y seco permite lucir el cielo en todo su esplendor.

Se distinguen todas las estrellas y constelaciones conocidas del trópico, y millones de estrellas más cuyos nombres, naturalmente, ignoro. Tapiz azul cubierto de libras esterlinas.

Fijo la vista en el pedazo de cielo que parece de unánime azul, y de ese azul empiezan a brotar nuevos puntos de oro. Donde se pensaba el vacío parpadean luceros no sospechados, albea un polvillo diamantino. ¡Qué opalescentes nebulosas! ¡Qué arena de topacios!

Un hombre, un preso, un paria, traído del fondo de los desiertos Llanos, alza también la vista. ¿Qué pasará por aquella cabeza? Lo interrogo y no sabe responderme sino con una sonrisa idiota.

¿Qué idea tendrá ese hombre de lo infinito? Pero no nos perdamos en sueños estelares ni en ideas abstractas. Descendamos al piso palpable de la tierra.

¿Qué idea tendrá ese hombre de la patria? Para ése la patria será una potestad temerosa y maléfica; cosa vaga y terrible en cuyo nombre lo reclutan cuando hay leva; le roban, so pretexto de faginas, el esfuerzo de sus músculos varias veces al año; y lo encarcelan porque un día, en la inmensidad de los Llanos, entre cientos de miles de reses, resolvió no morir de hambre y mató un novillo.

¿De la religión, de la divinidad, qué pensará ese hombre? Él no oye hablar en sus desiertos muy a menudo de la divinidad sino como de una fuerza ignota, adversa; y de la religión sino como de una cosa de misterio y terror, cuando las inundaciones anegan las sementeras, cuando

la tierra tiembla y se resquebraja, cuando la muerte y el dolor visitan a los hombres.

Si yo dijera a ese paria que las estrellas son divinidades, se reiría. Pero de formularle una teoría con visos de verosimilitud, él y cientos como él concluirían por rendirse y creer.

No sería difícil en medio tan ignaro crear una religión. Los espíritus carecen de curiosidad y se contentan con razones epidérmicas, para media docena de problemitas que constituyen el fondo de muchas vidas.

Además, ¿qué religión no parece fundada en lo fantasmagórico y absurdo? Y todas hallan creyentes: ¡tan pobre criatura es el hombre! Las religiones se mantienen tanto por sus misterios como por sus sanciones. Los hombres no pueden vivir sin creer en algo, sin temer algo. Los emancipados se proponen o levantan un ideal y, moralistas sin dogma, temen el reproche de su propia conciencia.

A esos parias del desierto con poco se les captaría la fe. Las estrellas, pudiera enseñárseles, rigen el mundo. Ved si no el influjo del sol y de la lluvia en vuestros conucos, y el de la tempestad en vuestros ganados. La luna influye asimismo en el mar; y turba las pubertades y acrece las enajenaciones. La atmósfera impide que vuestra sangre brote por los poros. El rayo es el castigo de las estrellas. La muerte viene de lo alto. Es necesario amar y temer a los luceros. Aquel que vive en el amor, en el temor de los astros, va, luego de perecer, a gozar de la dicha eterna en mansiones de luz. El que infrinja la fe astral padecerá por siglos de siglos en la hoguera del sol.

Poco más; y ahí tenéis una religión nueva: la religión de las estrellas.

¿De dónde, sino de la naturaleza no comprendida, vino al hombre la idea de la religión? ¿Qué otra cosa es la fe sino áncora del pavor, válvula de anhelos desesperantes, deseo de saber o creer cosas inexplicadas o incognoscibles?

La teoría del alma, del más allá, ¿qué es sino horror a la nada, afán de supervivir? Tiene razón Kant: el origen de la religión es la aspiración del espíritu a lo infinito.

De cuanto el hombre no pudo explicarse, en la adolescencia de la razón, hizo materia religiosa. Por eso, a medida que avanzan y se divulgan los conocimientos científicos, disminuyen en intensidad los credos; y aquellos credos inaptos para evolucionar, amoldándose a las nuevas exigencias del espíritu, desaparecen.

Si llegase un día en que el hombre pudiese despejar todas las incógnitas de la vida y de la muerte, ese día se enterrará el último dios. Como ese día tal vez no llegue nunca, el espíritu religioso tal vez no desaparezca sino con el hombre.

El triunfo de la idea monoteísta sobre la de pluralidad de dioses ya es gran triunfo, si bien no parece el vulgo, en ninguna parte —y todo el mundo es vulgo, enseñaba Maquiavelo—, lo suficientemente preparado para la pura idea uniteísta, de ahí la multitud de santos y santas con atribuciones especiales, que no representan, en último análisis sino la persistencia del politeísmo.

De la idea pura y simple de un solo Dios Todopoderoso, Suprema Inteligencia, ya es fácil pasar a la idea filosófica de que sí existe una fuerza, no inteligente, causa única, fuente de vida: la naturaleza o lo que fuere.

III

Recibo de Caracas en recorte de periódico, un soneto encuadrado por rayas de lápiz azul. Y al margen: «*Tè lo envío con un abrazo.*» F. G. (*Fernández García.*) Con el soneto me honra, benévolo, generoso, un poeta cuyo nombre, persona y nacionalidad me son totalmente desconocidos. Se llama Rafael Recao. Copio los versos, que llevan por título mi nombre:

RUFINO BLANCO-FOMBONA

*No lo arredra el futuro. Es bravo descendiente
de la raza lapídea que formó Deucalión.
Tiene ambición y músculos y una estrella en la frente,
juventud y dos alas: el Bien y la Razón.*

*No lo arredra el futuro. Aunque la infamia ambiente
cual constrictor enorme se enrosque al corazón,
lo muerda y con la savia germinal se alimente,
él marcha hacia la meta cantando su canción.*

*No lo arredra el futuro. Repleta el misionero,
de ensueño sus alforjas y sigue su sendero
sin oír de las furias de la Envidia el clamor.*

*Tapados los oídos, su musa es Parizada,
que busca el agua de oro de la fuente encantada,
el árbol filarmónico y el pájaro hablador.*

Tiene razón el poeta. No le temo al futuro. Lo que temo, lo que temo bastante es el presente.

¿No yazgo entre las garras de la Maldad y de la Cobardía? ¿No se presentó anoche mismo a mi calabozo el borrachín del Alcaide, con un viejo diablo de teniente, cara de matamoros y pantalones de grana, la espada desnuda en la diestra, con más: el cabo de presos y un muchacho que alumbraba la extemporánea resquicia? Se fingía venir por mí, para enviarme a que me asesinen en las soledades del Orinoco, so pretexto de conducirme al Territorio y allí juzgarme. Por fortuna, yo no tengo aneurisma.

Por lo demás, si mis enemigos me pintan como un bandolero hay quienes, como el poeta Rafael Recao, me creen bueno, hombre de bien y de razón. De donde yo infiero que soy como todo el mundo: bueno a veces; a veces malo. Quizá eso mismo piense Pedro-Emilio Coll, que me escribe: «Te quiero más allá del Bien y del Mal.»

IV

Me conceden permiso para asomarme de tarde a una reja que cae al Orinoco, hacia el Poniente. He contemplado crepúsculos imposible de fantasear.

¿Qué pintor, qué poeta, puede intentar reproducir tanta hermosura?

El sol no se columbra, pero desde la mitad del cielo hasta la raya del horizonte es todo el azur, divina fiesta de luces: nácares, conchas rosadas, surtidores de gualdos fuegos; nubes carmesíes, dragones de oro, flamencos de rosa; arquitecturas de grises y pizarrosos castillos por cuyos ventanales y boquetes surgen llamas de incendio, torres, pilares, graderías de mármol, cúpulas de cornalina; fuentes de topacio, lagos de ópalo, cascadas de pálidas esmeraldas; níveos paisajes del polo, vegetaciones marinas, por donde a través del agua azul navegan plateados peces, tras de las ovas verdinas y las algas amarillentas; madréporas en bancos de coral, ninfeas asomadas a la superficie de un agua mortecina; ánsares albicantes, tornasolados cuellos de paloma; narcisos, petunias, heliotropos de los jardines celestes y toda la joyería asiática del crepúsculo, abundante en crisólitos, crisoberilos y topacios.

Y por debajo de aquel cielo maravilloso el solemne, el soberbio, el espejeante río, el Orinoco de plata y de oro.

V

Por la reja adonde me asomo de tarde, contemplo todos los días, en un balcón frontero, tres caritas risueñas, de mujeres jóvenes. Ese y el crepúsculo, son mis grandes espectáculos. Fuera del saludo y algunas insistentes miradas de simpatía no tenemos otra relación.

Ayer en la tarde recibí, regalo de Navidad, envío de mis graciosas vecinitas, una botella de vino, jamón, hallacas, dulce de lechoza, pan y hielo, presentes de Pascua tradicionales en Venezuela. Me conmovió

profundamente aquel regalo de las piadosas y generosas vecinitas. El preso, a quien todos olvidan, es más sensible que nadie a cualquiera atención que se le dispense. Les escribí una carta de gratitud, muy patética y muy sincera.

Después de enviada la carta tuve una duda. Me puse a pensar que bien pudo ser chuscada de algún amigo el mandarme ese regalo en nombre de las vecinas. Pero hoy se presenta Allegrett y me refiere cómo, en efecto, el regalo venía del balcón de enfrente; y que las cabecitas amables se congregaron en torno de mi epístola y lloraron mi infortunio.

¡Pobres muchachas generosas, a quien no olvidaré!

IV

La ergástula bajo el nivel del Océano

La escena ocurre en crudo país de barbarie. En la tierra y bajo la zarpa del más vil y más aterrorizado de los monstruos: Juan Bisonte, el paranoico, el barbarócrata.

El calabozo, bajo el nivel marino, es ancho, grande, bajo de techo, abovedado. Su piso es de tierra negra, húmeda.

El mar abraza la ergástula. Contra la pared del fondo y las paredes de derecha e izquierda golpean, hacia el techo, las olas. El agua rezuma. Deslizándose por los muros, los oscurece y empapa. El suelo bebe sediento aquella humedad marítima.

Las paredes relucen en la penumbra del calabozo con el brillo de la humedad sobre la piedra oscura, y aquí y allá blancuzquean grumos como de cera o se alongan hilados hasta el suelo: es la sal marina, que ensalobrece el ambiente, encala los muros y prende sus estalactitas de la bóveda.

El calor evapora un poco el agua durante el día, pero el calor decrece en la noche, y el agua prosigue de noche, de día, siempre, su filtración constante.

El aire es pesado, irrespirable, lleno de alientos, de sudores, de comida rancia, de humedad, de detritus humanos. Las ropas, las manos, las largas barbas de los reclusos, las cabelleras enmarañadas y cadentes se humedecen con humedad espesa, pegajosa y huelen a sal, a encerrado, a moho, a sucio.

El calor asfixia a los diez o doce hombres que gimen y sudan en aquella caverna húmeda y ardorosa. El reumatismo, las anginas, la fiebre y el hambre han convertido a aquellos hombres, antes robustos, en paquetes de huesos doloridos, cubiertos de flácido pellejo.

Aquellos parias se cuentan sus historias pasadas, sus dolores presentes, las angustias que les produce el porvenir. ¿Qué será de ellos? ¿Saldrán

con vida? ¿Resistirán al hambre, a la sed, a la suciedad, a la tristeza, a las enfermedades, a las vejaciones, al martirio?

Ya han visto salir aquellos hombres a muchos de sus compañeros muertos. Enfermos, no; muertos. De allí no se sale sino cadáver. ¿Medicinas, médicos? Jamás.

Un carcelero, que no debe ni puede dirigirles palabra, se presenta hacia mediodía y les echa, como a perros, en escudillas de tierra, una mísera ración de rancho. Alguno de los reclusos, por turno, saca entonces fuera el zambullo, vasija con las deyecciones de todos. Y hasta el día siguiente.

Una o dos veces al mes se le permite a alguno salir fuera a lavar las ropas comunes. Por salir fuera y ver un poco de cielo y de sol se despepitan los reclusos. La suerte elige a quien toque la dicha de trabajar al aire libre, bajo la lumbre solar. Si recae la suerte al mismo de la vez anterior, el afortunado renuncia a su derecho, pide que sorteen de nuevo la salida y de nuevo se sortea.

Mañana y tarde, carceleros armados de sables pasan requisa, contando a los reclusos como carneros. Y la pesada puerta se cierra de nuevo sobre el rebaño doliente. Cuando muere alguien se le reemplaza con un nuevo detenido. Siempre son diez o doce; es decir, más de los que puede contener la mazmorra, para que se estorben, se martiricen, se abominen unos a otros.

Algunos, engrillados por pares, forman un solo cuerpo de dos personas. La barra de hierro esclaviza la pierna derecha del uno a la pierna izquierda del otro. No hay medio de librarse de aquella comunidad forzosa. Si el uno vela, el otro no puede dormir; si el uno se cansa, el otro debe sentarse; las más íntimas necesidades del uno debe presenciarlas el otro, y cuando uno se enferma y muere, el otro le acompaña en la enfermedad y la muerte.

Alguno de estos enyugados, cuyo compañero falleció de tifus, siguió por días y noches remachado al cadáver, ya descompuesto. Un día terminó por caer a puñetazos y mordiscos al cadáver adyacente: su compañero había muerto; pero él se había vuelto loco.

No se tolera silla, ni banco, ni aguamanil, ni rinconera, ni moblaje alguno. Nada de vasos, ni cubiertos, ni palanganas, ni jabón, ni toallas.

Delgaduchas esterillas de pleitas de esparto, tendidas sobre la tierra mojada, son la única yacija de aquellos reclusos. Abrigos, ropas de cama, no tienen. Libros, no se permiten. Ni podrían leerlos en la sombra de la ergástula.

Hacia mediodía, con la vigorosa e implacable luminosidad del trópico, la sombra se apenumbra. Algunos han aprendido a coser sus ropas deshechas, y, nictálopes a palos, miran en la oscuridad con la precisión de los buhos.

Otros, no, y cuando alcanzan a descubrir esos espeluznantes anélicos que llaman ciempiés, las cucarachas y aun las ratas, es cuando los ciempiés se deslizan entre la carne y la ropa o cuando las cucarachas se introducen en los bolsillos, o cuando las ratas, hambrientas, les roen el sucio de los pies.

Flacos, huesudos, esqueléticos, llevan tres, cuatro, cinco, seis, más años dentro de aquella tumba. La memoria del tiempo la han perdido. Nadie sabe la fecha en que se vive. Algunos vagos toques de corneta, ciertos días, a ciertas horas, les hacen sospechar que sea fiesta.

—Debemos estar en Semana Santa —opina uno.

Y se forman largas discusiones sobre aquel punto.

Discuten de buena fe a veces; por creer, en efecto, que no se está en Semana Santa o Carnaval. Otras veces, sólo por hablar, por necesidad de cruzarse impresiones y simular la discusión y la vida en medio de aquella calma y aquella muerte.

El buen humor, que no pierden algunos hombres sino con la existencia, aparece de cuando en cuando. Y nada más lúgubre que la risa de aquellos esqueletos.

Otras veces, la risa, cuando no la produce el desprecio o la mofa de la propia degradación, luce menos tétrica.

Para matar el tiempo, por ejemplo, uno de los reclusos, literato que conoce el francés y el latín, se pone a enseñar la primera de estas lenguas

a un viejo militar, muy benemérito como brazo fuerte, como conciencia recta y como voluntad roqueña, pero flaco de inteligencia y de sabiduría.

El viejo se la pasa rumiando sus lecciones: «El sombrero negro, *le chapeau noir*.» «La ventana abierta, *la fenêtre ouverte*; el lápiz rojo, *le crayon rouge*.»

De repente, el literato dispara a quema ropa alguna pregunta al viejo soldado, que musita por los rincones las frases aprendidas:

—Vamos a ver, mi comandante: ¿El lápiz rojo?

El militar titubea unos segundos, inseguro.

— ¿El lápiz rojo?...—insiste el escritor.

—*Le chapeaur noir*...—dispara el viejo.

El efecto es matemático. Todos rompen en risas. Ya todos saben de memoria la lección, menos el comandante.

Retrogradan a la infancia los tristes ilotas.

En ocasiones, riñen por cualquier cosa, y hasta se dan empujones, patadas, puñetazos. Los rencores no duran veinticuatro horas. El dolor y la miseria comunes ejercen de fundentes.

Cierta mañana intentó uno de los presos, conocedor de las señales telegráficas de Morse, comunicarse con los calabozos adyacentes. Aunque las paredes son de piedra berroqueña y gruesísimas, se empezó a oír, de uno de los calabozos, al cabo de varios días, algo como respuesta. Otro preso, de seguro, conocía o aprendió las señales. Se comenzó una diaria conversación, difícil, sorda, entrecortada, de calabozo a calabozo.

Las señales casi nunca se percibían con claridad. Había que repetir y repetir. El envío de un simple saludo duraba horas, a veces. Además, ¿qué iban a participarse unos reclusos a otros reclusos? Tan incomunicados del mundo estaban unos como otros.

A veces preguntaban los unos:

—¿En qué mes estamos?

Y los otros, a las horas mil, y tras muchas dificultades, respondían:

—En febrero, tal vez en marzo.

VI

La muerte...

La muerte de mi hermano Oscar

Mientras queden almas con la fortaleza heroica de su hermano Oscar, habrá raza.

M. CIGES APARICIO

Estoy en mi oficina hablando con César Comet cuando me entregan una abultada carta. La abro: es del cónsul de la República Dominicana en Sevilla. La carta viene acompañada de recortes de periódicos. Paso los ojos rápidamente por todo aquello. No puedo seguir la entrevista ni la lectura. Mi hermano Oscar ha muerto.

Regreso a la casa: todo animal herido busca su cueva. Me voy a mi cuarto, despliego los recortes. Mi hijito Hugo entra, sorprende la emoción rota en lágrimas y se abraza a mi cuello, dando alaridos: «¿Qué tienes, papá, papaíto?»

¿Cómo hacerle comprender a aquella criatura de nueve años toda la hondura del dolor?

Le hago cenar, acostarse; me dirijo a mi despacho. Deseo encerrarme, solo con mis penas y mis recuerdos. No puedo: necesito salir, caminar, respirar. Echo a anclar, calle adelante, a la ventura.

A la una de la mañana retorno cansado, y me acuesto.

* * *

No bien me acuesto, empiezo a asfixiarme, a sentir un opresivo dolor pectoral... Saco un cepillo de ropa, me cepillo el corazón vigorosamente, y esto me alivia. ¿Habré cogido frío? ¿Se tratará de una angina de pecho? Me vuelvo a acostar y vuelvo a sentir la opresión. En el silencio de la noche se percibe el respirar de los que duermen, tranquilos...

El dolor moral, desinteresado, que despierta por la desgracia de alguien que me toca muy de cerca, pero que no soy yo, conviértese en egoísta pavora. No quiero pensar en mí; y, sin embargo, pienso. Me entra —por la primera vez en mi vida— miedo de morirme. ¿Iniciase una racha de infortunios para nosotros y va a tocarme ahora a mí la fúnebre lotería?

El anhelo de sobreponerme a la propia miseria fisiológica en aquel instante en que otro molde de mi misma carne se está deshaciendo, pudriendo, ¿será lo que me constriñe a asociar la idea de morir yo con la idea de que vivan otros? Pienso en mis hijos. ¿Qué sería de ellos, tan pequeñitos aún, sin el calor paterno? No, no quiero morirme. Menos querría desaparecer como desaparece Oscar: miserablemente.

Porque no ha habido muerte más absurda y más fácil de evitar. Ha muerto por soberbia, por heroísmo inútil. Por no retroceder (en la exploración de la Cordillera central de la Antilla Dominicana) cuando todos retrocedían. Por no abandonar la partida cuando todos lo abandonaban a él. Por no mostrarse débil cuando ninguno —sino un pobre hijo del campo dominicano— se mostró fuerte.

* * *

¿Pero cómo diablos se resuelve a morir, en lo mejor de la vida, pudiéndolo evitar, aquel hombre tan sano de cuerpo y tan fuerte de espíritu?

Por ser su muerte heroica, abnegada y ejemplar, en medio de su absurdidad, conviene memorarla. Su muerte ha sido lo mejor de su vida.

Seguiré el relato de testigos y copartícipes en la exploración de la Cordillera Dominicana, tal como la han recogido los periódicos de la República insular.

Parece que de acuerdo con el Gobierno dominicano emprendió Oscar un viaje de exploración, con vistas a la defensa militar de aquel país,

a la Cordillera Central de la isla. Se trataba de conocer el corazón, hasta ahora inabordable, de la ingente Cordillera, y abrir paso entre los pueblos de Bonao y Constanza, situados en vertientes opuestas.

El 16 de noviembre, a las ocho de la mañana, partieron los exploradores del villorio Bonao, al mando de Oscar. Eran una treintena. Debían atravesar la Cordillera a pie, por no haber paso para cabalgaduras, y vivir varios días en las cumbres heladas y desconocidas.

Esa tarde —sigo la información del «Listín Diario», decano de la prensa de la República— recibió en Bonao don Pedro María Ballester una tarjeta del capitán de la expedición concebida en estos términos:

«A la una, P. M., hemos acampado en Tireo, al pie de la enhiesta Cordillera Central, de donde hemos devuelto las cabalgaduras. Y lo hacemos con la misma bizarría con que hace cuatro siglos Hernán Cortés quemó las naves. Nuestras próximas monturas están, en Constanza.» (Santo Domingo, R. D. 5 de diciembre de 1925.)

Al principio todo va bien. El aire es tibio; las fuerzas y las esperanzas están íntegras.

Ya al tercer día de ascensión las penalidades eran enormes. Al calor de las faldas había sucedido un frío intenso. Las lluvias no cesaban. Los torrentes arrastraban a los ascensionistas. Como las rocas parecían tajadas a pico y el suelo se ponía resbaloso por la incesante lluvia, cada paso era un peligro de muerte para el que rodase al abismo. Algunos empiezan a flaquear. *«El animoso capitán —dice «El Listín»—, con su firmeza y bondad, los alienta para seguir adelante.»*

Al cuarto día ya los ánimos desfallecen. El mapa de que se servían era deficiente; la brújula se echó a perder. En suma, se extraviaron en las montañas desiertas y hostiles.

Se habló de retroceder.

—Yo no retrocedo, dijo Fombona; pero todos los que lo deseen pueden irse. No necesito sino un peón para seguir adelante. Con que ya saben: quedan en libertad para volver a sus hogares.

Por el momento nadie habló más de retorno.

Pero los sufrimientos arreciaron. Los víveres o se agotaban o rodaron al abismo. Las enfermedades aparecieron.

Unos, so pretexto de regresar en solicitud de víveres y auxilios médicos; otros, con el deseo natural de no morir en la selva; otros, con otros pretextos, los expedicionarios, en uso del permiso concedido, iban partiendo.

«La noche del 20 de noviembre —dice «El Listín»— fue la más terrible después de haberse iniciado la jornada. Pasan día y medio buscando la bajada de un profundo arroyo, sin poderla encontrar. Amable y Minio de Vargas, Ramón A. Hinoa, José A. García y tres individuos más..., resolvieron, a satisfacción del señor Fombona, separarse de la expedición...» (5 de diciembre de 1925.)

Para la mayoría de semejantes hombres, habitantes de tierras bajas y cálidas, era aterradora novedad aquella naturaleza de cumbres, ventisqueros, hielos, brumas y llovizna helada y constante. Es comprensible que enfermasen física y moralmente; sobre todo cuando se comprendían extraviados en la cordillera y sin esperanza de socorro.

Las filas clarean. Las enfermedades y privaciones crecen. La disentería se declara entre los expedicionarios.

El capitán prosigue, cumbres arriba, acompañado de sólo ocho personas. Va él mismo medio enfermo. Se le habla de retroceder. Por toda respuesta da esta palabra: «¡Adelante!»

Las lluvias no cesan ni el frío intenso. No tienen nada que comer, y sólo los capotes para resguardarse de la lluvia y del frío. Duermen a

la intemperie, bajo aguaceros incesantes; beben el agua fangosa de los torrentes; no comen sino una vez al día un poco de arroz.

Siete días lleva Oscar sin tomar sino café. Hay, es verdad, algo de arroz; pero él no lo prueba: se lo deja, íntegro, a los valientes que lo acompañan. Nuevas excitaciones al regreso obtienen la misma respuesta: «¡Adelante!»

Los auxilios en víveres y en gente que se remiten desde Constanza y desde Bonao no dan con ellos.

«Los prácticos regresaron a Constanza manifestando que habían llegado a la última loma —el periódico dominicano llama loma a los picos más arduos de la cordillera—, a la última loma que los hombres de aquí pudieron vencer..., que hicieron diferentes disparos y no fueron correspondidos.» (5 de diciembre de 1925.)

La enfermedad del jefe de la expedición se agrava; va extenuado por el hambre y minado por la fiebre y la disentería.

El día 27 ocurren nuevas separaciones.

«A la una, p. m., de ese mismo día —continúa «El Listín»— sintiéndose un poco enfermo el señor Luis E. Calzada, resuelve adelantar el paso, temeroso de caer en la soledad de las montañas. Se agregaron a Calzada cuatro hombres más. Ese día, el bizarro capitán, aunque casi muerta la materia, dispone tomar nuevamente el rumbo a Constanza. El sábado, 28 de noviembre, sólo acompañan al general Fombona el síndico municipal, Rafael Hernández, Soto Gutiérrez y seis hombres más.» (5 de diciembre de 1925.)

Aquellos bravos suplican al jefe, casi con lágrimas en los viriles ojos, y en bien de todos, que regresen. El jefe no da sino esta respuesta: «¡Adelante!»

Ese día 28 de noviembre, a las doce de la mañana, comenzó el desenlace de la tragedia. Las fuerzas físicas abandonan al héroe; no la fuerza del espíritu.

Se sigue la información del diario dominicano, que refiere el drama, tomado en mucha parte de labios de algunos de los actores supervivientes.

«Poco más o menos, a las doce de ese mismo día (28 de noviembre), después de haber ascendido algunos metros sobre la empinada loma, el general Fombona cae exanime, desfallecido, gravemente enfermo. El síndico del Villar, viendo esto, se dispuso a regresar a la población con el propósito de comunicar la gravedad de Fombona y enviarle medicinas. Siguiéronle al síndico algunos peones; quedando junto al jefe de la expedición los valientes individuos Soto Gutiérrez, Rafael Hernández y Rico Espino, quien se sentía enfestado.» (Relación de don Antonio Velázquez G.)

Esto quiere decir que, en vez de bajar de la montaña al moribundo jefe, se le abandonó en manos de aquellos tres «valientes individuos».

La noche de ese mismo día 28 murió Nico Espino. Como el terreno era empinado, el infeliz, en las convulsiones de la agonía, rodó al abismo. Para que no corriera la misma suerte el cuerpo de Oscar, se abrió una zanja y se le acostó dentro. Es decir, se le enterró en vida.

En la mañana del domingo 29, como la gravedad se acentuase, D. Rafael Hernández se decidió a aventurarse solo en la cordillera, para urgir los socorros.

Queda únicamente con el moribundo y con el muerto el generoso peón Soto Gutiérrez.

En la noche del 29 al 30, a las dos de la madrugada, moría Oscar en la soledad de la cordillera, de disentería, de hambre y de mengua, sin otro auxilio moral ni material que las palabras de aquel valiente rústico que no lo abandonó.

Alejado Soto para llevar la noticia, se tropezó con una Comisión de auxilio enviada por el Gobierno de la República para rescatar el cuerpo.

Cuando los auxiliadores llegaron, de noche, alumbrándose con hachones de pino, al sitio de la muerte, encontraron el cuerpo de Oscar

Blanco-Fombona ya medio destrozado por las alimañas del monte. (*Relación de don Antonio Velásquez G. Bonaó, 4 de diciembre de 1925.*)

De cien hombres que el Gobierno enviara, sólo seis consiguieron llegar al intrincado laberinto de montes donde muriera Oscar.

* * *

El sacrificio ha sido por un ideal, y, por tanto, generoso. Parece, con todo, absurdo, y lo es: mejor hubiera servido ese ideal —la cultura, el progreso de nuestra América y la defensa de nuestra América contra los yanquis— viviendo.

¡Qué triste fin!

Todos, menos dos peones, lo abandonaron en la virgen y enemiga Sierra. Todos, al arreciar los sufrimientos de la exploración, regresan al punto de donde habían partido, comprendiendo que no pueden franquear, en las condiciones desventajosas en que van, los últimos picachos de la ardua e inhollada Cordillera.

Sólo él ardió en voluntad de sacrificio. No quiso retroceder. De treinta hombres que lo siguen, se va reduciendo el grupo poco a poco, hasta apenas quedarle dos rústicos. «Pueden regresar a sus hogares. A mí con un peón me basta para seguir», dice y repite a los claudicantes. No quiso devolverse y salvarse.

Iba enfermo; no tenía qué comer, pasó siete días alimentándose exclusivamente con sorbos de café; y no se allanó a retroceder con los que un día y otro se desgranaban del grupo. Y todo ¿por qué y para qué? El sentido práctico de la vida —que jamás tuvo— le faltó hasta el fin.

Sólo que esa carencia de sentido práctico en un hombre superior, apto para grandes cosas y que sabe realizarlas, es el signo inequívoco de la naturaleza heroica.

La naturaleza heroica no sabe sacar cuentas minúsculas. Sus cálculos

parecen absurdos. Lleva dentro de sí la substancia con que colma todas las deficiencias previstas por el sentido común. A veces fracasa la naturaleza heroica: no por eso luce ni menos patente ni menos audaz. Tres días más, y los marineros descuartizan a Colón. Pero Colón, sin hallar el Continente, no hubiera sido menos Colón.

* * *

Comprendiéndose traicionado —hasta la sombra de Judas, trágica, huidiza, pérfida, se percibe en alguno de los acompañantes—; sin medicinas, a pesar de ir enfermo; sin alimentos, a pesar de ir hambriento, sin siquiera fósforos, continuó cumbres arriba por la inabordable Cordillera, de luctuosa historia. ¿Se puede contar sólo con el azar y creer que el acaso va a resolverlo todo, a medida de nuestros deseos?

Hay más aún: el mapa de que iban sirviéndose los exploradores resulta deficiente; la brújula se echa a perder (¿por sí misma?); van extraviados en la montaña virgen, helada, hostil. ¿Qué pensar de esa brújula que se niega a cumplir su deber de brújula?

Los compañeros y el sentido común le urgen a que retorne. «¡Nada! —dice un relator, al comentar la tragedia de la Cordillera central— ¡Nada! Tenía el corazón tan invencible como la sierra virgen.» (*Relación de don Antonio Velázquez G.* —Bonao, 4 de diciembre de 1925.)

¿Irán su viuda y sus hijos a hacer algo con ese elogio?

Cuando se echa sobre la tierra adversa no es para descansar: es para morir. «Vencido por el hambre», escribe en el Diario de la expedición. Ni recursos del Gobierno ni de amigos particulares llegan. «Vencido por el hambre.»

Y vencido por su fe en los hombres. A los que hacía la merced de imaginar que se puede esperar algo de ellos.

Esa fue su mayor deficiencia toda la vida: juzgó siempre a los hombres, no objetivamente, por lo que son, sino subjetivamente por lo que él era: los creyó dignos, fuertes, virtuosos.

* * *

A pesar de sus deficiencias efectivas y de algunas más que pudieran suponersele, ¡qué hombre tan admirable Oscar! Lo ha sido hasta en su muerte, estoica, y absurda.

¡Qué escenas esas escenas últimas, ocurridas cara a cara con la muerte, en el corazón desierto y traidor de la montaña virgen, sin otro testigo que el valeroso y abnegado peón Soto Gutiérrez, que las ha referido!

Se acuerda de su hogar feliz, de su quinta entre flores, donde lo esperan la esposa, los hijos pequeñuelos, y la emoción un instante vela su voz y su rostro. Después piensa, no en él, sino en aquel rústico que va a atenderlo en el supremo trance. El propio campesino refiere cómo.

«Lo último que me dijo don Oscar fue esto:

—Soto: dígame a Cundo que el primer dinero que pague sea el suyo, porque usted ha luchado mucho conmigo y le estoy muy agradecido. Se ha portado usted como un hombre de honor...

Don Oscar se quedó en silencio un momento. Luego siguió:

—Páseme la libreta para escribirle a Cundo.

Le pasé la libreta, pero le fue imposible escribir... Solamente porque era un hombre muy varón, como no lo tendrá otra mujer, podía tener espíritu para conversar... Cuando vio que no podía escribir, me dijo, dejando caer de las manos la libreta:

—Está bien; ya nada se puede... Dígaselo verbalmente. Él lo atenderá.

Y ya no quiso hablar más.» (*Relación de Soto Gutiérrez al periodista, don Zoilo Ulloa. En la Revista «La Opinión». —12 de diciembre de 1925, Santo Domingo, R. D.*)

En efecto, ¿a qué hablar más? Ya no hizo sino ponerse a esperar la muerte. Sólo unas horas iba a tardar.

«Cada vez que quería agua arrastraba una mano hasta la damesanita de Cundo; yo comprendía y se la ponía en la boca... Era muy dificultoso

darle el agua, pues yo no quería que se le mojase el pecho... Como a las dos de la mañana don Oscar se quejaba mucho. Esto me sorprendió porque no era hombre de quejarse. Noté que querría como moverse; en seguida lo arrojé con su frisa y le eché el capote por encima. Me puse a examinarlo bien, le ponía las manos por todas partes: estaba en agonía. Yo no sabía qué hacer, estaba como loco, no por miedo sino porque sentía que un hombre como ése se muriera en tal forma. Temiendo que se me rodara barranca abajo, como pasó con Nico, lo crucé con mis piernas, le crucé los brazos sobre el pecho y le sostuve para que no se moviera. Media hora después se estremeció todo el cuerpo, se quedó quieto: había muerto.» (*Relación de Soto Gutiérrez al periodista don Zoilo Ulloa. «La Opinión». —12 de diciembre de 1925, Santo Domingo, R. D.*)

Triste muerte; agonía heroica. Contemplación del misterio sin pestañeo. Sacrificio voluntario en aras de lo que se supone el deber.

«Está bien; ya nada se puede...»

Estoicismo, valor sin frases, mudez de la tragedia de los hechos. Ni una debilidad humana y posible; ni una protesta contra los que lo abandonaron moribundo, pudiendo sacarlo de la selva. «La vida nivela a todos los hombres —advierte el paradójico Bernard Shaw—. Es la muerte la que revela a los eminentes.»

Espíritu siempre dispuesto al sacrificio y al perdón, alma estoica y benévola, fue un hombre de hechos, no de frases. La vida de este ser verídico, sincero, bravo se condensa en esta palabra: ejemplaridad. O en esta otra: virtud. Su epitafio podría ser el hemistiquio de Shakespeare: *He was a man.*

* * *

Empieza el fin para nosotros sin haber hecho nada y con capacidad y corazón para haber hecho algunas cosas.

La culpa, principalmente, la tiene el país de barbarie en que nos tocó nacer. Se nos ha hecho vivir una vida de zozobra, provisional, inestable. Hemos tenido que irlo dejando todo para mañana, para el momento propicio. Y la muerte comienza por sorprendernos en la espera. Pero no; la culpa no la tiene el país. La tienen los que han convertido a nuestra sociedad en una selva de tigres, hostiles a cuanto no sea crimen, ignorancia, bestialidad, rapacidad y servilismo.

Sólo una lenta acción de buenas voluntades enérgicas, inteligentes, podría corregir el medio, mejorándolo. Sólo un gran genio de acción podría modificarlo de súbito, convulsionándolo, volviéndolo de arriba abajo con las fuerzas platónicas de que los genios disponen.

Entretanto, sólo pimpoyecen allí especies inferiores.

¿Qué lozanea en nuestros baldíos arenales? Se enraízan y avigoran cáceas, nopáleas... La vegetación del cacto anuncia la sequedad, el desierto.

* * *

La opresión del pecho se hace tan violenta, que enciendo un infiernillo, caliente una plancha y me la coloco sobre el corazón. Este calor me alivia. Apenas retiro la plancha vuelve la opresión angustiosa: me plancho el corazón como una camisa.

¿Puede una emoción producir trastornos físicos? ¿Qué es una emoción? Analizarla equivaldría a no sentirla ya. Pero ¿cuál es el hontanar de las emociones? ¿Qué factores profundos se ponen en juego, en los silos del organismo, para producir nuestra emoción?

Si una glándula como la glándula tiroides influye en nuestra memoria, en nuestra atención, en nuestra actividad psíquica; si el anhelo sexual coincide con la intervención de la glándula genital, el factor o los varios factores orgánicos que produzcan la emotividad, ¿no podrán desarreglarse, una vez en acción, y producir con su desarreglo otros trastornos del organismo?

En suma: esta opresión, esta sensación de asfixia, que me ha hecho temer la muerte, ¿será mera coincidencia fortuita, u obra indirecta del mismo sufrimiento moral? ¡No importa! Aqueja, luego existe.

Continúo planchándome el pecho. El dolor físico va cesando, poco apoco.

Más tranquilo, me he puesto a escribir esta notícula.

Entre párrafo y párrafo hilvano recuerdos.

* * *

Podría escribir un libro sobre mi hermano Oscar. ¡Qué hombre tan hombre desaparece! ¡Qué energía tan sonriente, tan calmosa, tan constante, tan de todas las horas! Sí. Su epitafio podrían ser las palabras de Shakespeare: *He was a man...*

Optimista, la fe que tenía en sí propio era hasta estrambótica. No creyó que fuera a ocurrirle nunca sino lo que él deseaba que le ocurriese, porque sabía desearlo con energía indeclinable.

Una mañana, en el campo, traen un potro salvaje que nadie montó nunca. Empiezan a domarlo desbravadores de oficio: muerde al uno, da una coz al otro. Un tercero logra montarlo: al suelo caballo y caballero. El potro se ha tirado de espaldas.

—¡Uf! —refunfuñan los jinetes—. ¡Lástima de animal tan hermoso! Pero si se tira de espaldas, ¿quién va a querer amansarlo?

—Yo—responde Oscar—. Ustedes lo que tienen es miedo.

Y se monta de un salto en la bestia cerril, que parte dando corcovos furibundos y se pierde entre nubes de polvo.

Otro caso:

Tiene diez y nueve o veinte años. Anda en campaña por los llanos de Venezuela con el general Ramón Guerra. Un grupo de oficiales llaneros, avezados a cruzar a nado los grandes ríos del Trópico, tratan de pasar el

caudaloso Apure. Saltan en improvisada balsa caballos y jinetes; como no les inspira miedo el agua, sobrecargan la balsa, y como la cargan de más, ocurre cuando menos lo esperaban lo que debe ocurrir: zozobra. Y es en la mitad del río donde se va a pique.

Unos quedan bajo los maderos o se enredan en los estribos, y se ahogan; otros, con botas de montar, carrieles pesados, se defienden de la corriente con dificultad; a muchos se les ve luchar con los caimanes y desaparecer. Oscar ha nadado, pero se siente rendido. Ya no puede más; va a ceder. De repente piensa: «No; yo debo nadar y salvarme.» En efecto: nada ochocientos metros más, y es uno de los pocos que logran ganar la orilla.

Se dirá que este hombre obra así porque se ha criado como un bárbaro. No, señor; ama a la Naturaleza y ha vivido en contacto con ella; pero este hombre se ha educado en un colegio inglés. Este hombre ha vivido en Alemania, en Inglaterra, en Francia; ha viajado por España, por Holanda, por los Estados Unidos. Este hombre ha leído mucho. Escribe como un profesional de las letras, y no sólo en español, sino también en lengua inglesa. Este hombre ama el baile y a las mujeres bonitas. Este hombre no se pone bravo jamás; la sonrisa, aun en los momentos más duros, se aparta difícilmente de sus labios. Este hombre, por su familia, por su educación, por su carácter, hasta por su figura —alto, cenceño, aquilino— es un *gentleman*.

Y este hombre es, además, otra cosa: soldado por la gracia de Dios. Indolente, pachorrudo en las comunes circunstancias de la vida, la guerra lo transforma: lo convierte en el ser más dinámico, más lúcido y más feliz del mundo.

En los momentos de más compromiso, una tarde, reducidos por el enemigo a la plazoleta de un poblacho, se vuelven a él los ojos y las inquietudes:

—¿Qué vamos a hacer?

—Combatir.

Para tranquilizar a los sobrevivientes, agrega:

—Si resistimos hasta que cierre la noche, estamos salvados.

Al caer la sombra, en efecto, logra romper el cerco a pecho de caballo, y la mayoría consigue escapar.

Otra noche un tren huye, repleto de tropas y de pánico. Huye de la plaza, que acaban de ocupar los enemigos. Detiene el tren, arenga a las tropas fugitivas, tildándolas de cobardes, y se lanza en aquel tren de fuga, con la velocidad de un aerolito, sobre la plaza que se acaba de perder.

El férreo caballo de Troya, huésped inesperado, al que no consiguen detener las guerrillas sorprendidas que le cierran el paso, rompe a los adversarios las primeras copas del triunfo. Los vencedores de poco antes se destrozan entre sí, en medio de la noche. Al amanecer, la plaza queda por el bólido invasor.

Otra vez, cuando la revolución contra Castro en 1902, se reúne un Consejo de oficiales superiores, presidido por el general Nicolás Rolando. Oscar, segundo jefe de la División del general Antonio Ramos, es coronel de reciente promoción, y el más joven. Le toca hablar el primero; propone un plan. Los veteranos sonrían. Cuando todos han opinado, el general Rolando dice: «Yo pienso lo mismo que el coronel Blanco-Fombona.» Da sus razones. Se acepta el proyecto, se libra la batalla y se gana.

Y además de soldado era caudillo. Es decir, hombre magnético que esclaviza voluntades y arrastra multitudes sin saberse cómo ni por qué.

Me he preguntado más de una vez en qué consiste que hombres tan distintos como un comerciante de Petare, un abogado de Caracas o un pescador de La Guayra, después de unas cuantas conversaciones

insustanciales con Oscar, le hicieran promesas locas los unos, jurasen por él los otros y casi todos pareciesen dispuestos a seguirlo.

La virtud proselitista, en nombre de una idea o de una creencia, es otra cosa. Esa piedra imán de algunas personas, las simpatías que despiertan y las muchedumbres de carne y hueso que arrastran y en las que apoyan o pueden apoyar su acción social, se conoce entre nosotros con el nombre de prestigio. Oscar era hombre de prestigio. En país de libertad hubiera ascendido a las más altas cumbres del Estado.

Uno de los hombres de veras puros de nuestra política, de altiva personalidad y vigorosísimo talento, el publicista D. Jacinto López, director de *La Reforma Social*, revista que se publica en Nueva York, escribe apenas conoce la muerte de Oscar:

«Es por extremo lamentable que un hombre como Oscar haya muerto de esa manera. Tal vez él no lo supiera; pero su vida importaba al porvenir de Venezuela. Yo pensé siempre en él para encabezar un movimiento de libertad en nuestra patria. En mis meditaciones sobre una acción libertadora, considerando, midiendo y pesando a los hombres, siempre entró él en mis cálculos en primer lugar. Hemos hecho una gran pérdida con su muerte.»

* * *

Este hombre desperdició la vida —dirá la suspicacia— sin saber aprovechar la coyuntura del triunfo.

No. La Naturaleza heroica necesita la ocasión para revelarse. Necesita el instante propicio y la coincidencia de su aparición con un grande ideal colectivo. Si no concurren circunstancias propicias a su floración, queda latente, o se libra a empresas subalternas u oscuras. En una de estas empresas de poco brillo perece esta naturaleza heroica.

—Y la guerra mundial, ¿no fue ocasión única?

—En efecto: lo fue.

Cuando empezó la conflagración hablamos más de una vez:

—No olvidemos que somos americanos y no europeos —decía—. Unas y otras potencias nos han humillado a los americanos: lo mismo ingleses que alemanes, lo mismo belgas que franceses. A nosotros, como Pueblos, nos conviene que Europa se debilite un poco. Cualquiera que sea el triunfador, ganaremos, porque todos van a quedar en esqueleto. Nuestra guerra no es ésta. Nuestra guerra será el encontrón de razas que se van a dar pronto Méjico y los Estados Unidos. Entonces sí debemos correr todos a ponernos en las filas de Méjico.

Sentía grande admiración por el ejército alemán:

—Si los aliados no madrugan, el ejército alemán se los va a tragar a todos —creía.

Pero si admiraba al ejército alemán, aborrecía las ideas absolutistas del imperio y los desplantes ridículos del Emperador.

—Alemania imperialista se puede tragar a Europa, y nosotros pudiéramos servirle de *pousse café*. En el precio de su victoria entrarán el África y acaso nuestra América.

Razonando de tal suerte solicitó ponerse al servicio de Inglaterra. Lo solicitó por conducto de un allegado del lord general Robert, allegado a quien conocía personalmente, creo que desde el colegio, y por medio del ministro de Colombia en Londres, nuestro amigo Pérez Triana, personaje de muchas y muy buenas relaciones en Inglaterra, independientes de su cargo diplomático.

Para aceptarlo en el ejército inglés en condiciones que no fueran las de un oscuro soldado de Legión extranjera, se le exigió que se hiciera súbdito británico.

—A ese precio, no —repuso—. Mi nacionalidad es muy modesta, pero no la cambio.

Y se fue para los Estados Unidos.

* * *

Nadie tenía en nuestra tierra porvenir más seguro.

Ya parecía haber encontrado lo que buscó tantos años para ir a desembarcar en alguna playa de Venezuela, repitiendo la palabra del himno argentino: «Libertad, libertad, libertad...»

Hubiera realizado cosas de esas que leemos con admiración en la Historia.

Para ello contaba con tres virtudes: el amor del ideal, el romanticismo de la gloria, la voluntad de heroísmo. ¡Ah, si la muerte hubiera esperado un poco!



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-065-0

Depósito legal

DC2022000224

Caracas, Venezuela, marzo de 2022

La presente edición de
POR LOS CAMINOS DEL MUNDO
fue realizada
en Caracas
durante el mes
de marzo de 2022,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Por lo caminos del mundo Este libro de viajes abarca el periplo de Rufino Blanco Fombona por algunos países de Europa durante los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Sus crónicas registran su fascinación por ciudades de Holanda, Francia, España, Polonia e Inglaterra, a la vez que retrata el espíritu de una época y sus habitantes, todo en una prosa enriquecida con su vasto conocimiento de la historia. No obstante, pasajes de tono taciturno se cuelan en estas crónicas por su condición de exiliado con profunda nostalgia de su tierra; “estos pájaros cantores son hermanos de mis patrias golondrinas” dirá entre reflexiones y pensamientos de nómada, que complementan e immortalizan una Europa agonizante a las puertas de “un régimen de violencia y de odios”. Cierra este recorrido con oscuras experiencias vividas en Venezuela, cuando fue encarcelado en Ciudad Bolívar tras un hecho de sangre, además de la trágica muerte de su hermano en una incursión militar en el Caribe, cuyo relato deja patente su defensa por la libertad.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

